

PALABRAS EN CONFLUENCIA
Cincuenta y un poetas venezolanos modernos

Prólogo de Gabriel Jiménez Emán

Fundación Editorial El Perro y la Rana

Prólogo

Confluencias de la poesía venezolana

No creo que sea ocioso preguntarse hoy cuál puede ser la función de la poesía, el papel que cumple el poema dentro del concierto de las artes o las disciplinas estéticas. Más bien se trata de una pregunta apremiante, si atendemos a los mensajes emitidos por un mundo que se ufana en perfeccionar su tecnología, sus máquinas, artefactos y aparatos para que éstos nos procuren --en teoría-- la comodidad, o en todo caso la facilidad o la rapidez para resolver asuntos que antes podían ser verdaderos problemas, enigmas incluso. La tecnología de punta se ha encargado de facilitarnos la velocidad en la comunicación, nos ha simplificado procesos, reducido distancias, para instalarnos en realidades paralelas o virtuales con sólo oprimir botones o manipular monitores. De este modo procesos que no requieren de máquinas, como el de la lectura de textos o escritura de palabras, se han ido alejando o marginando de la vida cotidiana en las grandes ciudades, como no fuera para redactar esquelas, hojear diarios o revistas ligeras, mirar titulares o avisos publicitarios. Ciudades que pueden ser megalópolis, metrópolis o ciudades pequeñas, pues en campos o en vastas extensiones de tierra que constituyen selvas, llanuras, sembradíos, pampas o terrenos nevados, se cumplen a diario ciclos ecológicos donde animales, plantas, ríos, montañas y mares celebran procesos donde la vida humana tiene lugar como partícipe (y no como centro) de esos ciclos, y como observadora de estos procesos. Procesos que van desde el mirar extasiado hasta el análisis científico, desde la deducción empírica hasta la contemplación metafísica, desde la mirada objetivista hasta la filosófica.

La poesía es ante todo observación estética a través de la palabra, una especie de sonda verbal que intenta recuperar las esencias del ser en diálogo con el paisaje (llámesele entorno, sociedad o circunstancia), o bien una respuesta sensible o intelectual al asombro de existir; puede tomarse también como una reflexión sobre el mundo y sus realidades tomando al lenguaje como centro, un lenguaje fundado en una tradición escrita que toma en cuenta tropos, figuras, imágenes y formas escritas que tienen por objeto llevar a cabo una síntesis entre reflexión y belleza, entre indagación del ser y un estremecimiento formal que alcanza al oído (su música), su multiplicidad interpretativa (sus significados) y su permanencia en el tiempo (su vigencia), para que el lenguaje pueda mirarse en el espejo de su propia historia, la historia literaria. De este modo, nos comunica siempre algo significativo, permanente, que toca a la vez el pensar y los sentidos para dar cuenta, en una lengua que trasciende el discurso corriente y el lenguaje habitual, otros campos o zonas del ser. No refiero aquí por oposición el lenguaje oral (que es de por sí una construcción metafórica de los signos y objetos del mundo), al lenguaje escrito, construido sobre la base de una escritura cifrada en un alfabeto y una gramática, un léxico, una prosodia y una sintaxis; sino al lenguaje reiterativo, chato y sin brillo que solemos oír en tantas transmisiones televisivas o audiovisuales, minado por el lugar común y despojado de sugerencias.

En fin, la lengua nos pertenece a todos (es la máxima invención humana), pero el lenguaje escrito se nos escapa si no sabemos emplearlo para revelar cosas más hondas (símbolos, arquetipos, mitos, tradiciones). Precisamente, la lengua y el lenguaje se han ido

desgastando en su dimensión escrita y hablada, cuando no naufragando en un océano de mensajes vacuos producidos por el cansancio y el tedio modernos. No es ocioso, repito, preguntarse cuál podría ser el destino o la función específica de la voz poética en estos contextos, por ejemplo, la relación de la poesía --en tanto traduce lo lírico del Yo subjetivo-- con el canto, la música culta o la música popular. Los cantantes populares han venido sustituyendo en cierto modo a los poetas, (quedando los cantautores actuales como versiones modernas de los trovadores de las cortes europeas medievales), cantantes que se comunican a través de grabaciones en estudio o de espectáculos asistidos por efectos lumínicos o escenográficos. En efecto, son numerosas las reflexiones que podemos hacer por y para la poesía, y no sólo desde ella. Estamos en el albor de un nuevo siglo y un nuevo milenio, y la percepción del fenómeno poético ha variado sensiblemente, por lo cual es pertinente también hacerse de nuevas perspectivas para abordarlo, tanto en su valor intrínseco como en los caminos semánticos que ha venido tomando en los últimos lustros del pasado siglo veinte y en el primero de este siglo.

La poesía en Venezuela se ha hecho eco de los más variados influjos desde su nacimiento; cuando neoclásicos, románticos o nativistas quisieron imprimirle improntas particulares a sus voces. Andrés Bello, Juan Antonio Pérez Bonalde, Andrés Mata, José Antonio Maitín, Udón Pérez y Francisco Lazo Martí son ejemplos que definieron aquellas tendencias; mientras otros como J. T. Arreaza Calatrava se movieron entre el naturalismo y el modernismo. Bien entrado el siglo XX se producen las naturales resonancias del modernismo, el simbolismo y el culteranismo, que pueden identificarse en autores como Roberto Montesinos y Emiliano Hernández. En cambio tres claros representantes de la vanguardia en Venezuela son Salustio González Rincones (que tradujo a Víctor Hugo y Dante Gabriel Rossetti), Alfredo Arvelo Larriva y José Antonio Ramos Sucre. Éste último escribe sus poemas en prosa y consagra como ninguno la vanguardia entre nosotros, valiéndose de mitos y leyendas europeos para adaptarlos al trópico, haciendo uso de símbolos e imágenes decadentistas para extraer de ellas paisajes desolados o trágicos. Si Arvelo Larriva es el último gran modernista nuestro, su hermana Enriqueta Arvelo Larriva le confiere al paisaje del llano una interioridad crispante.

Después, la llamada Generación del 18 va a liberarse de formalismos y normas asumiendo un espíritu ecléctico; eclecticismo que se imbuirá también de música y de pintura; algunos de estos poetas fueron Fernando Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol, Jacinto Fombona Pachano y Enrique Planchart. Mientras Paz Castillo se adentra en registros religiosos y filosóficos, Blanco prefiere ensayar un modernismo a la venezolana, caudaloso y brillante, propenso a bucear en el alma nacional gracias a su fluidez y sentido del humor, que no descarta el dramatismo. Otros parnasianos, simbolistas o post-modernistas son Jorge Schimdtke, Luis Yépez, Pío Tamayo, Héctor Cuenca, Humberto Tejera y Cruz Salmerón Acosta, que atendieron luego las influencias vanguardistas. Luego surgen otras tendencias telúricas, tenebrosas o de exaltación visual como las que pueden observarse en poetas como Ana Enriqueta Terán, Elisio Jiménez Sierra, Vicente Gerbasi, Luis Fernando Álvarez y José Ramón Heredia. Éstos últimos tres poetas se agruparon en torno a la revista *Viernes* y proclamaron su voluntad de adherirse a “la rosa de los vientos”, a la diversidad de movimientos. Posteriormente surge una generación que se mueve entre el impulso visionario y el arraigo terrestre como la de los poetas Otto D’ Sola, Alberto Arvelo Torrealba, Manuel Felipe Rugeles, Héctor Guillermo

Villalobos y Manuel Rodríguez Cárdenas; mientras que la tradición hispanista y humanista se refleja en los poemas de Juan Beroes, Pedro Francisco Lizardo, Juan Liscano y Pálmenes Yarza.

Otros grupos notables como *Sardio* y *Tabla Redonda* congregan poetas de la talla de Ramón Palomares, Guillermo Sucre, Luis García Morales o Rafael Cadenas, y no hacen sino desarrollar estas tendencias con mayor cercanía a la oralidad de la gente del campo y a la búsqueda de la imagen prístina, pero también al coloquialismo urbano, los juegos con el lenguaje y los giros surreales, que dan pie a la inserción de las vanguardias y sus asociaciones insólitas, visibles ante todo en el surrealismo, el dadaísmo y el futurismo; así tenemos entonces voces como las de Juan Sánchez Peláez, Caupolicán Ovalles o José Lira Sosa. Rafael Cadenas ensaya primero el poema en prosa de aliento rimbaudiano y luego se permite ludismos y existencialismos que denotan desamparos anímicos o plenitudes aforísticas, aspirando a una requisitoria sobre los vicios institucionales de nuestro tiempo. Por su parte Víctor Valera Mora es autor de una obra que se mueve entre lo político y lo amoroso, lo cuasi-panfletario y lo simbólico. En sus libros dejó un testimonio clave para entender la década de los años sesenta; mientras que un poeta como Alfredo Silva Estrada persigue un tono experimental, de reflexión que avanza hacia un pulcro equilibrio lingüístico con ecos de la poesía francesa. Luis Camilo Guevara se adhiere a un verbo alucinado de connotaciones míticas y herméticas; José Barroeta tiene mucho de terredad y vuelo lírico, pero con un paisaje interior dramático. Por su lado, Gustavo Pereira da preeminencia a una cotidianidad donde conviven lo barroco con lo breve, el espacio urbano con la contemplación, y donde la soledad creadora se enfrenta a la soledad del desamparo. En un tono distinto, Eugenio Montejo construye su mundo a partir de la ausencia del mundo familiar, canta a una fugacidad que sin embargo fija los paisajes de adentro y afuera con una elocuencia extraordinaria.

Estas inclinaciones a lo social, lo imprecatorio o lo dramático presentes en poetas como Víctor Valera Mora, José Barroeta y Luis Camilo Guevara serán recogidas e interpretadas por William Osuna, Luis Sutherland, Eleazar León y Gabriel Jiménez Emán. La voz de Eleazar León discurre entre lo memorioso y la aprehensión de un presente precario, el cual sin embargo le devuelve signos maravillados. María Clara Salas es reflexiva y contundente; Luis Sutherland posee poderes visionarios de gran densidad; Elí Galindo emprende viajes por los mitos clásicos y atrapa fantasmas y aleteos sorprendentes en medio de aguas nocturnas y sombras. En las décadas finales del siglo XX ocurre una verdadera erupción de tonos y tendencias donde son nuevamente visibles los rasgos de la trasgresión; el cuerpo y la psique femeninos se expresan con enorme libertad; surge la poesía coloquial, que expresa la fricción del paisaje tecnológico y burocrático de las urbes, recogido en buena parte de la obra de William Osuna, Gustavo Pereira, Juan Calzadilla y Rafael Arráiz Lucca. Todo ello se entremezcla a afluencias de apego al paisaje, a una poesía que interroga la tierra y sus enigmas como la de Alfredo Silva Estrada, Luis Alberto Crespo, Ángel Eduardo Acevedo, Enrique Mujica, Adhely Rivero y Antonio Trujillo. O bien se encaminan a la vía de la reflexión interior, como observamos en poemas de Armando Rojas Guardia, Miguel Márquez y Santos López.

Estos son solo unos pocos ejemplos de un vasto espectro de afinidades y confluencias. No son éstos rasgos exclusivos o privativos en los poetas citados; la obra de

cada escritor suele ser cambiante y ofrece varias vetas o formas de lectura. Consideremos también que la mayoría de estos poetas aún vive, que muchos de ellos se encuentran activos, dando forma a nuevos proyectos poemáticos.

Durante el siglo veinte la poesía venezolana fue pródiga en antologías que, con mayor o menor suerte, dieron cuenta de su diversidad expresiva. Así, autores que parecían imprescindibles en unas épocas ya no lo fueron en otras; unos que aparecían tímidamente en algunas selecciones, forjaron después una obra y conquistaron su lugar en obras antológicas notables. El tiempo –y sólo el tiempo– se encargó de darles su sitio y puso en evidencia la calidad intrínseca de los textos seleccionados, o por el contrario puso al descubierto tramoyas, ardidés editoriales o publicitarios, intereses grupales o políticos que permitieron tales o cuales lanzamientos. Por supuesto, también aparecían antologías latinoamericanas y europeas donde estaban presentes poetas venezolanos. Poetas como Vicente Gerbasi y Miguel Otero Silva comenzaban a aparecer en antologías importantes de España, como la de José Olivio Jiménez *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea 1914-1970* (Alianza Editorial, España, 1971) o de Inglaterra *The Penguin Book of Latin American Verse*, de Enrique Caracciolo-Trejo (Penguin Books, Inglaterra, 1971) donde figuran por Venezuela Andrés Bello, Andrés Eloy Blanco y Rafael Cadenas. Desde estas antologías exigentes se tiende un arco hasta una de las más completas, *Antología de la poesía hispano-americana moderna* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1993), coordinada por Guillermo Sucre con un equipo de investigadores de la Universidad Simón Bolívar, donde por Venezuela figuran José Antonio Ramos Sucre, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Enriqueta Arvelo Larriva, Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez, Ida Gramcko, Rafael Cadenas, Ramón Palomares, Eugenio Montejo y Alejandro Oliveros.

Durante las décadas de los años 60 y 70 ya se habían cimentado en Venezuela voces como las de Cadenas, Calzadilla o Palomares, mientras que poetas posteriores como Gustavo Pereira, Eugenio Montejo, José Barroeta, Luis Alberto Crespo, Ludovico Silva y Víctor Valera Mora comenzaban a dibujarse con propiedad en el panorama de nuestra poesía, más identificadas con los procesos sociales o políticos, como son los casos de Pereira y Valera Mora; otras van más dirigidas a la interioridad, como ya advertimos en Cadenas, Silva Estrada o Montejo. Si los años sesentas están signados por un destino político, la dificultad de ser y de transformar la sociedad, en los años setentas la poesía tiende a la dispersión y a la pluralidad. Dispersión porque estos poetas no se agruparon para definir programas poéticos ni para redactar manifiestos. La convulsa década anterior había dejado en el ambiente un compromiso que propendía muchas veces hacia el exteriorismo descriptivo, y contra el cual, creo, se reaccionó inconscientemente. Los poetas del interior del país comenzaron a conocerse de manera aleatoria, sobre todo a través de lecturas públicas y la edición privada de obras. Se comenzó a leer más directamente poesía de América Latina, el Brasil y los Estados Unidos. La dispersión, a la larga, vendrá a ser un elemento positivo para la poesía de los 70, pues permitirá ver los procesos estéticos sin coacciones, y con mayor libertad para reconocer las voces interiores que cada uno estaba dispuesto a expresar, al permitir una reflexión acerca de cuál camino elegir, sin presiones extraliterarias ni conminaciones programáticas. Esta dispersión, a la vez, permite señalar el rasgo de la pluralidad. Ya sea coincidiendo o disintiendo, los poetas establecen una empatía, un puente que les permite compartir lecturas y abrirse a nuevos cauces, nuevas

confluencias, muchas de las cuales se hallan presentes en esta selección. Habían quedado atrás las actitudes exclamativas o tremendistas, los temas históricos, los casticismos y las formas métricas para cobijar lugares comunes. La lírica se abría a una polifonía históricamente explicable. No requirió de padrinzgos ni de emulaciones tutelares para acometer sus empresas verbales. Lo mismo no se puede decir de los años 80, cuyos poetas nacientes se movieron en un gran alboroto mediático, que promulgaba sus quintaesencias a través de manifiestos aún antes de que las obras fuesen editadas y pretendieron pasar por alto el legado de los poetas de los años 70.

En una etapa posterior nos encontramos con poetas como Alejandro Oliveros, Reinaldo Pérez-Só, María Clara Salas, Eleazar León, Edda Armas, Elí Galindo, William Osuna, Luis Sutherland o Cecilia Ortiz, que venían trabajando con plena conciencia de oficio. Esta generación es muy activa y empieza a experimentar en Talleres Literarios fundados en las Escuelas de Letras de varias Universidades, y en institutos culturales como el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. En el interior del país también se produce este fenómeno. Así tenemos a Orlando Pichardo, Eddy Rafael Pérez, Tito Núñez Silva, Jesús Enrique Barrios, Yeo Cruz, José Antonio Yépez Azparren, Naudy Enrique Lucena y Álvaro Montero en Lara; Rafael Garrido, Lázaro Álvarez, David Figueroa, Dixon Rojas y Manuel Barreto en Yaracuy; a Teófilo Tortolero, Reinaldo Pérez-Só, Alejandro Oliveros, Carlos Osorio, Carlos, Ochoa, Adhely Rivero y Luis Alberto Angulo en Carabobo; Wilfredo Carrizales, Harry Almela, Alberto Hernández y Luis Ernesto Gómez en Aragua; a Leonardo Ruiz Tirado, Ana María Oviedo, Arnulfo Quintero López, Livio Delgado, Alberto José Pérez y Avilmark Franco en Barinas; a Celsa Acosta, Rafael José Álvarez, César Seco, Benito Mieses y Gilberto Petit en Falcón, sólo para citar algunos nombres sobresalientes en algunos estados. Con ellos comienza a descentralizarse la irradiación poética de Caracas; se produce entonces un diálogo con la provincia; (si bien observamos, la gran mayoría de los poetas que se divulgan desde Caracas provienen del interior del país), se van creando revistas, talleres, antologías; poco a poco se respira un aire menos atomizado en cuanto a la difusión de los autores fuera de sus regiones de origen, sobre todo porque recitales, lecturas, charlas y bienales literarias se convierten en puntos de referencia para explorar el país de un modo más exigente y apasionado. Se procura entonces un diálogo que va a tener consecuencias determinantes en cuanto a la percepción de la poesía como hecho colectivo, o mejor dicho, como hecho estético que no puede entenderse sino como crisol de experiencias humanas cuyo epicentro es lo colectivo, en el sentido de que éste debe ser público y compartido.

Los mejores escritos sobre poesía de los años 60 y 70 gravitan en ese sentido; sus autores son Ludovico Silva, Juan Liscano, Guillermo Sucre, Oscar Rodríguez Ortiz y Julio Miranda, y en una generación posterior Armando Rojas Guardia, Hanni Ossott, Juan Carlos Santaella, Alejandro Varderi y Ennio Jiménez Emán iluminan sentidos y conforman un corpus crítico notable, que reflexiona, antologiza, redacta prólogos, estudios o tesis académicas, y permite calibrar mejor los legados poéticos de cada etapa.

En el terreno de las antologías tenemos, entre otras, las de Otto D'Sola, J.A. Escalona Escalona, Douglas Palma, Jesús Salazar, Rafael Arráiz Lucca, Alejandro Salas y Joaquín Marta Sosa, siendo la más generosa la de Escalona Escalona *Nueva antología de poetas venezolanos (Nacidos entre 1930 y 1960)* (Mérida, 2001); la más original en el

manejo del criterio la de Alejandro Salas, *Antología comentada de la poesía venezolana*, y la que abarca más períodos hasta la fecha la de Joaquín Marta Sosa *Navegación de tres siglos. Antología básica de la poesía venezolana 1826-2003* (2004), pues intenta recoger los mejores textos hasta los últimos años del siglo veinte, exhibe una organización bibliográfica excelente y nos ofrece un esmerado estudio sobre el proceso de nuestra lírica. No es una antología diacrónica sino temática y la navegación por el tercer siglo es por supuesto casi inexistente. Como toda antología, no puede cubrir todas las expectativas y deja fuera nombres importantes. De la primera mitad del siglo veinte la más completa es la de Otto D'Sola *Antología de la moderna poesía venezolana* (1940). Vale la pena detenerse en esta antología de D'Sola, pues ella remarca un criterio de selección que puede ser útil para ubicarnos dentro de la llamada “moderna” poesía venezolana del siglo XX. Es una obra estrictamente cronológica y generacional, tanto, que primero realiza un paneo sobre lo que él llama “los precursores de la poesía moderna” a quienes ubica entre los años 1880 y 1885 y son Juan Antonio Pérez Bonalde y Miguel Sánchez Pesquera; después se detiene en “los populares de la generación 1885 y 1890”: Alejandro Romanace, Pablo Emilio Romero y Tomás Ignacio Potentini. En un espacio estético más vasto sitúa a parnasianos y neoclásicos, aunque también reducidos al lustro 1885-1890. D'Sola maneja aquí un criterio generacional por lustros y no por décadas, que se mantendrá para los poetas cuyo trabajo sobresale a partir del año 1910, para quienes no tiene una tendencia o movimiento concretos de ubicación, en un amplio registro de veintitrés autores que van desde Alfredo Arvelo Larriva hasta Luis Yépez. De ahí en adelante D'Sola continúa aplicando un criterio que no toma en cuenta tendencias o líneas estéticas dominantes, sino meramente definidas por lustros o por décadas (1915-1920-1930 y 1935), lo cual, lejos de ayudar al lector, no hace sino confundirlo. Tampoco luce muy exhaustivo —mejor sería decir exigente— en cuanto a la elección de los autores, sobre todo en lo que se refiere a los poetas localizados entre los años 1915-1920.

El prólogo de esta antología no fue escrito por D'Sola sino por Mariano Picón Salas, que con su admirable prosa y su lucidez va marcando ciertas pautas para definir la modernidad. En este caso, está seguro de que con Pérez Bonalde nace la modernidad en Venezuela, pues reacciona “contra lo que había pesado más en la poesía venezolana: la elocuencia”, reafirmando en “el sollozo viril que no estalla”, en la nocturnidad y el acento cosmopolita, para luego ir hacia los caminos de la erudición que degeneraron, según Picón Salas, en “la copiosa herencia enseñante de Andrés Bello, los del idioma académico y la intención didáctica; a éstos se oponían los poetas deliberadamente incultos, en quienes la gracia andaba envuelta con el ripio y el acierto con la vulgaridad, como un Martín o un Abigail Lozano”. Están por supuesto también los imitadores de la poesía española del siglo XIX, apegados a lo grandilocuente, y los autores que hacen uso de la malicia criolla, como Alejandro Romanace o Job Pim. Pero no tiene dudas Picón Salas en señalar como iniciador de la poesía moderna de Venezuela, veinte años antes de que comenzara el movimiento Modernista (cuyo padre tutelar fue Rubén Darío) a Pérez Bonalde. Hechas estas aclaratorias, Picón Salas se sumerge en una serie de digresiones que nos ayudan mucho a comprender las tensiones políticas y las luchas del venezolano, mejor reflejadas, según él, en los narradores que en los poetas. Pasa a aclararnos que la modernidad de la generación de 1895 fue la de la palabra, el tema y el ritmo, transcritas en versos parnasianos y octosílabos, como la de Gabriel Muñoz; después la Venezuela de los valeses y los pianos como la que se expresa en la obra de Andrés Mata y Ezequiel Bujanda. Mientras que Víctor

Racamonde y Juan Santaella se amoldan más a la nota “schubertiana” que nace con Rubén Darío. El Modernismo y el Decadentismo siguen por caminos similares, sobre todo el Modernismo cuando cae en la orfebrería vacía de las palabras, o cuando el Decadentismo — que es refinamiento voluptuoso, afán de desconcertar al buen burgués con sus paradojas y su práctica del arte por el arte— terminan por preparar el terreno para lo que luego serán las notas dominantes de los poetas de los años 30 0 40: la intimidad y la confidencialidad versus el titanismo de los neoclásicos, el pensar la inspiración con la disciplina de la forma, para reaccionar contra la abundancia del sentimentalismo ripioso; la exaltación solar contra las tendencias deprimentes (“el sol contra la luna”) de los tramos lunares; el surgimiento del mundo infantil como un tema autónomo de la poesía; el auge del folklore y de la copla; la interrogación a Dios y al Destino que crea una entonación filosófica distinta; y finalmente la voz de Pablo Neruda, que pasó con su torrente de aguas impuras, disolventes y caóticas y llevaron consigo la impronta de una época llena de insomnio, desesperación y aventura, conforman una maravillada visión del mundo.

Hago esta breve síntesis de rasgos para la modernidad porque esta selección, *Palabras en Confluencia* también desea indicar hacia unos cuantos poetas modernos, sólo que éstos pertenecen más al final del siglo XX, viéndome en la necesidad de aclarar ciertos puntos asociados al concepto de Modernidad, un concepto efectivamente escurridizo (se nutre del abigarrado mundo de la cultura popular) que lleva en si mismo el germen de su destrucción, una noción ambigua, huidiza y paradójica. Bajo ella se suelen abrigar las más brillantes ideas pero también las más disparatadas teorías y especulaciones.

Por su parte Guillermo Sucre, en el prólogo de su *Antología de la poesía hispanoamericana moderna* nos advierte que la poesía hispanoamericana moderna es “la que se inicia, hacia 1880, con el momento modernista, hasta la poesía de las últimas décadas (...) Un lapso tan vasto que abarca casi cien años (...) Cronología y períodos, estilos y tendencias: era inevitable que tales referencias influyeran en esta división y reagrupación de autores. Pero, como se explica en la introducción de cada una de estas partes, se ha querido combinarlas y aplicarlas con flexibilidad. Se evita, por ejemplo, delimitar demasiado los períodos o hacer excesivo hincapié en fórmulas estéticas generales que, por si mismas, casi nunca llegan a revelar la singularidad de cada autor. Esta más amplia flexión, por tanto, quizá permita vislumbrar otros principios de ordenamiento.”

Hago esta cita de Sucre en ocasión de resaltar el vasto campo de percepciones estéticas que implica la modernidad: sus máscaras, sus disfraces, sus contrariedades, su heterodoxia, su diversidad y sus paradojas, que ni el discurso postmoderno ni el de las transvanguardias han logrado aún abordar bien. Tales criterios pudieran aplicarse a la mayoría de los poemas aquí elegidos, mas no a la poesía que se escribe desde el año 2000, que desea ingresar a otro canon estético. Estamos hablando hoy de un discurso poético interdisciplinario, transgenérico, intervenido por la tecnología, los monitores, la cultura de masas, la cultura fragmentaria, el espectáculo, el cine, la fotografía, las realidades virtuales y digitales, la velocidad de la información, el minimalismo, el coloquialismo, la ritualidad cotidiana. El discurso de la globalización interviene a veces el discurso poético para bien o para mal, esta es una realidad innegable.

Sobre la presente selección realizada por un equipo de Monte Ávila Editores Latinoamericana, Fundación Editorial El Perro y La Rana y la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, habría que decir que no se trata precisamente de una antología. Es más una muestra, un panorama. No es antología porque no aspira presentar solamente nombres consagrados por la crítica; tampoco es exhaustiva en cuanto a autores y mucho menos en cuanto a épocas o tendencias dominantes, lo cual justificaría algunas ausencias que pueden parecer obvias a primera vista. Como no está sustentada en un criterio diacrónico, no me pareció pertinente organizarla de manera cronológica. El orden alfabético, en cambio, permite en este caso una mayor libertad en el momento de presentar a los autores sin rangos de edad ni de importancia histórica. Sin embargo, veremos a poetas de trayectoria reconocida compartiendo espacio con poetas jóvenes que poseen clara voluntad de continuar; otros, pese a su trabajo sostenido en el tiempo, han sido poco divulgados. En fin, se trata de una muestra heterodoxa, plural, atrevida, que ha intentado poner de relieve diversas facetas de nuestra lírica, sin que haya sido necesario justificarlas merced a un aparato crítico demasiado ajustado, sino acudiendo antes a la calidad implícita de los textos. Se trata, en todo caso, de una lectura dirigida y dominada por el placer, por la voluntad de acercarse a estos poetas para asimilarlos y disfrutarlos desde el entusiasmo y la pasión.

Gabriel Jiménez Emán

Adhely Rivero

Nace en Barinas en 1956. Licenciado en Educación y Maestría en Lengua y Literatura (UC). Co-redactor de la revista *Poesía*. Premio de Literatura Mención Poesía de la Universidad de Carabobo (1981) con *En el silencio del estanque*. Premio Bienal de Poesía “Cecilio Zubillaga Perera” de la Casa de la Cultura de Carora (1982) con *Otras memorias*. Premio de Poesía de la Universidad de Los Llanos Ezequiel Zamora (1997) y Premio Único de Poesía XL Aniversario de la Reapertura de la Universidad de Carabobo (1998) con *Tierra de Gadín*. Además ha publicado: *15 poemas* (1984), *En sol de sed* (1990), *Los poemas de Arismendi* (1996).

Mudanza

De abajo veníamos siguiendo la luz de unas hojas verdes.
Era invierno en los ríos. Empezaba a subir la corriente.
El pueblo se reconocía en una sola casa que aspiraba
el horizonte.

Yo no tuve grandes enseres que mudar, iba escotero
con los ojos inmensos como techo de cielo.

Llegando se sienten los colores
y uno los reúne en el temblor de la sangre.
Mi caballo se quedó en la doma del vaquero
que me cuida las reces en la sabana.

De repente dejé el pensamiento,
al garete rozaba el parabrisas.

Entraba a las carreteras. Largas cuerdas tendidas
hacia algún lugar.

Esta ciudad es muy grande. No es un pueblo.
En esta ciudad no hay caballos, ni vacas, ni toros.
Tendrá un río. Una plaza, una gallera y un cine.
Pero no es un pueblo.

La vida austera

Tan austera esta vida
que la mesada redundante en especies.
Cuando llego a la calle y entro a la cuadra
de residencia algún pariente me espera,
circunspecto en la sala, con un saco o una caja, pesados,
de olores agrios de estar a la intemperie
Recibo la carta, la aprieto y siento el espesor de
la mesada

y contesto todo está bien, no es mucho.

Que importan las letras, el disentir o algún
razonamiento en el papel.
Nada alcanza.
Cuidate en la calle, de noche, la gente.
Pronto te escribo, te envío queso y carne seca.
Y lo que me pides para conocer la ciudad.
Aquí la naturaleza es próspera y tolerante
con lo salvaje que somos.

Vienen a verme la ciudad

En estos tiempos están por venir los viejos, ya bajaron
las aguas.

Vendieron las reses.
Les pediré que me compren una casa
para salir de la tía que gruñe
cuando pierde las loterías
y otros enredos del juego.
Me van a traer la nostalgia del tiempo y la distancia,
y el olor en la piel de la gente de llano.

Los voy a llevar al hipódromo para que vean grandes
caballos.

Los viejos vienen a ver cuanto crecido y avezado estoy.
Cuando tenga el tamaño y fundamento de mi padre
con ropa grande, carro y mujer de la ciudad,
sabrán que no regreso
Ya no podré volver por los montes,
no iré con los vaqueros,
en fin, no siento la gente de la casa.
Estaré pendiente de llevarles mi familia
algún feriado,
y ustedes vengan cuando quieran
con queso y cacería.
Perdí el tiempo de ser libre,
remontar las aguas del Gadín.

La ciudad

El hombre arregla las matas
y recoge la basura al amanecer,
El aire fresco llega
a la calle.

Sostengo un helado cuando miro al cielo
y reconozco
que es el mismo cielo donde están los míos.
Creo que esta calle es la prolongación de la calle
donde montaba caballos y pasaba frente al colegio.
Esta plaza tiene su aire,
su maleza, sus viejos
y me reconcilia.
El barbero tiene la silla vacía y afila en el cuero
la navaja. Me siento y pienso en los animales.
Abro el periódico, recuerdo al filósofo
que decía que allí están los apellidos
de la gente importante, algunos vivos, los otros
muertos en las páginas de sucesos.
Aparto las palabras que no usaré en este lugar.
Habilidades.
Sentimientos Primitivos.
Acostumbraré mi vida a la ciudad.

La casa

Cuando salí del pueblo pensaba regresar
a comprar la casa de la esquina suroeste de la plaza,
cerca de un puerto solitario del río.
Cuando vuelvo no está en venta y entiendo el arraigo
de los dueños.
A cada vuelta al pueblo visito la calle y bajo mi familia
a la costa a contemplar las aguas pardas bajar
eternamente.
Me enteré que vendieron la casa que me gusta,
cerca de la plaza y del río de mi infancia.
Continuaré a la espera con la oferta
en el tránsito del pueblo que crece y se desborda,
solicitándole a Dios la gracia
que no se me adelante un turco y la transforme en tienda.
Por las aguas del río pasan las boras
mientras espero el día.

Número de suerte

Luis Alberto Angulo

Me puedo quedar la noche pensando
y sacrificar la tristeza del día.
Todos estos años le he pedido a Dios
muchos años
para contar la experiencia de la que vida que tienen
los hombres viejos.
Uno se levanta a diario
sobre la luz del amanecer, sale al trabajo,
se sienta como un jefe a esperar la dificultades
que traen los otros.
habla con sabiduría, delante de una biblioteca,
de la poesía contemporánea del mundo,
recuerdo un verso, un buen verso y salva
la jornada.
Hay días difíciles para el alma,
nos recogemos para el sueño
revele un número de suerte.

Alfredo Silva Estrada

Nace en Caracas en 1933. Licenciado en Filosofía (UCV). Realizó cursos de postgrado (Universidad de La Sorbona, París). Profesor del UCV (1960- 1965). Parte de su obra ha sido traducida al francés. Premio Nacional de Literatura (1997). Gran Premio Internacional de Poesía de la Bienal de Lieja (Bélgica). Entre sus libros se destacan: *De la casa arraigada* (1953), *Cercos* (1954), *Del traspaso* (1962), *Integraciones, 1954-1957*. *De la unidad de la fuga* (1962), *Acercamientos: obra poética 1952-67* (1969), *Por los respiraderos del día 1980-92 / En todo momento 1989-93* (1998), *Al través* (2000).

Escribir en el límite

Me hundo en el límite de palabra en palabra porque su pendiente, su abismo que me pone en vilo suscita ese hundimiento.

Luego, retomar aliento.

Abisal y de cresta, la palabra nos sumerge y levanta: cielo y suelo, fondo y superficie, techo y piso afrontados.

Nuestro límite, horizontal, vertical, arriba, abajo, adentro, afuera, penetra el poema que no cesa de hacerse y deshacerse, de recomenzar y rehacerse, tal vez, en el otro, en los otros.

Escribir como uno respira. Y la respiración, a veces, como se rompe la ola contra la roca, entre otras olas, otras respiraciones. A la vez rompiente y oleaje, el poema es libre de ahogarse en sí mismo. Se afirma, se niega, insiste... Como respiración, la primera y la última vez, en una extraña confluencia de alborada y crepúsculo.

Escribir como una camina. Y, al caminar, uno roza algo, tropieza con alguien. Y apresa ese algo que ya pasó, se aferra a ese alguien, transeúnte ya en lejanía.

Por una sed insensata de lo ilimitado, uno desearía finalmente desprenderse del límite, de uno mismo.

Escribo para desplazar el límite, acercar con mi aliento lo que no tiene lugar fuera de este mundo.
Palabra desplazada (y que desplaza).

La poesía vive de dar lugar. Un lugar precariamente preciso en lo que por esencia es desplazante: en el límite, horizonte, poema. En lo que nos abarca, nos oprime, nos libera – puede liberarnos. Pero no cesa de darnos la espalda. Reverso del todo invisible.

Aunque el deseo es tensión ilimitada, el poema logra decir apenas el tiempo en su límite. Mientras el tiempo labra y descalabra con manos invisibles en las manos visibles. La plenitud suele escapárenos por las cribas del tiempo tormentoso.

Algo nos desplaza y nos sitúa en este mundo porque la palabra misma, apenas proferida, es desplazamiento y es límite que nos pide ser desplazado.

Las palabras juegan con nosotros, nos trampean, cuando creemos que jugamos con ellas. Nos dominan su fluidez, su aspereza, su inocencia, su astucia.

Movido por el viento, llevado por las aguas del origen, el poema lo sentimos en los labios, entre los labios de los otros, en la sed de los otros que el viento reaviva.

Con la sed no saciada del nombre, damos nombres. Volvemos a nombrar el nacimiento, el transcurso, la muerte. Desde lo oscuro –fuente- bebemos en la fuente de amanecer que en sí misma se origina y baja por dos vertientes sin

nombre: allí, allí mismo, en lo que vamos a nombrar, en lo entrevisto, lo presentido y su reverso. Hasta la total declinación, improbable, inconclusa. Hasta el anochecer en suspenso.

Movidas por el viento, las aguas del origen nos empujan a decir, atizando nuestro fuego interior.

Escribimos sobre esta tierra, la única, cuando, dentro del instante, las aguas del origen se repiten ritmadas por los límites estallados del instante.

Escribimos sobre esta tierra cuando el fuego nos lo permite, se insinúa o se desata en el espacio nunca idéntico, nunca identificable, pero que siempre sentimos por igual cerca y muy lejos, adentro, afuera. Apenas sostenido por el límite que ilimita el horizonte de nuestras miradas.

Escribir en el límite: conmoción, emoción, piedra de toque: *Esa emoción llamada poesía*. Es preciso, entonces, la textura inminente. Y eminente, con relieves que nos toquen. Nos conmueve lo que podemos y, a la vez, no podemos tocar hasta la saciedad, hasta el extremo. Tocamos sólo hasta donde puede tocar la mano. Nuestra sensualidad nos angustia. Y en esta carencia misma nos conmueve, nos conmociona. Como la visión, limitada, inmersa en sus límites, nos revela lo ilimitado: puntos de fuga y horizonte.

Conmueve lo que nos toca. Y también lo que hasta cierto punto (tantas veces punto ciego) podemos tocar. Eso que llamamos emoción poética es eminentemente terrestre, hasta el tuétano, hasta la epidermis, hasta la raíz, desde la raíz hasta el aire.

La precisión que conmueve sólo podría estar lejos a cada instante, ausente en su presencia misma, porque no puede fijar el instante que ama.

La precisión es el trazo del deseo infinito –imposible– de situar el aquí y el ahora, cuando éstos, en verdad, nos tocan, nos conmueven.

La poesía vive de dar lugar.

Dar lugar, situar el instante, desear situarlo, ese tormento, esa tormenta, ese temporal suscitador del poema.

Acercar más y más el instante (no poder situarlo), acercarnos a

los otros por inmersión en el límite de los instantes de palabra
en palabra.

Deseo de dar cuerpo al instante con nuestro cuerpo fugitivo.
El instante que está aquí, y está lejos, con esa ambigua,
precaria precisión que nos estremece, justamente, como las aguas del origen.

Un punto en el origen

Un punto en el origen
contiene las respuesta.

Tal vez eso
así sea.

Pero el origen
perdido está definitivamente.
De nada vale mirar atrás.
Toda dulzura habrá que construirla
con estas manos vivas.

De las sombras

De las sombras que la vida trajo,
elijo una.
Elijo una para que me haga compañía.
Para que permanezca,
a ver si con el tiempo,
se va aclarando en mí, se va alejando de lo oscuro

Hay momentos en que una brisa sopla

Intensa llama quema, despiadada,
la juventud. La hace ceniza.

Ya asoman en mis ojos dos piedras calcinadas.

Sin embargo hay momentos
en que una brisa sopla

y nos trae la ilusión
de que la hoguera recomienza.

Cuando al agua voy

Cuando al agua voy,
el agua viene
y es una mujer afectuosa.
Una superficie
de espuma fresca
para mi pensamiento adolorido.
Cuando al agua voy el agua viene
y es un alucinante enigma.

Álvaro Montero

Nació en Barquisimeto en 1946. Poeta. Fundador del Taller de Investigaciones Artísticas “Simbiosis”, de “Job”, órgano de difusión cultural del mencionado taller y, además director del Centro Cultural Lea, todos en Barquisimeto. Asiduo colaborador de numerosas publicaciones literarias del país, entre otras: “La Otra Banda (Mérida), “Sección Literaria de El Impulso” (Barquisimeto), “Imagen” (Caracas), “Talud” (Mérida), “Job” (Barquisimeto), “Papel Literario de El Nacional”, Caracas... Ha publicado: *Bajo qué señal comenzó el fuego* (Ed. Job, 1973), *Ciudad de cólera* (Ed. de la UCV, Caracas 1978) y *Sale el sol* (Plaquette, Edics. Seña, Barquisimeto, 1980). Abogado, animador cultural. Tiene inéditos varios libros de poesía. Murió en Barquisimeto en el año 2004.

Amor, esta ciudad ya no resiste

Enero, 1856

amor, esta ciudad ya no resiste la ira de Dios, por todas partes se amontonan los muertos y los aparecidos los carretean de noche y los queman en las afueras, cerca del río. Ya lo han hecho conmigo y regreso luego para ver si me estás esperando.

me quemarán de nuevo, te lo aseguro. Me culpan de haber traído la peste en la maleta de viaje. Yo traje sólo unas aves que me hicieron soltar a la puerta de la ciudad.

amor, no debo tener ni alma. Cuando me queman con candela la veo salir y le pregunto por los que se fueron primero. Pero yo regreso amor, hediendo a humo, regreso para morir cuando los espasmos no me dejan tranquilo.

te escribo a prisa, siento el repicar de las campanas. Un ave de mal agüero llama para la procesión. Siento que vendrán los espasmos y me quemarán por la tarde esta ciudad de cólera nos consume a todos

Ciudad de cólera

Pues bien MACARIO salió temprano
de su casa

vestido de negro
con el sol calado hasta
las orejas

se despidió con una sonrisa de crehuela
el morbus lo esperaba como esperaba el autobús
para ir al trabajo

UN BUENOS DÍAS DE CUCHILLO FILOSO

Macario

te jaloneaban la sotana los muertos
gritaban en las calles los que querían morir y tú
Macario te alisabas la falda como lo hacías en París

Te vi salir
salir casi con el sol

Te vi salir

Nada de remedios ni arboladuras. El morbus agujonea la vida y diezma. Nada de pociones. Macario, nada que suene a boticario. Solo tú enamorado de la muerte.

solo tú

Miserable ave de mal agüero

Yo recuerdo, 1855, era un país de libertos. Nadie se quiso dar cuenta que podían tumbarle la cabeza.

Era cosa de descogotar la miseria y correr con las peonadas por el monte. Eran los años de las pestes.

Primero los vómitos negros, azulados. Primero ellos con su hedentina llenando de malos presagios las mañanas.

Porque la peste andaba por todas partes y agujoneaba los campos y se moría entonces hasta de mirar el viento

Eran años de guerra

José Tomás Boves

Es ella Tomás quien entierra las brasas y atiza el fuego

Es ella Tomás la que flagela

la que sale de noche con los perros

y encandila las iguanas

en el cementerio

Es ella quien trae las arañas para la fiesta

y devora en verano

las cruces y los santos de madera

Es ella Tomás

Recuerdas que te lancearon

Que te abrieron el pecho

y comenzaste a gritar palabrotas

y la sangre te comió la lengua por blasfemo

Te moriste en ese sangrerío Tomás

en ese pasar de caballos a la carrera

En sano juicio espero que llegues

Frígida

escurridiza

te presentas

Es sólo culpa mía que me enredes
si todo lo que te amo te pertenece
Un delincuente toca la puerta
y me saluda

Quien te habla

Quien te habla
soy yo
Te pido dejes
 que el río
 me lleve
Aguas arriba
silbará fuerte
para que sepas que aun voy con vida

Te pido lo dejes

Te pido lo dejes cantar
Son aguas rojas
las
 que
 bajan saltando entre
los riscos
 Escucha como viene el río
Qué de calamidades anuncian
sus aguas
Bésame amor
que la corriente
haga con nosotros lo que quiera

Ana Enriqueta Terán

Nace en Valera en 1918. Premio Nacional de Literatura 1989-1990. Realizó carrera diplomática en el exterior en Uruguay (1946) y Argentina (1950). Partícipe de numerosos homenajes y recitales, el 30 de Noviembre de 1989 recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Carabobo. Ha publicado los siguientes libros: *Al norte de la Sangre*(1946), *Presencia Terrena* (1949), *Verdor Secreto* (1949), *De bosque a bosque* (1970), *El libro de los oficios*(1975), *Libro de Jajó* (1980-1987), *Casa de Hablas* (1991), *Albatros* (1992), *Música con pie de Salmo*(1985) y *Antología poética Ana Enriqueta Terán* (2005), para citar algunos.

Escombros con paso encharcado

No se escuda en el sueño. Se extravía por ciudades de almo semblante.
Oscurece y distiende telas para ocultar cuánto turbio en propios hombros,
en propia veste de ciudad que los recibe ya malandros, SUS malandros,
SUS desgonzados para siempre
que los recibe (SUS MALANDROS) en regazo de calle advertida en trapos de luz,
calle empinada, sin viento, como genuflexión ante rizos oscuros. “SUS MALANDROS”.

Escalinatas de ciudad mártir

Insinuaba cabellera partida en dos sobre confusa palidez.
Habló de manos acariciando rasos de halito y sacrificio;
algo como imponerse o a la deriva dejarlo ser;
algo como pedir perdón o decidirse a ser castigado.
Mucho de cuanto deja caer culpable encono
o sube escalinatas de ciudad mártir también ellos, caídos
a reserva de una mayor,
en tinieblas, justicia.

Metas de absoluto despojo

Es casi orgullo compadecerse de sí mismo;
extremar palidez como llegando a metas de absoluto despojo: MUERTE;
a raras victorias cuando último y primer salario recibieron:
MUERTE. Pura encendida rosa: muerte,
ocupando camisa de buena marca.
De buena marca, también zapatos que huyeron en otros pies ayunos de piedad,
en aras del mismo holocausto para comienzo y final de la MISMA ROSA.

Espesor paterno

Intentó devolver página en blanco. Nadie recibe.
Nadie fija mirada en caída(casi un niño) en hondones de sacrificio y pureza;
rostro de ellos: piedra, hierro. Rostro de el (casi un niño),
rostro a veces predilecto por AQUEL que espera, se apiada,
por AQUEL que lo acuna en brazos de abrumado ESPESOR PATERNO.

Desagravios a ciudad no amada

a Elio Gómez Grillo

Nadie la ama ni defiende su puesto de intensidad y desangre;
magnífica y cruel cuando los recibe descalzos, aún tibios pura inocencia
en exactitudes de psalmo...
Cuando los recibe, más allá de la muerte, para encarnar belleza
como extravíos de holocausto.
Ciudad sagrada a través de ellos. Dioses menores ennoblecidos por el desdén
a flores de miedo
a miedo puro alguna vez mezclado
con brumosas florecillas de amor.
Caracas: ciudad amada en sólo nombre: CARACAS.

CIUDAD IRREVERENTE Y BELLÍSIMA
¡DÉJALOS CRECER!.

Escribiendo un soneto

Seca versión de ritmos que recojo
en propia sombra como tenso nudo
de vibración o resbalado escudo
ocasionado y dulce en tinte rojo.

Respiración alcanza en otro enojo
advertencias de fuego donde pudo
ser resuello de fondo o tiempo rudo
amenazando candidez del ojo.

Alternados redondos hacen forma

alada, vertical; acaso piedra
también a veces. ¡Oh! sufriente suma

de triunfos enrabiados y no medra
allí descanso. La inflexible norma
huye en caballo de impaciente espuma.

Ángel Eduardo Acevedo

Nace en Valle de la Pascua en 1937. Poeta, licenciado en letras de la Universidad Central de Venezuela y profesor de la Universidad de Los Andes hasta 1981. Colaborador de importantes revistas literarias del país, entre ellas, *Tabla Redonda* (1958), *En Letra Roja* (1963), *Sol Cuello Cortado* (1963). Integrante de la Pandilla Lautreamont. Se ha dedicado a investigar las obras de los grandes poetas venezolanos Alberto Arvelo Torrealba y Rafael cadenas. Destacan sus libros *Mon Everest* (antología poética, 1967), y *Papelera* (ensayos, 1991).

Un loco

Fui enviado a la ciudad
porque en ella no existen rebaños
de ganado (sólo de gente)

Para que fuese sabio o doctor
o no vistiera más de dril
o no calzara sino zapatos.

Para que cambiara tristeza en riqueza.

Pero recuerdo un muchacho loco
un hombre tan loco
que sólo es posible llamarlo muchacho.

Hombre pensando en frutas,
consintiendo pájaros.

UN LOCO.

Silbaba solo en los caminos
y hacía clarinetes de carrizos.
A veces se perdía con el alba
mientras los hombres labraban la tierra
y aparecía al anochecer con huevos de perdices.

UN LOCO.

Y yo no he querido sino ser como él.

La reina

La reina savia de ciudad
se perdió en sus colinas.

Su pequeño enfermo está aquí
en las avenidas
y mientras desayuna aún sueña
que es naípe español
efigies de monedas
cromos de Aruba
rurales.

La reina que lava su cara
contra el trono inglés y otros imperios
la que ha escupido de su boca
el rouge europeo y americano
y sus cabellos que no son de oro
ata con cinta ordinaria
dice carajo contra el cetro
la corona y las perlas finas
y con tales nueva realeza y nuevo atavío
ha hechizado al silvestre príncipe
que huele otras damas
y sueña cámaras de un castillo de campo
donde la reina
de hierbas
o de frutas
o abeja reina
abre contra las uvas negras de Italia
sus ojos de otro terciopelo.

La reina gracia de tristeza
no vuelve de las nubes
y estoy mudo en el amanecer.

Que no descienda de la fuente
a vender su recamado de hojas
o besos para sobrevivir en exilio.

El príncipe también huirá a su país.

Ligia, mi mejor amiguita

Mon Everest

¿Habitaré siempre donde me signaron las primeras gravitaciones?

¿Por qué nuevamente esa cuesta de antaño, prematuro calvario, tormento de la pura contemplación?

Hoy como ayer los ojos miden desde abajo el trayecto para desmayar a la altura del horizonte.

Penuria de ahora y de antes, espíritu en plomada, herencia, genealogía lastrada y pálida. Me arrastro, me levanto y caigo, soy apaleado y estrujado.

Como una tiranía feroz ha doblegado siempre a mi pueblo, así estoy sumido en negras ciénagas, destinado a comer tierra pútrida, la tierra que ansío trasponer.

En esto visito catacumbas iluminadas donde una ferviente resistencia se organiza, circulan estampillas de colores con leyendas cifradas e imágenes de niños y donde invocamos en lenguas romances nuestros impulsos primigenios, entrañamos geografías remotas.

Y en toda esta esperanza, este clamor, no hala sino el recuerdo de tu cima ardorosa, Everest mío.

El sabio Salomón

Suelo ahora recordar la historia con que aquella nodriza campesina me entregaba al sueño.

Como Rey cabal Salomón había alcanzado a ser el hombre más sabio de su pueblo.

Conocedor de todos los arcanos, a una altura de su vida dispuso morir.

Recurrió a su más fiel esclavo y decidido le comunicó:

—Me es llegado el día de abandonar el mundo y en tus manos encomiendo mi suerte. Tú me ejecutarás, me darás sepultura y deberás morir antes que revelar el secreto. Cumplidos siete años resucitaré.

El ingenuo amantísimo de su monarca se debatió en llanto, se resistía, no concebía.

Pero lo persuadió el soberano y se encaminaron a un oscuro monte.

Yo los he imaginado herméticos y sudorosos rehendiendo fragantes espesuras de carcanapire y de cujiaras negros, resueltos y estirados los trancos, erguido el Rey marcando el paso, detrás cabizbajo y hacha al hombro el esclavo, hasta llegar a un punto de misteriosas resonancias infantiles llamado El Cedrón donde el Rey era descuartizado y he ubicado su túmulo siempre.

Notó entonces el pueblo la falta del Rey venerado, pábulo, remedio y gloria de todos como era. Y entrada ya la ausencia en años, la desesperación y la sospecha incontenibles forzaron precozmente al negro.

La exhumación fue romper la cáscara de un huevo en empollamiento y sorprender al ave, casi para nacer, incipiente el plumaje, chorreante de sanguinolencias.

Y en ese estado siento hoy hallarse a mi alma.

Corraleja

Y como la naturaleza sucumbe a su destino, la locura selvática y el verde éxtasis cantaron su delirio desde entre las hierbas y las enredaderas frenéticas permitiendo la reviviscencia del rastrojo y las recónditas nostalgias.

Con quieta voz el hálito maestro recorrió los tranqueros y rehumedeciéronse nuestros ojos niños en anciano fervor hosanando al ahora suntuoso corralón. Con lujuriente beatitud obedeció la flora al fiat y cundió allí en aquel instante de pasmado temblor.

Y son nuestro mandato y delicia permanecer absortos, dejar ser la exultación hasta sus copas altas, mis suculentas hojas de Bethania, la misteriosa cerrazón del bosque umbroso, oh patria, reintegrado a sus ilimites mensuras de ayer.

Y si con pávida ambición nos acendramos, se germinará de vestiduras silvestres nuestro cuerpo y alma, la metamorfosis devendrá redención, la tapia miliar emblemizará muerte y regreso, arrasamiento y restauración, fin y comienzo, pues la clorofila es roja, la savia es nuestra sangre y el sueño será un pueblo valeroso.

Las ciudad vulnerada del viento libre será un vecindario bendito.

Somos la flor y la simiente de los montes y hemos de establecer la prosperidad en las comarcas de antaño y del olvido.

Resonará de inocente algarabía la vieja escuela, se levantará un templo de alabanza y seremos una inexpugnable hermandad.

Si con intrépido temor perseveramos, en los resecos pastos flotará magia, verdecen de amor los escombros y cada antiguo invierno revivirá.

Figuración del cielo

1. El niño natural es metamórfico,
un paradigma de ínfima verdad
que habrá de preambular en su optimismo
a algún Lao Tsé tranquilo e ignorante.

¿Estudia la corola abrirse al aire?
¿Qué dada rosa olerse necesita?

Aquella alba fue aquel estricto grado
de realidad y estupor.
¿Qué iría a ser de nuestra alma y de sus reminiscencias?

2. Mas luego el existir fue conminado
a perfección, a otra pasión
que viene, en carne de terneza bíblica,
a convertir el pétreo corazón.
Costumbre primordial.
Será posible
que el cascarón raquíptico
estrangulado sea
por la musculatura nueva, secreta
del hombre niño pájaro señor
que alza y gorjea su verbo original.

3. A un tiempo advenía el niño
y se transfiguraba.
Durmió larvario en brasa
o en botón de la luz
en seminal infinitud.

Con lágrimas de sangre anegó el hombre
sus ya de tanto mundo ajados ojos
que lavó en la alta fuente de su llanto
y cesó de ser letra la metáfora.

para Roberto Juarroz

Antonio Trujillo

Nació en San Antonio de los Altos en 1954. Director de las revistas *Trapos y Helechos* (1980) y *Crónica de San Antonio de los Altos* (1993). Premio Municipal de Poesía de Los Teques (1983) con *Cuando vivían los pájaros*. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *De cuando vivían los pájaros* (1984), *Vientre de árboles* (1996), *Taller de cedro* (1998), *Blanco de orilla* (2003) y *Unos árboles después* (2005).

*

Mientras el mar golpea
y devora la isla

he vuelto
a soñar la casa

muy cerca
alguien riega las matas

y brillan como
si hubiera llovido

Insiste el sueño y el mar
sobre la ciudad que nombro

de nada el vino servido
la luz de algún mes
y sus duraznos negros

sólo en sueños
esquivamos la muerte.

*

Un pájaro antes de morir
insiste a pico y sonido

cruzar no la fronda
sino el árbol que lo sostiene

esta obsesión
lo vuela a otra verdad

y su nervio

ya no mira los campos
ni espera el oro
de aquellos árboles

un pájaro antes de morir
vuela por dentro

hasta la rama
de su propio destello

*

La madera
es misterio

la hay de sombra
y de intemperie

el fuego mismo
crepita sus voces

por los golpes
del árbol

cada quien
arde en su lengua

*

Si la niebla
se mudara a esta hoja

a vivir
con yerbas y árboles

incluyendo a los que
no le sabemos el nombre

ni el uso

y soplara
viento de aquellas palabras

nacidas
mientras cruzamos el valle

si una rama
una brizna

algo de lo inmenso

si lo invisible
hiciera el bien

sobre estos riscos blancos

*

Lava tus palabras
habla con ellas

déjalas
en el aire

y olvida el brillo
de andar en esa luz

son cuerpo
del misterio

huyen y presienten

cuando el hombre
desea su lugar

lava tus palabras

siempre el agua
es más profunda

que nosotros

*

El hombre
marca los árboles

los nombra
siente conocerlos

y nunca
se acerca

al tallo
de su abismo

Dios
es otra cosa

apenas silba
en la luz de los pájaros

y la niebla
es otro imperio

Armando Rojas Guardia

Nace en Caracas en 1949. Licenciado en filosofía en la UCAB. Cursó estudios en Bogotá y Friburgo (Suiza). Tallerista de poesía del CELARG (1979). Cofundador del grupo Tráfico y codirector de la revista *Solar* (Mérida). Colaborador en el Papel Literario de El Nacional, *Hojas de Calicanto*, *Zona Franca* y otras revistas literarias. Son muchas las distinciones que ha obtenido hasta el momento, entre ellas: Premio de Poesía del CONAC “Francisco Lazo Martí” en dos ocasiones en el año 1986 y en 1995. Entre su obra se destaca: *Proserpina* (narrativa, 1984), *La nada vigilante* (1994) y *El esplendor y la espera* (2000) ambos de poesía.

19

No buscados, hoy amanecen
el pan sin el soporte de la mesa,
el agua regia sin el vaso,
el árbol sin las letras que lo escriben o pronuncian,
el pájaro puntual en la ciudad dormida.

La lluvia pisa la grama y resucita
vírgenes perfumes. La cal nueva
fulge en la pared del campanario
donde el domingo me convoca.

Ese trozo de musgo en el asfalto
me recuerda que el Mundo, subversivo,
derrota a la Historia finalmente. Y con él,
vence este día, cabal e impronunciado,
rendimiento en su fasto la basura
acumulada ayer sobre la acera.

Hay asueto en la entraña del silencio
y hasta las motocicletas braman hoy
en el vacío festivo, como un circo
de animales prehistóricos jugando
en la infancia silvestre del oído.

La calle de siempre es otra calle:
una estampa escrita por detrás
en la caligrafía primera de la luz.
No hay mariposas, pero en cambio

los ojos de aquel perro, bajo el porche,
agradecen, acuosos, el sol tibio.

Me miran ignorando su dulzura
en la extática plegaria del instinto.

¿Cómo cristalizó el mito de esta hora
en el ateísmo líquido del tiempo?
Alguien dibuja el día por nosotros.
Alguien me ama hoy, secretamente.

Del miedo

para Alberto Márquez

El miedo, decía Bernanos, intercede por el hombre
en el lecho de cada agonizante
mi tributo, hoy, es para ese sentimiento
cuyo temblor, con frecuencia despreciado
por los fuertes, los exitosos, los seguros,
surge de la fragilidad verificada, al descubierto.

Hay veces en las que el miedo se prolonga
más allá de una estricta circunstancia. Permanece
en algunos hombres la capacidad de vivirlo
cotidiana, diariamente. Los asusta
un peligro atmosférico emanado
por el solo existir bajo el foco tenaz de la conciencia.
Siempre insomnes, sienten la acechanza
abundante y rigurosa ante la cual los arroja
ese existir: la intimidación que exudan
el tiempo, la mirada del otro, la laberíntica culpa,
la responsabilidad insoportable o la asumible,
algunos hechos u objetos casi numinosos (la noche
del domingo, los sueños y un retrato),
la propensión a las palpitations galopantes
y al respirar difícil, ciertas madrugadas
cuyo eco repite, insistente, la memoria,
el deseo de elevarse, el propio flanco lábil
y, para colmo, la incógnita en suspenso de la muerte.
Todas estas cosas que nombro como ejemplos
objetualizan, de pronto, el mismo miedo informe,
son sus accidentales contenidos, por que él
dura rebasándolos tal una indetenible

marea de temblor nunca absorbida
por ningún nombre adecuado, ninguna concreción.

No son enfermos los hombres y mujeres
convocados por el miedo. Ellos, al contrario,
resguardan para nosotros esa sólita vigilia
frente a lo inconmensurable aterrador
que, mediante un exclusivo privilegio padeciente,
se les concede percibir a toda hora
en lo que los circunda, así sea lo usual y lo ordinario,
cuya proximidad se torna entonces
cargada de vacíos siderales. Tales huecos densos
prolifera bajo la temerosa angustia ahora abismada,
constreñida, si embargo, a enfrentar íntegro
el áspero trajinar del día.

El temor atraviesa sus íngrimos minutos
erizado delante del peligro indócil
que advierte, sin poder fijarlo: exhalación
de la inmedible inmensidad de la existencia
cuando es consciente de sí misma. Quien suda
el costo de tamaña inmensidad se llama miedo
y su temblor se adelanta a los demás sentires
en el reconocimiento humilde de la continua
amenaza que representa conocer y conocerse.
Existe asustada, lo acepte o lo disfrace, la conciencia.
QuÉ otro modo primigenio tiene lo humano de palpase
si no es esa fragilidad desamparada,
la que llega a consumarse en la agonía
tiritando al fondo de lo que siempre supo
el hombre escogido para custodiar el miedo:
la muerte ya se ha experimentado, numerosa,
a lo ancho del intimidador volumen del vivir
y lo único que falta es correr su múltiple riesgo
resumido en el espanto final, enorme arcángel
manifiesto al cerrar los ojos, olvidándolos.

Escucho a John Coltrane

*Lo único que la razón –la razón
no encarnada ni encarnante– no
podía concebir: (...) el cuerpo resurrecto.
José Ángel Valente*

Escucho a John Coltrane pensando
que cierto jazz limita con la muerte
y lo que ella oraculiza.
Sus acordes, ontológicos, jadean el sentido
del cuerpo que lo oye viviéndose rítmica
dulzura urgente, melodía visceral, disonancia
en vértigo, lúcido fraseo coagulado,
dinámica espiral donde lo armónico
asciende bajo la forma de orgiástica estructura.
El sentido del cuerpo: metafísica ecuación
cuya incógnita el jazz sabe resolver
a través de su propia álgebra caliente,
superior matemática de elemental sonido
numerado en cadencias que lo elevan
a una complejidad enigmática
ante todo física, sensible: descifrar
este sonoro enigma estético
soluciona el de mi carne: porosa
masa orgánica devolviéndose, por él,
a su duración atónita, a sus latidos esenciales
al paroxismo que anhela ocultamente
y a la terquedad de su dicha encarada al sufrimiento,
la que suena, redentora, en ese tono
álgido, purísimo del saxo, soplado
por un aire capaz de inventar celebraciones.

El sentido del cuerpo: el jazz lo sabe
porque frasea el idioma corporal.
Cadenciándolo, cifra tal sentido, lo atesora
en sus abstracciones auditivas, las cuales
—esto es milagro sutil, prodigio lato—
no por ser abstractas dejan de ser carne,
dialecto sensorial de su materia y para ella.
Esta noche, escuchando a John,
el más profundo para-qué del cuerpo
se me confiesa, íntegro, durante la afilada hora
adonde entro a la búsqueda de tantos sudorosos
acordes gozándome y también agonizándome,
hallando en mi intensa vibración corpórea,
eco preciso de esos difíciles acordes,
aquel deseo que ha olvidado ya como se llama
pero cuyo objeto desovilla la compleja exactitud
del saxo: deseo recibido por la muerte
como la carnal demanda a transmitir
a esa adivina sin máscara, desnuda:
su nombre es *cuerpo resurrecto*
y contiene la promesa de un día no existirse momentáneo

sino a la misma eterna altura del espíritu.

Este es el sentido que el jazz identifica
abstrayéndolo de mis entrañas al vivir
dentro de ellas el deseo y la promesa.

Salir

Salí, sin ser notada
San Juan de la Cruz

Salir, siempre salir. El éxodo es mi patria.
Encontrarse saliendo una y otra vez
del hogar esclavizante. Afrontar
la libertad de partir continuamente
al retomar la llave que impedía
el paso decisivo: despedirse.
Que la casa se transforme en campamento
a dismantelar cada mañana. Que la marcha
se inicie, puntual, en la precisa hora,
la que obliga a encarar el adelante
y no mirar hacia atrás, no prolongar
el adiós junto a la inminencia del trayecto.
Jugar la apuesta cifrada por el ir
permanente, en perseverante riesgo. Abdicar
del poder que acumulan individual
encerrado en un glóbulo monádico y lo social
establecido. Renunciar a lo interior ya confortable
y a lo exterior vuelto adherencia. Destapar
significados no fijables al sentido de todo.
Desconfiar ante la situación que parece detener
el tiempo y el espacio de este fluido universo
cuyo objeto es expandirse. Escapar de la parálisis
marmórea fabricada por el éxito. Preferir, más bien,
la elástica materia del fracaso
con la que se puede moldear una figura
fugitiva de la gloria: ella aligera el equipaje.
Alejarse del dogma, intransitivo. No atender
a la fórmula masificada como límite
de la constante expedición que amplía la verdad.
Arriesgarse al nomadismo de la mente,
el que descubre las infinitas aperturas
de un cuerpo, de un texto, de un momento,
de un paréntesis monótono, de un clausurado círculo.
No proyectar lo imprevisible. Imitar

la sobreabundancia trascendente
que penetra, hasta el tuétano, este mundo
pero no sedentariza en él su plenitud
invitando a la perpetua búsqueda.

Mas el deseo central que explica la salida,
su auténtico móvil, su horizonte,
es, a semejanza del auto olvido de Dios,
quien creo fuera de él otra realidad
diferente a la absoluta tan sólo para dársele,
el abandono de sí mismo en el amor.

Arnaldo Acosta Bello

Nace en Camaguán en 1927, muere en Barquisimeto en 1996. Miembro fundador del grupo Tabla Redonda. Trabajó en la Dirección de Cultura de la Universidad de Oriente como coordinador de actividades y jefe de redacción de la revista Oriente. Fue funcionario de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes y director de la revista *Actual*. Obras publicadas de poesía: *El canto elemental* (1956), *Hechos* (1960), *Fuera del paraíso*. (1970), *El alud* (1973), *En vez de una balada* (incluye cuentos, 1975), *Los mapas del gran círculo* (1975), *Sereno rey* (1979), *Minimum Mysterium* (1985), *Agadón o el brusco pavor de los tréboles* (1990), *Mar amargo* (1988), *Historia de un soldado de la guerra de Troya* (1993), *Adiós al rey* (1995).

Discurso a media noche

He aprendido a rezar
sobre mi máquina de escribir
a decir nombres
y tomar un chorrillo de agua helada
cuando el reloj no es ni rojo ni azul
sino reloj no es ni rojo ni azul
sino reloj
al lado de mi tarjeta de control
mis huellas pulgares de tonto a sueldo
vivo en los ascensores
donde respiro la señorita limpia
besada por mamá
y anemia de una herencia blanca
y traslúcida

Si lo que amo es reino de mi soledad debe tener un sitio
que bruscamente aparte hierba de cuatro metros, corazón
anormal, ¡basta! voy a disparar pues mi captura será con
agua hirviendo en el hoyo de esa raíz.

¡ya está!
la madera del patio
me ha salvado mi sacapuntas
la regla de 4° grado
la tabla de multiplicar
mi maestro es un viejo enigma
de cuyo sueldo muere su familia

por fin llegaste, amiga,
a tu costumbre me siento bien
dueño de mis faltas tengo cinco días triste
me sacan de una totalidad
se han empeñado en asignarme amo
al que he de matar por repulsivo
estrangulando con y triángulo en la nuca
el horóscopo anuncia ganancias que no veo jamás
fumo de madrugada
sobre las tablas de mi cuarto patalea el amor
conejo epiléctico al que ahogo en sábanas
voy a la pared a matar zancudos
doy brincos de loco
Tienen razón los que han ido a batirse
a subvertir esta vida
o moriremos de fastidio

(Fuera del paraíso)

Canción

Pueblo de mi vida más atroz que los meteoros. Manos crueles arrancan nuestros besos, bella raíz apenas arrojada embellecida nuevamente al rozar el asombro y otra vez expulsada a la molicie de un mar, raro, entre las raras cosas que consumen lo que a diario silbamos, pues esa posición sólo causa destrozos y lo que fue loado y suspendido los días de amor ahora está rectificado en la destrucción.

Somos sonoros y fuertes, contempladores de niebla que vela una hermosa montaña, una y mil veces incendiamos la hierba y no se alcanza a ver sino la noche caída como un cofre, distinta entre los caballos, entre los dormidos y los que andan desnudos salmodiando frente a todas las puertas.

Nos es negado que se hable de amor, que se arroje sobre el hombro una mano y otra bajo la lluvia, y que la letra hecha con carbón y escrita en la pared comience a designar lo que somos y lo que son nuestros enemigos.

A ellos les negamos tregua, todo signo de paz está abolido, éste es un código sangriento escrito para hombres fuertes de corazón. Quien me ha visto llorar y no me ha oído reír no debe nombrarme sin susto, sin temblor en los labios como quien se declara vencido y se mancha con vino esa opaca semilla: el diente.

¡Han codiciado hasta los cantos!

Alguien puso un tapiz sobre la puerta y este lema, odio.

Andamos en la calle con el labio oscurecido de polvo. Grana es la cara refrescada al atardecer bajo el abrazo de una mirada y no deseamos saber de los que quieren atar este bello navío pues vamos a salir bajo la ola de un himno, con el aroma de los valerosos.

Cobardes, olientes a protíbulos, asó son los enemigos.

Se les oye correr como granos vertidos sobre la mesa; miedosos, piantes. Acurrucados en los rincones tientan sus dedos las tetas de las mujeres y bebe en el rocío una dicha inmensa.

(El alud)

Los mapas del gran círculo

20

¿Que quedará en mi mano que no sea las plumas de los pavorreales?
digo de la ardiente verdad cuya rama se arquea detrás de mi oreja
apasionada y desnuda. Su perfume no tempera en la flor, igual que
los vientos cambia de colina.

Yo soy un rey, oscuro. Sumido en este cuarto veo pasar las batallas,
Delñirantes guerreros clavan su lanza y atraviesan caballos en el aire,
¡para herirme sólo dicen tres cosas y adiós, adiós para siempre!

¿Quién quiere desposarme conmigo sobre estas ruinas donde las
brasas

resplandecen en mi tristeza?

Como veis vivo perpetuamente loco, susurro, digo embustes,
invento

un cofre donde moran prendas heredadas defendidas co sangre.

Mi lamento no tiene más grandeza que yo.

Huyo como una fiera y dejo esta señal: en la tierra vivió y soñó

un rey dueño de todo, pero abrumado por tristezas viajó como una
llama

pues no quiso incendiar con sus manos el planeta.

(Los mapas del gran círculo)

No derrames la frase

Como el óleo sobre los muertos
mídela con paciencia, tásala,
ni avaro ni pródigo
proporcióнала cuando haya necesidad
y escóndela si no dice nada.

Nadie es capaz de vivir fuera de la rama

donde cantó la primera vez.

Somos el gallo que dice las mismas cosas

siempre que se levanta
aunque el tiempo madure dentro de un sueño
un año o cien son tejas de una sola mansión.
Mientras el sol da vueltas lisonjeando la primavera
mientras la luna se impulsa como gueje en el cielo
apenas tocamos la cáscara que nos circunda
sin atinar a romperla en ninguna parte.

Eras un ramo azul sobre las sábanas
mis ojos ardían de felicidad
al cerrar la puerta me hice extranjero
mi nueva condición me redujo a lágrimas
no sé hacer nada sino amar.

(Serenó rey)

Adiós al rey

Dios bendiga estas tierras, estas aguas
y las haga crecer. Estoy con ellas
piedras y chamizas. Si bastan para arder
y construir, ardo y construyo lo que mañana
hoy y siempre habrá de ser. Ser siempre
y también no ser, entregar lo sagrado
a lo sagrado, devolver a la tierra
la majestad y la sencillez que le pertenecen.
Por donde venga o vaya, los caminos
de un cuerpo gastado irán cayendo,
el fuego de flores, más que adorno
estará en altares probando vino y palabras
éstas bajarán de los labios a la cisterna
y ni abejas ni mariposas podrán seguir
la radiante carera: mil ríos trasportarán
todos los días semillas negras y doradas
hasta la playa áspera. Continuamente el plato
va llenándose y el hambre da a la boca
la forma necesaria, para que, la estaca
donde el verbo se hirió, retoñe
y sea el eje entre el cielo y la tierra.
No sé si habrán notado que si alguien
se le agotó el tiempo, no es por anciano,
está muerto, y sólo cuenta que ambos
él y el tiempo, se han anulado. No hay historia,
la poesía, ese viento antiguo, soñara entre
las cañas de un nuevo pueblo y otra vez el principio

y la gloria andarán juntos, porque, ¿acaso el hombre
no ha nacido para acercar su madera a su fuego
y unirse así a las cosas más que a sí mismo?
Vida, no te perdono que hayan pasados años
y hayas concluido en medio del océano.

(Adiós al rey)

Beverley Pérez Rego

Nace en Canadá en 1957. Sociólogo (Universidad de Puerto Rico) y Licenciada en Letras (Universidad Central de Venezuela). Profesora de Inglés en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Premio de Poesía “Rafael Bolívar Coronado) de la Bienal de Literatura “Casa de la Cultura de Maracay” (1994) con Libro de cetrería. Premio en la I Bienal de Literatura “Eleías David Curiel” Mención Poesía (1997) con Providencia. Ha publicado los siguientes libros de poesía: Ha publicado *Artes del vidrio* (1992); *Libro de cetrería* (1994); *Providencia* (1997) y *Escurana* (2004).

Cada vez que mi padre muere, vienen los tordos a retarme. Quieren llevárselo. Pero lo impido.

Bajan al césped que circunda su cama. Y yo me dejo quieta, inocente, sin pestañear. Hago que no los he visto. Miro las sombras que ahogan la tarde, y ellos piensan que duermo. Y que al dormir, me sueño en otra vida.

Pero de pronto me incorporo; los barro con rabia, rama en mano. Les digo conjuros, y mi voz se quiebra. Y ellos se van, porque me temen.

A veces, cuando mi padre muere, es porque descuido la vigilia, y quedo dormida en brazos de mi amante.

Entonces, enciendo tres velas por mi padre, tres por mi amor, y tres por mi alma. Y los tordos entran al cuarto para arrancar los cabos. El lecho se torna frío como el césped. El Ángel de la Muerte busca alpiste en mi ventana.

Y yo despierto aferrada a la mano de mi hombre. Y mi padre despierta, tosiendo, ahogado en la savia del amor.

*

Mi padre se sienta, distante, sobre su trono. Es Viernes Santo, curtido de mirra, y la tarde se enrosca a sus pies, vencida por el bochorno. Los pájaros huyen. Se escucha un cercano rugir de leones.

Las hembras de la casa corretean descalzas. Susurran la lengua del temor.

Mi padre no escucha. Sus ojos se han perdido: uno en este mundo, uno en el otro.

Las hembras de la casa corren las cortinas.

Mi padre suspira en su trono, cabecea suavemente. La corona de espinas cubre su ceño.

Parece dormir, susurran las hembras. *Al fin*.

Su mano se abre, dócil, y suelta la hoz de plata.

Las hembras suben en puntillas al techo de la casa, y clavan la hoz en el firmamento.

Mi madre sopla. Las nubes se la llevan.

*

Deja que camine sobre el fuego. Piérdeme en la página; no me retengas sobre la frialdad del umbral. Que sea la ignorancia y no la malicia mi única guía.

Deja que el carbón suplique la carne. Tiéndelo azul, hambriento, vivo.

Otórgame por un instante la misma medida de mi deseo. Y mi deseo es un abismo, te advierto. Todo lo que toca halla el pico tajante del patíbulo.

Entra en mí como entra la noche: sobria, vana, irreparable. Ya que me has mostrado la brasa, deja que camine sobre ella: la página mostrará el camino, yo imprimiré la huella, y lo demás será tu voluntad.

*

Sálvame de mi propia venganza,

madre, entra en mí

con voz más benigna:

encarna tu faz prudente

en todas tus hijas,

las que aún te esperan.

Mójanos, y luego

déjanos hallar el sosiego

de nuestra propia humedad.

Resurge con indulgencia

en nosotras, en cada una,

en todas: la vana,

la milagrosa, la oscura,

la suicida.

Detén nuestra mano:

que no caiga,

que no sea demasiado tarde,

sálvanos de nuestra venganza;

enséñanos tu piedad.

Que las tiernas cocciones no escondan veneno.

Que el hombre que duerme despierte a la luz.

Que los niños yazgan limpios, blancos,
intactos,
al final del día.
Aquí donde a ti oramos,
calla los antiguos rencores,
siémbraos en huerto de bondad.
Pero allá, arriba, en tu mueca feroz
sobre la marea que asciende,
no abandones tu cetro.
Entiéralo una vez más
en el centro de nuestras almas.

Hora de la verdad

Has llegado como el fuego que devasta el sembradío. El oscuro animal que grazna en el granero. La hiena: sólo te acercas cuando la muerte ha cumplido.
Antes, lienzos amargos vendaban mis ojos. Mis ojos blancos, vueltos hacia la niebla, mientras avanzabas lenta, irremediable, como el goteo ácido de la envidia entre hermanas.
Ahora, manas espesa, tibia, del cuello abierto de un gallo negro.
Mi cuerpo se encorva bajo tu peso. Mis piernas te circundan. Mis manos buscan tu nuca, tu cresta.
Hora, bórralo todo; mancha mi delantal con gruesa levadura, aplasta la espiga con tu mazo.
Que el pan de mi cena crezca voraz, negro.
Hazlo ahora, después de que el mal está hecho.

*

Escurana

Él piensa que soy santa.
Está loco.
Las santas son morenas y menudas,
o blancas como el yeso,
y no gritan,
como yo bajo su cuerpo.

Él piensa que soy santa.
Lo sé: me unta de saliva,
me cubre de gasas,
me prende velas.
Dice: *Hazme un milagro.*
Entonces, reúno los doce miembros
de su cuerpo infiel,
y los coso, punto de cruz,

sobre la blanca superficie.
Parece un alfabeto, dice,
y los puntos le duelen.
El hilo seco
imprime su carne.
Ya estoy listo, anuncia.
Ya puedo leerme.
Sé lo que viene.
Me cubro el rostro
mientras se va.
Adiós, Escurana.
Ése es mi nombre
cuando él sale por mi puerta.

Carmen Verde

Nace en Caracas en 1967. Licenciada en Letras (UCAB). Integrante de los Talleres Literarios de la UCAB (1991). Miembro del grupo literario Eclipsidra. Premio “Aristides Rojas” de la Contraloría General de la República (1999) con *Amentia*. Ha publicado cuatro libros de poesía: *Magdalena en Ginebra* (1994), *Cuira* (1997), *Amentia* (1999), y *Mieles* (2003) y uno de ensayo *El quejido trágico en Herrera Luque* (1992).

Magdalena en Ginebra (1997)

(fragmentos)

Bailé en Ginebra
ciudad
de jardines
con olor a mar
silbidos de trenes
y simulados
parajes montañosos
con anécdotas de muerte

A lo lejos una orquesta
de otros tiempos
ha tocado para mí

Mis pies
danzaban en la tierra húmeda
Los eucaliptos
iban hacia el lugar desnudo
El viento
me amaba con violencia
Los pájaros
venían cansados de lo profundo
Y en mi interior
el eco de los pasos
se prolongaba
como una campana de monasterio
que suena con pereza

Ignoraba que en la vida
había pesadumbre
Creíame eterna
Perversa
Intocable

Entre surtidores
humedecía los pies en las fuentes
de parques con glorietas

Vinos y manjares
extendían mi destino
más allá de los bosques

La ironía de los lagos
diseña una vida andrajosa

Caí
conocí vidrios en el paraíso

El silencio cerró las heridas
aunque el anhelo era
un temprano despertar
hallar el rincón de una iglesia
con muros entramados
o una extensión de césped
y dormir tranquila
aunque debajo de estas nubes
que parecen protegernos
no existe un sueño para mí

He burlado desde adentro la noche
quiero otros paisajes
caminar por la calzada de sus barrios
buscando sus pedazos
tropiezo con mi sombra

*

El miedo es felicidad
aunque sea estéril
en un campo que perdemos cada noche
los años vienen a la memoria
en el deseo de un hijo
que exalta el insomnio
en este sueño
que me asila o me expulsa
hacia el viento
tenue
sin ruido
cerca de la lluvia

adverso mendigo de las rocas
no hay más hojas en los recuerdos
si lo que anhelo es fertilidad
en las tierras del amor
Amanece
mi sombra
es el horror
de una luz que no entreveo
risueña
creo que la soledad es alegría
y que este cuerpo
oculto
debajo de la ropa
es como un ciego labrador

*

“Jamás oí alegrías”
dice una voz
que procede de las avenidas
plena de faroles
donde quizás muchos cuerpos
hayan resucitado
en los atardeceres de este día
Los imagino
fatigados
sin comprensión
creídos que son únicos
porque
tienen hijos
a quienes ofrecerles
las penurias
La luna
inerte
fría
habla en las noches
de una infancia
que no deseo recordar

Crecí en un pueblo
de calles estrechas
de muchas piedras
sus casas eran de barro
y de felices encantos
La infancia fue
entre flores de cayenas

que nunca despertaron de su sueño
Mi madre
nos narraba cuentos de
lechuzas y leones

*

En Guaicoco
el tiempo era la muerte
nos hundía en el espanto
hablaba por mi boca
o nos mordía el sueño
murmullo
de sayonas espíritus y muertos

La soledad era
higuera escondida
detrás de los árboles de mangos
el viento sacrílego
pasaba por las calles
arrasando
restos de ropas
hojas laceradas
residuos de comida
dejaba húmedo mi cuerpo de niña

Todo corre de no estar en este tiempo
comienzo a sentirme sin ánimos
cuando olvido
lo que fue primero
si los llantos de niña
en los brazos de mi madre
—cuando todos
iban por las calles
golpeándose
en señal de penitencia
representando
el camino al Gólgota—
o la triste altura de aquel hombre
que me humedeció de penas
y rencores

Tengo arenas en el iris

*

Nuestra infancia tiene algo de sepulcro
y la adolescencia
esa momia que halla una herida
en la oración
oración que evoco en este verde
silencio de labios terracota
plenitud
de medias de nylon
en piernas de pétalos yermos

Jesucristo
leía el futuro a destiempo
limpiábame de pecado
el vientre tibio
los labios teñidos
la cicatriz de la muerte
era mentira
yo anhelaba
acostarme en muchos cuerpos
ser adúltera en la Cruz
ver el cielo carcomido por hormigas
El hallazgo fue de piedras
seguí envejeciéndome
adivinando
un destino de tiempo sin soplo
y de humo acre

Refugiada
contemplo
el huerto de una casa
fría tarde de invierno
sueño detrás de mí
a un mundo en ruinas
Allí está el Ródano
he perdido sus rastros

Arrodillada digo unas plegarias
Misericordia
suspende mi voz
a la altura de los grillos
mientras escucho a Mozart

Piedad
escóndeme la sed entre la hierba

Compasión
mira cómo el odio
roza la juventud roza mis párpados

Castidad
“Qué mujer
no ha tenido amantes
en este siglo desdichado”

Pecado
que tire la primera piedra
quien no despierte
añorando el abrazo de una piel

Resurrección
¿Serás feliz
si te espero en harapos?

Voluntad divina
¿No he perdido los ojos?
soy un triste camino
no límite de castidad y lujuria

Tal vez sierva
arena tibia
ante unos nuevos labios que me esperan
—que aguardan siempre—

En la profundidad de esta habitación
de paredes blancas
escritas con creyones
lápices pinturas
de labios china red
he tenido la sensación de plenitud
No ha sido fácil
adivinar el color
del cadáver de la infancia
si me creo hechura de alguien
que empieza a descubrirme
¿Qué hago desnuda
en el centro de sus manos?
ahora duerme
y la vida es un viento
que se deshoja...

Caupolicán Ovalles

Nace en Guarenas en 1936, muere en Caracas en 2001. Abogado (Universidad de Salamanca, España). Fundador de los grupos Sardio, El Techo de la Ballena, La Pandilla de Lautréamont, creó la revista *Sol cuello cortado* y la editorial La Gran Papelería del Mundo. Obras Publicadas: *¿Duerme Ud. Señor Presidente?* (1962), *En uso de razón* (1963), *Argimiro* (1964), *Elegía en rojo a la muerte de Guatimocín, mi padre, alias El Globo.* (1967), *Copa de Huesos* (1972), *Sexto sentido o diario de Praga* (1973), *Ha muerto un colmenar de la colmena* (1973), *Para canción y canción para Eva Paraiso* (1980), *Convertido en pez viví enamorado del desierto* (1989).

Elegía en rojo a la muerte de Guatimocín, mi padre, alias El Globo

(Primera versión)

Mi padre ebrio, mi padre
se muere

*A Ernesto Cardenal
y Germán Espinoza*

mi padre ebrio habla con los ojos cerrados
 camina con los ojos cerrados
 cualquiera diría que es un muerto que camina
si él me pregunta que qué haría yo si él muere
 yo hago pucheros y me le agarro de las piernas
si él me vuelve a preguntar sobre lo que yo haría si
 él se muriera
 yo mezclo una pequeña risa con un pequeño
 puchero
si el me vuelve a preguntar

yo lo digo Que se muera

y él un día que le desobedezco y voy a casa de un
amigo a solicitar sardinas
en su nombre para que se coman las plagas de los
 estanques de la casa del abuelo
y cruzo toda la ciudad con mi caja de galletas llena
 de sardinas
cuando llego a la casa de él está grave mi papá
él descontento con mi conducta me recuerda que yo
 le he dicho un día
 Que se muera

entonces él que está grave mi papá me enseña dos
monedas ganadas por mí
recitando aquellos poemas con los ojos cerrados
en una escuela
y si mis familiasres llegan y me dicen
“Vaya casa su papá y pídale perdón
por haberle dicho eso” yo les contesto que él me
hacia sufrir con esa pregunta

Yo sé

mi padre ebrio me quiere a mí
Si él viviera sería mi padre vivo Pero ha muerto hace
mucho Y pidió agua de cura entes de morir
Y nos hizo bautizar a todos y él nunca fue a misa
Pero se confesó con el P. Losano que era su
amigo Y el P. Losano dijo que no había confesado
“a otro mozo tan inteligente”
(mi padre ebrio habla de novelas con mi madre y
ella le presta atención)

Yo lloré como un muchachito de ocho años cuando
se le muere su Capitán

Mi abuelo se contentó con el Capitán diez minutos
antes de morir
y luego hizo grandes alabanzas de él
ellos tenían sus problemas desee hacía lo menos
veinte años

mi padre ebrio es lo mejor que he visto

Me da monedas me presenta a sus amigos y dice
“este indio promete”
y he prometido después de todo y por eso Guati
Domingo también se llamaba tenía razón
Había nacido el cuatro de agosto y esto lo supe
después que sus pulmones
nos lo arrebataron
Estamos en un pueblo v yo lloro de vez en cuando
porque él se ha muerto

Muchos amigos míos todavía tienen su viejo
Yo no he podido tenerlo
Dicen que tenemos nuestro aire en común
Nuestra cosita

Yo sé

“Indio” ven y toma tu cerveza Yo sé Guatimocín
que estamos en un pueblo Yo sé

Salvaje yo (yo sé)

Los pies le crecen un poco al morir El Guati
y el cadáver crece un poco
y hay cambio de urnas porque la primera que traen
es pequeña

Como si no quisiera morir
El Guati murió viendo a todos sus hijos al pie de
la cama
es que la enfermedad le permite que vea todo
es cuestión de esa enfermedad
ahí están su mujer
sus hermanos
sus sobrinos
su padre

su hermano no puede se ha marchado ese día de José
19 de marzo de San Juan

El Guati como quiere y no quiere morir ha hablado
con todos nosotros por riguroso turno hemos ido
quienes lloran como nosotros y claro él nos
dice algo lo que nos tenía que decir que ese hombre
que estamos viendo
y que está acompañado se va a morir

A alguien le dice “nos veremos en una estrella”
Como tenía que ser El Guati muere
Si algunos amigos lloran su muerte algún tiempo
después nos miran a la cara
para decirnos que le lloraron y que fueron sus amigos
como si la cosa fuera ayer

Su último recibo de 175 bolívares ni lo puede firmar

Creo que tenía un solo flux al morir
Después alguien me regala una de sus uñas

Este es
Mi tercer hijo lleva su nombre de Guatimocín
es casi lógico que sea así

los
días

Imagínense
que él
era ese maravilloso aire
de los pueblos del interior
“ese aire es algo que purifica a un muerto”
decía el inocente
PARTICULARMENTE nunca he sido afecto
a la dichosa idea del globo
porque

PIENS

O

que su muerte fue más que nada por
d e s i n f l a m i e n t o
se podría decir que el hombre famoso
hizo p l o p (y listo
pasó
a la
otra
linda
vida)

ERA TERRIBLE

cuando en aquellas noches
comenzaba a asfixiarse
entonces en las terribles noches
todos
desde los más viejos
con grandes cartones le abanicábamos aire al distinguido
papanatas que se estaba muriendo
y el terrible sufría de lo lindo
cuando los benditos pulmones le gastaban bromas
pesadas
(es que sufría
de
una manera
no
contaminable)
Yo sé

Hoy
vuelvo a entender
por qué muchos mortales no han tenido ningún asomo
de envidia
por

MÍ

ERA
 terrible aquel hotel
 entonces las hemotisis tenían al Globo
 LOCO verdaderamente
 tenía un diablo de compañero de habitación
 y el pobre no sabía nada
 y el digno no lo podía decir a los CUATRO vientos porque entonces
 mágico sentido sanitario
 se le VOLABA el hotel
 (pues bien
 ELLA
 lavaba las sábanas
 las fundas
 las cobijas
 y les quitaba la sangre del camino)
 y así estos diablos de esposos
 engañaban ala humanidad
 la CONTAMINABAN
 (y salvaban parte de su tranquilidad
 y salvaban el reposo del exquisito profesor)
 (por eso como les decía contamos con un muerto en
 nuestra conciencia)
 Y
 RESULTA
 al tiempo del hotel
 la última nube de amor
 y nace un hermano más fugaz que mi
 famoso
 extraordinario
 conosidísimo
 fastuosos
 triste
 infeliz
 y radiante PADRE MÍO
 Guatimocín ovalles
 Alias EL GLOBO

París, 1966
*(Elegía en rojo a la muerte de Guatimocíbn. Mi padre,
 alias El Globo)*

Cecilia Ortiz

Nace en San Casimiro en 1951. Licenciada en Letras en la Universidad Central de Venezuela en 1984. Perteneció al 1er Taller de Poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, CELARG, durante 1974-75. Actualmente dirige talleres de poesía adscritos al Consejo Nacional de Cultura, CONAC. Ha publicado los poemarios: *Trébol de la memoria* (1978); *La pasión errante* (1986) *Autorretrato* (1993) y *Naturaleza inventada* (2004). Mantiene inéditos los libros, *Invernadero* (1984), *Habla la muerte* (1991).

X

¿Es que no suenan los teléfonos a estas horas?

Suena maldito
premonición sin números
haz la llamada al mundo
dime que estás
que por esta hora vives
hilo mágico
apacigua esta tortura
esta duda esférica.

XXI

Mis besos ahora no duran
más de tres horas.

Antiguamente
eran para la eternidad.

Mis besos no son los mismos
desde que conocieron la muerte.

XXIII

El silencio puro de los ojos
aguardará tu regreso.

Sabía que un día lo descubrirías.

Estuve tan cerca de ti,
y el espejo no dejó
una sola mentira.

Toco tu cara de nube.

Al amanecer
una espera de sombras enraizadas
trae tu piel de pelícano
y moja el recuerdo tibio
de tus senos.

Cuántas esferas desunidas
la ausencia,
franja colorada.

¿Comprenderás esta metáfora
incesante?

Tu despedida
una gota densa en los párpados.
Te gustará esta palabra perdida
en el deseo.
¿Te gustará?

XXIV

No huyas tan cerca de mí.

LVIII

Autorretrato

Cecilia mía
Terciopelo
Mi vida
Asaltas y seduces
Anima destructiva
Que preserva el alma
Querida iluminada
Construyes y azotas

Enamorada de tus defectos
Envidiosa de tus placeres
Ignorada por los espejos
Seducida por los ojos
Rara comedia
Inconmensurable
¿Cómo fue que llegaste a este mundo?
Desposeída privilegiada
Aterida
Risa a carcajadas de jugar por los otros
Revendida postrada
Prostituida santa
Tormento sereno de tus noches
Alba de casas
Acariciando la humedad
De una sola soledad
Cristalina borracha
Borrada y aparecida
Cuando tú quieras Cecilia

Saldremos otra vez
pero eso sí
Con la máscara
Por favor sin ella
Me estoy acercando al triunfo de quererte
Espíritu retorcido
Naufragante
Viva muerta
A como dé lugar
Tremendista arrepentida
Culpable sin una culpa

Caracas, 4 de julio de 2005.

Eleazar León

Nace en Caracas en 1946. Licenciado en Letras (UCV). Profesor en esa misma institución. Integrante del Taller Literario Calicanto. Entre sus obras se destacan: *Precipicio de pájaros* (poesía, 1971), *Por lo que tienes de ceniza* (poesía, 1975), *Estación durable* (poesía, 1976), *Cruce de caminos* (poesía, 1977), *A la orilla de los días* (poesía, 1982), *Palabras del actor en el café de noche* (poesía, 1982), *Por la orilla de los días* (crónica y artículos, 1982), *De mis manos al agua* (poesía, 1985), *Maravillado cosmos. Antología poética de José Ramón Heredia* (compilador, 1990), *Vientos contrarios* (poesía, 1990), *Reverencial* (poesía, 1991), *Hechuras de palabras* (poesía, 1992), *Cuartetas* (poesía, 1993) y *Descampado* (poesía, 1999).

Ruego

Da más sombra una mano que un árbol
Si se tiene presente, sin heroísmos, la indefensión
de toda hora, sobre todo
la del júbilo de reinar
el manojito de instantes del presente.
Bajo cielos marinos se ruega
por el regreso, pero bajo esta cúpula
de incertidumbres, dudas, venenos
¿por qué rogar y a quién?
Dante Alighieri recorría
el otro mundo. Quienes ignoran
el meridiano de su propia esperanza
¿qué camino recorren sino el infierno
propio de aquí?
El ruego habrá de ser, no por certezas
o resguardos, monedas falsificadas
para comprar el porvenir,
más bien por el susurro
de la serenidad, sílabas de agua
que no descifran ni poseen, fluyen
y en el ir no se aferran ni se interrogan
sea de hierbas su camino, sea de piedras
y no avanzan de espaldas porque después
se confundirían de sol.

Queja

Puede muy bien un hombre a medianoche
Enamorarse de su dolor. La frente
Manchada por la ignorancia, por la inocencia,
Se iniciará mezclándose con la sombra
y será prisionera. Dos
veces no es posible
morir, oh tumultuoso
mortal. Tu herida
es infamia multiplicada
por la mentira (largo veneno)
pero no definitiva. Piensa
que te hundirás trescientas veces
antes de que el barro te cubra.
No se improvisa la derrota, como la muerte.
Cuando te alcance
Lamentarás no la jauría
De los perros, sino la flor del día
Que se abrió tantas veces y tantas veces se perdió.

En vilo

Como un cruel pensamiento
en una mente virgen, llega la noche
a esta ciudad definitivamente
mal de la cabeza, sus habitantes
hallan a cada rato el fantasma del día anterior
huyendo siempre delante de sus manos.
La mujer de la limpieza es la única cordura
en el rigor de manicomio de las oficinas,
recoge trozos de pesadillas, sueños dispersos
y ese deseo, el más furtivo,
cayendo de la frente de todos con turbulencia
de mar en pena.
En los edificios iluminados
muchos cavilan sin destino las decisiones
para el próximo minuto, no
alcanza para más, los viejos
se quedan frecuentemente sosteniendo un zapato
sin arribar en su monólogo de causas perdidas
a calzarse de una vez, o descalzarse
o qué.
Recién llegadas de la luz
las muchachas traen secretos
conocidos por todos, por todos codiciados, y

los vendedores de flores no hallan qué hacer
con tanto aroma de última hora.
Son racimos maduros las calles
a punto de cosecha para un dios o un demonio
que los redima o los condene, los
prisioneros, lo sabemos, dan vueltas
en el patio de la prisión, las
gaviotas alrededor de mástiles
que no han partido, la
muchedumbre recordando dónde vislumbró su fortuna
para tomar un atajo que los libere
de su conciencia, de sus propósitos, de su presente.
La noche toma esta ciudad por el lado del desconcierto
de quien hila un diseño soñado alguna vez
y se le borró con el día, o quizá
sigue hilando a ciegas y trazando
una figura de cabos sueltos y memoria perdida
terrible no por el fracaso de la urdimbre
sino por la espera.

Un payaso juega

Un payaso juega con mi alma.
En este mismo instante, el circo, de todo lo vivido,
cambia el destino, exhibe el círculo de sus caballos cabizbajos,
las domadoras de los terribles sentimientos,
las aflicciones que fingen el equilibrio entre los días imposibles,
melodías venidas de una guitarra rota.

Rehúso el espectáculo, pues es teatro de un extraño.
Lo desconozco aunque respira mi propio aire [el único
aire que poseo del mundo] y camina con mis piernas y
abraza con mis abrazos, sin olvidar los invisibles cuerpos
del amor.

Bien, es mi turno. Mi acto consiste en un salto pro-
fundo al interior de mí mismo [puños apretados, párpados
apretados], buscando vías desconocidas y el
horizonte donde mi distancia va con mi piel, la piel de
un ser humano que ve la tierra desde la tierra.

La violencia, destruye mi mirada. Tomo ahora el trapecio.
Daré un salto mortal, el triple salto que me conduce
a ninguna parte y en dirección de nadie.

Caigo perfecto, pero si observan bien, todo dentro
de mí es polvareda de sueños, una estatua en dos pies
que no sobrevivirá a una próxima desilusión.

Malabarista

A pleno día me contradigo bajo el goce del sol, pero entre ráfagas duraderas me siento visitado por las turbulencias, los acosos del mundo, juntando así pesadumbre y éxtasis, tocando a la vez y el ves y el revés de una moneda encendida, afirmaciones de torrente que se repliega, se estanca, se niega a proseguir porque proseguir sería la precipitación y el desfallecimiento.

Al inicio de un pensamiento hacia arriba, fuerza de vuelo de las ansiedades en sujeción, un movimiento salta desde abajo y aferra, le pone cuerda y nudo a las elevaciones de la mente, las maniobra templándolas, les ahoga el aire y las precipita.

Le busco nada más a las opresiones (oye tú, agnustia, fiel victimaria) una respiración de valle o cadencias de orilla, y a veces alcanzan mis obsesiones una estatura de aire, se levantan, planean, gravitan, y enseguida desde los horizontes, el meridiano y desde mí mismo, un impulso de honduras las hace caer a pique.

De allí me vienen los extremos que halan, mientras yo sigo en medio en cautiverio y sacrificio.

En plenitud de incertidumbres, no importa la vía que siga, pues de pronto la estrella del norte me empujará jará hacia la estrella del sur, y si me tientan los vientos borales mi velamen es sacudido por el viento austral.

Amor y odio me someten a la locura de su juicio.

Bienturanza y malandanza me confunden los pasos.

Sobrevivo malabarista, juego mortal en la tensión de una frágil cuerda.

Me sostiene nada más la ilusión de unas alas, sueño de un sueño.

Hablar directamente

Me fatigan los ornamentos del arte ceremonial y quiero hablar directamente, como si hubiera tenido intimidad de júbilo con el amor y cercanías de miedo con el horror, como si hubiera estrechado la cintura de la esperanza y a la vez un aprendizaje de puras dudas, enormes escepticismos, como si mi experiencia proviniera de contactos de piel, de haberme quedado en la fijeza de preguntas devastadoras, de haber pasado siglos de vigiliadas inútiles, como si hubiera mirado el fondo y tocado fondo de no sé qué decisiones, indecisiones, de dioses cifrados para mí desde sus dominios

oscuros, como si hubiera bebido la espuma de la risa y el regocijo, como si hubiera, como si hubiera, todo virtualidad, como si hubiera caminado con pies desnudos toda la tierra.

Pasa que pesan, digo, los días, sobre unos hombros de vocación por el aire y la luz, las mañanas siempre recién llegadas, los cuerpos siempre recién vividos, los manantiales que devuelven la vibración de los astros, las vastedades fértiles, el entusiasmo por lo que se aleja y regresa, dice adiós y regresa, la recompensa secreta de la muda felicidad, más bien la serenidad.

Pasa que las palabras son fugaces exhalaciones, fiestas de aire, duelos de aire, y si revelan un misterio, también lo ocultan, y si respiran la limpidez, también nos traen la borrasca, y yo en verdad no puedo y en verdad yo no sé hacia dónde me llevan en su señorío de grandes magias y me hacen entender que, en sus dominios, yo soy el vasallo.

La sabiduría a la que aspiro, conocimiento de sosiego, tal vez tenga su reino en el asombro que sobrepasa y propicias sus voces habrán de ser, tendrán que ser, desconcierto y silencio.

Elí Galindo

Nace en San Sebastián de los Reyes en 1947, muere en Caracas en 2006. Licenciado en Letras (UCV). Profesor universitario y colaborador de las más importantes publicaciones periódicas de Venezuela. Premio de Poesía de la Casa de la Cultura de Aragua (1971) con *Las estrellas fugaces me ponen ebrio*. Premio Joven de Poesía Universitaria (1973) con *Los viajes del barco fantasma*, obra que también recibió el Premio de Poesía “Manuel Díaz Rodríguez del Consejo Municipal del Distrito Sucre (1973). Premio Internacional de Poesía de la revista *Poesía* de la UC (1985). Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal Mención Poesía (1985) por *El ruido de las esferas*. Premio CONAC de Poesía “Francisco Lazo Martí” (1987).

Inscripción en las puertas del infierno

a Caupolicán Ovalles

Por mí se va a lo rojo
mis puertas se abren al roce de los muertos

Por mí circula el viento
donde los paisajes
llevados en los ojos de los seres errantes
pierden hermosura

Mis manos entregadas a las oscuras atmósferas
construyen laberintos
echan piedras perdidas
a los pies de las sombras que vienen

A través de mí no se observan relámpagos

Sólo el barco de fantasmas
hace sus viajes
sobre la piel negra de un río
que bordea las murallas de la ciudad

En los palacios caídos
y jamás tocados por el sol
va mi rostro anillado por lianas llameantes

Dentro de mí se levanta una bruma
que ha dejado fuera de estos sitios
su peso
y surge en vapores rojizos

alrededor de mis ojos

Por mí se entra a los árboles humosos
Por mí se fluye
Por mí van los abandonados
los desiertos
los cubiertos de polvo.

Los lamentos de Pedro Desvignes

En mis ramas recibo el cielo de los muertos

Antes de caer mis hojas tocan la bruma

Soy un árbol nocturno
cargado de aves muertas

Mis ramajes luego de elevarse
sobre mi cabeza
descienden alrededor de mi tronco
escondiendo alimañas propias de este bosque
rozando contra las piedras

Si usted acerca su cara a mi tronco
hallará todo en paz
pero al pasar cerca de mí el viento espeso
recojo mis hojas nuevas
y me lamento

Las brujas con sus garras
se aferran a mis ramas nudosas
rompen mis hojas con sus picos terribles
y aletean
esparciéndolas lejos
sobre la bruma

Por mis raíces escondidas bajo el seco musgo de las rocas
pasa eternamente un jauría de perras negras

Mi corteza es oscura

Cuando en ausencia de las brujas
en medio de la bruma levanto mis ramas
a los dioses solares

no logro más que bajarlas
llenas de pájaros muertos

A pesar de ser bosque esto es un desierto

Si usted observa a través de mí
tocará una arenisca
que circula por mis ramas huecas
que tienden a borrarne de sus ojos
porque solo soy una raya en el espacio
un condenado más.

Las brujas

Siniestras, turbas, misteriosas brujas,
negros fantasmas de la medianoche,
¿qué estáis haciendo?

Macbeth

Como aves de rapiña que bajan con las garras abiertas
y se elevan de nuevo
con la rabia de llevarse
nada más que un puñado de polvo
pedazos de yerbas secas
así levantamos nuestras cabezas
las plumas sobre los ojos

Resbalamos de colina en colina como globos
tocando las ramas altas
y contemplamos cómo las ciudades antiguas
sólo dejaron sus ruinas

Nadie puede prohibirle a nuestras sombras que pasen
sobre las cosas que encuentran
sin tropezarlas
a penas dando con sus manchas
sobre las torres

Somos las brujas

Nos deslizamos en fuego
que hemos levantado de las rocas

Nuestras plumas son duras y grises

Mientras movemos las enormes alas
acurrucadas en los follajes
quebrando sus ramas
comiendo de sus hojas
hablamos a las arenas que no tienen sitio
sino que ruedan
en las paredes blancas de la niebla

Volamos
las alas cerradas
sobre estos campos muertos
lluviosos

Mi casa me busca

Mi casa me busca
me husmea
a todas partes me sigue

Aunque me encuentre en lo más desolado
ella está conmigo

De las calles me recoge
en los malos sitios me azota
jamás me abandona

Ni en los peores momentos
de nada me priva
Ante su patio me coloca

Bajo la sombra de sus hermosas hojas
me da techo
Es capaz de ofrecerme su propio alimento
de todo me cobija

Cuando me sabe solo
junta su rostro al mío
y aullamos como lobos al viento
Delante de vosotros no estoy

sobra del que fui
me lleva
en su niebla

La calle Paul

En la calle Paúl
en la casa marcada con el número trece
estaba la bodega Buenos Aires

Allí sopló durante mucho tiempo
la voz de mi padre
Los patios silbaron bajo el sol y la noche
Los campesinos llegaban
Los campesinos llegaban
como ráfagas
de tiempo en tiempo
Buen amigo
mi perro
también pasó de allí a mi memoria

A pesar del culto
que llevo al río del olvido
sé que su corriente no se atreve
con mi antigua casa
Serena pequeña colando la lluvia
rodeada de pájaros y arbustos
durante gran parte del día
viene a mi encuentro
De ella bebo frecuentemente
a sus pilares me abrazo
cuando estoy a punto de caer

La extranjera

La planta que sembré hace días
ya no extraña este lugar

En poco tiempo borró los rasgos tristes
de sus ramas y hojas

Han venido los brotes

y los mueve
aunque no haya viento

Pero recién plantada
podía vérselo
el rostro escondido entre las ramas
Sus raíces
se hundían cautelosas
al sabor de otra tierra

Qué hago lejos de mi hogar
preguntaba
qué diferencia ofrezco de las plantas
cuyas semillas fueron llevadas en el pico de un pájaro
y crecieron fuera de sus padres
Ahora sube con fuerza
hacia el sol

Elizabeth Schön

Nace en Caracas en 1921. Licenciado en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela. Segundo Premio en el Concurso de Teatro del Ateneo de Caracas (1957) por *Intervalo*, Segundo Premio en el Concurso de Teatro de la Universidad del Zulia (1966-67) por *La aldea*. Premio Municipal de Poesía (1971) con *La cisterna insondable*. Ha publicado: *Casi un país* (narrativa, 1971), *La gruta venidera* (poesía, 1953), *En el allá disparado desde ningún comienzo* (poesía, 1962), *El abuelo, la cesta y el mar* (poesía, 1965), *La cisterna insondable* (1971), *Del antiguo labrador* (1983) y *Ropaje de Ceniza* (1993).

El alcance de lo infinito

I

Porque brota el agua y estalla lejos, nunca se podrá impedir el alcance de lo infinito.

Porque se desliza jamás podrá alguien detener la mano que se adelanta y rescata al hombre en su infinita caída.

Y porque bulle, se ama y se reconoce el ademán del que no sabe de cascadas y menos sospecha de esas otras aguas amorosas con sabor a oro dulce, vaporoso, flotante.

II

Calla el agua y es el hombre quien toca su variable naturalidad. Calla el agua, más es el hombre que la busca y se reclina junto a ella.

Calla el agua y es el hombre quien la atrapa y la esconde dentro.

III

Si miras el cielo miras el agua.

Si miras el agua miras el cielo.

Si miras el niño miras el agua y al cielo.

Y si te miras, miras lo que ya sabes y conoces de la tierra

con el agua y esa otra tuya que resguardas para aquel recóndito.

campo que nadie mira ni ama.

IV

Sólo cuando al desamparado lo cubre lo fresco y fértil de las aguas, comprende el primero de los caminos.

V

Le es fácil dividirse, separarse. No sabes de cerraduras ni de celdas. Pero lo íntimo sí conoce de la noche con el amanecer

La boca da salida a la caverna con al estrella creciendo en el fondo.

Busquémosle una aldaba y se encontrará sólo un reguero de polen multiplicándose.

Ella, tan propia, tan nuestra.

Tan limpiamente fango, duelo, portavoz.

Tan mía hábil; tan dulce, fiera. Tan siempre lejos, entre la tierra y la fugaz distancia.

Ella, tan corta e inmensa; junto a los bordes y al lecho abandonado.

Ella, tan dócil y violenta frente al acantilado y a la mirada que la busca

VI

Dentro de ellos los espacios.

Tú, con la gran ala de múltiples ornamentos.

Ella, con infinito blusón deslizante.

Él, con tesón y hermosa inquietud de fiero trago creciendo más.

Pero entre el agua y su indetenible faz se escurre la antigüedad,

darle las espaldas no es acertado si se quieren conquistar los centros congénitos del círculo íntimo, indemostrable.

VII

Nos viene desde aquel primer fuego y desde aquella primera mandíbula de montaña.

VIII

Por el agua que emerge del hombre que ama, habrá en cada ciudad una cumbre, un árbol, un manantial y aún habrá esa ladera silenciosa, íntima, dónde recobrar el horizonte enterrado tenebrosa ansiedad.

Y porque jamás deja de cubrir la tierra, podrán los hombres renacer y alcanzar el primer centro del arraigo y plenitud.

IX

El agua hace al árbol permanecer y al hombre ser fiel a su propia e innata transparencia.

X

Cuán parecida es el agua a ciertas almas, mientras más distraídas y más calmas, más traman dentro.

XI

La libertad del agua.

¿Dónde está la tuya?

Reposa el día para que tú descubras, mientras el agua sigue con su abierto rostro de vidente, y su asiento a cada segundo elevándose, bajando, derramándose, cosiéndose a la tierra.

XII

Cuando llega, la mano se abre y encuentra el cauce; si se aleja sólo queda un vasto desierto con la huella reclamando.

XIII

Para que brote no requiere de ninguno de nosotros; necesita del aire, de la hoja, de la espora y la raíz, aun del deseo de tenerla siempre consigo, y no perteneciera a nadie más.

XIV

Para que aflore la sonrisa basta mirar la claridad de las aguas en su curso de blanco sol sobre la tierra.

XV

Se precipita la vertiente en el desierto.

Brota la flor que no quisimos conocer, ésa que nunca deja de estar, ésa que nunca deja de estar, ésa que jamás casa de crecer para el hombre y su estada permanente.

XVI

Pequeña si la encierra el punto, grande al crecer consigo misma y lo demás.

La tenemos en las manos.

La arrogancia nunca ha visto su semblante de múltiple valle transparentando.

Las cimas la recuerdan. La recogen las siembras. La retienen los hoscros rostros sin posibilidad.

¡Ah, si fuera de un solo hombre o de una sola mujer!

No se nos escapa. Permanece con nosotros igual a como está lejos.

El arcabuz la desconoce. La necesita el labio.

El disparo le abre un surco, ¿doble, maligno, benigno?

El sol jamás la ha herido, no tiene dónde fijarle harpón o rayo alguno.

Ella con su clara abierta claridad y su zumo que carga al fuego. Ella con su tez y su aire de inmensa distancia blanca.

Espumosa, sabia, inabordable al hundirse en la sabana y entrar en la oculta semilla del comienzo, de ese lento, inaudible, siempre igual, siempre el mismo y desde siempre vertiéndose entre la tierra y lo remoto, entre la vida y la muerte.

XVII

Tú, que piensas sin cesar, ayuda al que no tiene.

Tú, que nunca has visto, acércate al que te aguarda y te necesita.

Tú, que te precipitas con la intensidad de la angustia, haz que todo ciego descubra su mirar.

Tú, que no tienes heridas porque nunca pides, calma la del hombre al despedazar la tierra y cerrar los ojos para no ver el denso y oscuro relámpago final.

Tú, que vives en cada quien, detén tu empujes si alguien se te acerca y te arroja el círculo del secreto, aquél que empezó un día al penetrar los ojos en la inmensidad y sentir el hombre que algo podía detenérseles.

XVIII

Si la tocas, la separas.

Si la sujetas, otro la olvida.

Si la encierra el estanque, queda igual al estanque.

Llegas, la contemplas, la agitas, la utilizas.

Y te retiras.

Es cuanto pasa en la vida.

XIX

Si se abre, mírala.

Mirarla es verte y verte es mirar lo que amas, buscas, dejas o muere.

XX

Tan diferentes en los espacios, tan igual a sí misma.

Tan distinta al alma que nunca podemos mirar.

Dentro de su cuenca ella y nosotros nos reconocemos,

en el círculo envolvente y en esa corriente suya

yendo irremediabilmente hacia la última vía.

Enrique Hernández-D'Jesús

Nace en Mérida en 1947. Poeta, narrador, compilador, fotógrafo. Dirige las editoriales “Tierra de gracia” y “La draga y el dragón” de Caracas. Ha recibido los premios de Poesía “Alarico Gómez” (1972) de la Asamblea Legislativa del estado Bolívar con *Mi abuelo primaveral y sudoroso*, mención en el Concurso de Poesía de la revista *Imagen* (1972) con *Yo aparecía pareciéndoles*, Premio de Aquiles Nazoa (1978) otorgado por la UCV, Premio Municipal de Poesía “Manuel y Premio de Poesía de la Biental “José Rafael Pocaterra” del Ateneo de Valencia (1986). Entre los libros publicados destacan: *La difícil claridad* (2000), *Recursos de huésped* (1988), como compilador ha trabajado en *Gerbasi, del trazo a la palabra* (1999).

La reina

De atributos asombrosos
fuera de su propia
inmediatez
suelta las hojas del árbol
y dando
vuelta aún a la conciencia
más tranquila y fácil en sus
potestades
se transforma con mucha
originalidad

Es la fuerza sin fin
la resistencia
lo inalcanzable

*mantiene convertidos en
grandes piedras a los
seres humanos que
gozaron las horas más
densas en la recóndita
alcoba*

Me rodeo del silencio
y me veo obligado
con la angustia
a representar los

Amados Mundos

Me dejo incitar Atraer

Se me puede tornar la
voluntad en desamparo
Me dejo guiar por sus
señales

Y en el presentimiento le
veo su belleza
su cuerpo de Reina
su poder magnético
la fascinación El desvarío
Mi delirio lo encarna
en su templo

*...la mujer hermosa de la
selva, la sirena de los
lugares solitarios del
gran río, que atrae a los
hombres con su
melancólico canto y los
lleva para poseerlos a su
palacio subfluvial...*

*...es una
hermosa prostituta,
señora de los charcos,
ríos y lagunas,
y posee como
Uyara una libidine
insaciable...*

Esplendor
palabras en cenizas
morada Es el lecho
los labios
Más allá de la creación
se despierta
con su voluntad
sus ojos Su danza Ritos

Sucede que sus amantes
gozan de muchos
privilegios

*Es una serpiente
emplumada con una estrella
más allá de las divinidades
acuáticas y lunares
Incorpora el azar*

*...Ella y sus sujetos son
dueños de los animales de
caza, de las plantas
silvestres, de las fuentes,
ríos, lagunas y lluvias, de
los cerros y cavernas, de la
tierra, de los vientos y de las
nubes...*

Se le suele describir como una
mujer hermosa que
está en su palacio

*peinando sus largos
cabellos con un peine de oro,
o recorre los campos
cabalgando una danta.*

Se transforma a sí misma
bondad de sus rasgos

Le deposito ofrendas
invoco su espíritu

Se cubre de objetos preciosos
Solicito sus favores en la
celeste mansión
Cura la picada de culebra
se deja encender velas

*Allí... son convertidos en
piedras o se encantan...
se vuelven tontos o locos, o
son internados en el
encanto (habitación de
Dios de donde no
regresan jamás)*

Se seca el pelo
se lo acaricia
Se llena de pájaros, se baña
se cubre con una danta negra
pasa y se sonríe

Con suave intensidad se
ilumina de sombras
rostro agraciado
Pasa precipitada
y sin conjurar permanece
en los altos balcones
Ella que es la mujer
hermosa de la selva
en la playa se le enreda el
cabello

-Qué parte es esa tan bella
de la música- dice
Y viene con el peine
desenredándose el cabello
Su presencia se asoma
a la madrugada
Llega y cae en mis brazos
y me rechaza
Quiere amor y más nada
Siento cuando su mano
me recorre el cuerpo
Me acaricia
Le acaricio el sexo
La inculco de su creación
y con un simple ademán
se aparta de los rasgos
de su estilo primitivo
Caracterizo el sueño
Invoco los objetos
 preciosos
Depósito en el santuario
mi vida terrena

Ella corre con ligereza y
cuando abre sus pechos Es la
viva explicación de sus ritos
La mujer danta
equilibrada en los afectos
de la noche
La baño con oro negro
ella me baña con oro negro
y su poderosa fuerza
corresponde
a su manifestación de
 divinidad

En el presente ciclo
y en todos los tiempos
renace de sus ríos

Enrique Mújica

Nace en San Juan de Los Morros en 1945. Ingeniero Civil (UCV). Profesor de la Universidad de Carabobo. Vicerrector Académico de la misma universidad y de la UNELLEZ (Guárico). Premio de Literatura Universidad de Carabobo, Mención Poesía (1973) con *Cada vez más ausente*. Premio “José Rafael Pocaterra” Mención Poesía (Valencia, 1978) con *Las formas del verano*. Premio de Poesía en la Bienal “Mariano Picón Salas” (1997) con su obra *Tintas quemadas*. Autor de los siguientes libros: *Cada vez más ausente* (1975), *Obra poética 1970-2000* (2001), *Tintas quemadas* (2001)

En un simple movimiento de lo infinito

En lo más desnudo, en lo irrenunciable
está el amarillo. No hay franjas ni papel
donde se esconda.
Esta calle tendida con la boca muerta.
Una frase escrita que acabe de una vez
con todo. La rama seca de hacer poemas
cortada tronchada retoñando.
Retoños, granizadas, rosas,
alquimias, Líbanos de puro aceite.
Déjame descansar, poesía. Abre el templo
de paredes vacías de color de mujer.
Límpieme, amarillo, de esta cacería de
Celajes. Retoños. Granizadas. Rosas.
La casa para abajo,
para que yo vea crecer el pasto blanco
de la página blanca desde lo más desnudos,
desde lo irrenunciable.

Más importante que levantarse

pensando en el orden y en los tubos
niquelados de los baños
es entrar a la ciudad del poeta.
El amor a los huertos, aquella
conversaciones con gente insignificante,
el quedarse ahí, solo, en las tribunas,
en las gradas del hipódromo,
con toda la multitud, viendo el jinete
que regresa solo, como él, sobre el
pequeño espacio libre cubierto de sol,
a buscar una foto una corona.
Franz Kafka, se murió tan rápido
se equivocó de padre,

se olvidó tanto de lo innecesario.
Incomprendido se diría
aunque fue siempre aquello,
Que desolación, un granero en primavera.
un tísico en primavera.
Si hubiera habido poetas
tipos de esos que se echan a vivir
con zapatos viejos en el olor a leche
de los libros
eso quizás lo hubiera agradecido Franz
hasta la vejez
Pero esto no fue posible
En la ciudad de las monedas no fue posible
En la ciudad de nosotros
llena de un olvido de pasto muerto
entre la chatarra y el aceite quemado.

La montaña de la ciruela blanca

Hay un gran discurso
sobre la materia débil que se nutre
en el habitar, en el despliegue de lo
desconocidamente vivido.
Me refiero a la anécdota, a eso que se da
en el silencio que sucede a las acciones humanas,
a ese silencio debajo por los hombres como sin
importancia. De eso también se nutre el poema
y de una modernidad que encubre lo vivido.

Modernidad en poesía es tendencia hacia lo fuerte,
Hacia lo pictórico, hacia eso que domina la escena.

El soporte se adelanta y nos exige verlo
En profundidad.

La modernidad desdeña la reflexión
Impone al espectador una visión en pantalla.

La modernidad progresa en estallidos.

De esta manera, la percepción del texto
se sirve de lo blanco, del espacio geométrico
y del silencio.

En la geografía de la página blanca aparecen,
como explosiones, los grumos,
lo que se concentraba en la rima y en el metro.
(Las Líneas sedentarias en el soneto)

Pero esta modernidad también remite a lo vivido,
Porque lo vivido se organiza en la sucesión de sus
Destellos.

Lo que el hombre hace obedece a una
necesidad más profunda.

La felicidad se queda en lo oscuro
y no se manifiesta más que por esos gestos
de olvido, por esa ideología insípida
de lo vivido.

Lo erótico se nutre de la necesidad del ser.

La sensorialidad brilla detrás de lo nombrado.

El arte que nos seduce es el que rompe
una costumbre.

El cuerpo entre en la mecánica del infinito,
Es apenas el nudo de una cuerda
tensada sobre los milenios.

En el poema el cuerpo es el espacio
y es el lastre

Yo he llegado hasta aquí para devolverme.

Uno descansa de una presencia precaria,
está determinada por un peso de la cabeza.

Se va en algún ruido de la noche en las calle,
se pierde,
baja de silencio en silencio,
como flotando,
hasta que emerge hacia la piedra que se.
Cae en sí, se despierta,
sale,

descansa-no-descansa.

Entonces se entretiene en cosas muy complejas,
Inventa la palabra que mata,
la palabra que hiere,
el laberinto que lo sobrepasa.

De esta temporalidad extrae su grandeza.
(pobre grandeza)
Se confunde con los ruidos del mundo.

La salud profunda está en el poema.

Entramos a la magia desde una simplicidad perdida
El alma es cada vez más densa
más inaccesible.
La filiación del poema a una historia de la
búsqueda sólo nos permite desentrañar lo presentido.

Cada palabra está cargada
En una reminiscencia del deseo.

Si la historia tiñe esa brevedad eterna
que es el poema, entonces no hay POEMA.
Si la tinta, el libro, el papel, la luz,
los ojos, la mirada y el tiempo no desaparecen
en el poema, entonces no hay POEMA.
Si sólo queda una piedad o un furor
o una lentitud de hombre o una lejanía
o una sumisión o un desastre, entonces
no hay POEMA. Si persiste la misma vanidad
o el escándalo, la misma ilusión o la miseria,
entonces no hay POEMA. Porque aún viviendo
en las cavernas se dibujó el bisonte.
Y el bisonte vino, como una flor o como
una hoja, salido de ningunas manos,
hasta la roca viva. Así es la piedra desnuda
del poema, la piedra que nadie puede ver.

Esdras Parra

Nace en Mérida en 1939 y muere en Caracas en 2005. Miembro fundador de la revista *Imagen* donde se desempeñó activamente durante varios años. Recibió el Premio de Poesía de la Bienal Mariano Picón Salas 1993. Orientó gran parte de su actividad creadora hacia la crítica cinematográfica, la traducción y, particularmente, el género narrativo. Entre otros libros, publicó: *El insurgente* (1967), *Por el norte el mar de las Antillas* (1968), *Juego limpio* (1968) y *Este suelo secreto* (1995).

Has recorrido

los espacios en sombra
el ayer fracturado
la ciencia de los desmanes
el invierno que sirvió de refugio
a tus desvelos
ahora vuelve la página sin color
de tu cautiverio milagroso
con el presentimiento
de que no volverás.

Nada te pertenece

salvo la ducha fría
y los cielos sin alba
el silencio tiránico
que nunca has querido comprender
y la yunta de bueyes
que arrastra el pesado barrio
de tus afanes
hechos a tu medida
pero la nieve duele
cuando cae sobre el corazón.

Nada has perdido en el círculo de tu grito

donde respira el abismo
que desequilibra tu balance

ni en la extensión del viento
cuyo corazón es la luz
a la que nunca das la espalda

ni en el anhelo
donde persiste la humildad del grano
y prolonga tu regreso a la costumbre

pero en el deshago
recobras la naturaleza de la piedra
su absoluto vacío.

Si buscas un refugio

siempre lo hallarás
en el móvil de tus días
que a la altura de tus ojos
camina dentro de ti
en el olvido
que se va con las mareas
y nunca da marcha atrás
ni hace de la nostalgia
una fiesta.

Júbilo es lo que sembraste y no sequía
en el polvo

lo que tiene laderas con otro nombre
y se comporta de modo particular

a causa del rigor del verano
de este verano

arremolinado en torno a tu puerta

sin pedir permiso para rodar con
las piedras
revoloteando todo el año

mientras tú aras en el árido viento.

En tu recuerdo nace el bosque

el bosque y el recuerdo
nacen en ti
quítate los labios al recuerdo
y verás la muerte cara a cara
pero no eres árbol
aún así naces en el bosque.

Eugenio Montejo

Nace en Valencia en 1938. Coordinador de los Talleres Literarios del CELARG. Agregado Cultural en la Embajada venezolana en Portugal. Co-fundador de la revista *Poesía* de la UC. Director Literario de Monte Ávila. Director de Relaciones Internacionales de la Cancillería. Colaborador en gran cantidad de revistas literarias nacionales y extranjeras. Premio Nacional de Literatura (1999). Ha publicado: *Humano paraíso* (1959), *Elegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1976), *Terredad* (1978) *Trópico absoluto* (1982), *Alfabeto del mundo* (1987), *Guitarra del horizonte* (1991), *El hacha de seda* (1992), *Papiros amorosos* (2003), entre otros.

Manoa

No vi a Manoa, no hallé sus torres en el aire,
Ningún indicio de sus piedras.
Seguí el cortejo de sombras ilusorias
que dibujan sus mapas.
Crucé el río de los tigres
y el hervor del silencio en los pantanos.
Nada vi parecido a Manoa
ni a su leyenda.

Anduve absorto detrás del arco iris
que se curva hacia el sur y no se alcanza.
Manoa no estaba allí, quedaba a leguas de esos mundos
—siempre más lejos.

Ya fatigado de buscarla me detengo,
¿qué importa el hallazgo de sus torres?
Manoa no fue cantada como Troya
ni cayó en sitio
ni grabó sus paredes con hexámetros.
Manoa no es un lugar
sino un sentimiento.
A veces en un rostro, un paisaje, una calle
su sol de pronto resplandece.
Toda mujer que amamos se vuelve Manoa
sin darnos cuenta.
Manoa es la otra luz del horizonte,
quien sueña puede divisarla, va en camino,
pero quien ama ya llegó, ya vive en ella.

Güigüe 1918

a Juan Liscano

Esta es la tierra de los míos, que duermen, que no duermen,
largo valle de cañas frente a un lago,
con campanas cubiertas de siglos y polvo
que repiten de noche los gallos fantasmas.
Estoy a veinte años de mi vida,
no voy a nacer ahora que hay peste en el pueblo,
las carretas se cargan de cuerpos y parten;
son pocas las zanjas abiertas;
las campanas cansadas de doblar
bajan y cavan.
Puedo aguardar, puedo nacer muy lejos de este lago,
de sus miasmas;
mi padre partirá con los que queden,
lo esperaré más adelante.
Ahora soy esta luz que duerme, que no duerme:
atisbo por el hueco de los muros;
los caballos se atascan en fango y prosiguen
miro la tinta que anota los nombre,
la caligrafía salvaje que imita los pastos.
La peste pasará. Los libros en el tiempo amarillo
seguirán tras las hojas de los árboles.
Palpo el temblor de llamas en las velas
cuando las procesiones recorren las calles.
No he de nacer aquí,
hay cruces de zábila en las puertas
que no quieren que nazca;
queda mucho dolor en las casas de barro.
Puedo aguardar, estoy a veinte años de mi vida,
soy el futuro que duerme, que no duerme;
la peste me privará de voces que son mías,
tendré que reinventar cada ademán, cada palabra.
Ahora soy esta luz al fondo de sus ojos;
Ya naceré después, llevo escrita mi fecha;
estoy aquí con ellos hasta que se despidan;
sin que puedan mirarme me detengo:
quiero cerrarles suavemente los párpados.

Uccello, hoy 6 de agosto

En el cuarto de Uccello hay un caballo
que estuvo en Hiroshima.

Nadie lo ve cuando se ausenta,
Cuando sus ojos beben sombra
Sobre los cascos que se pulverizan.

Uccello dejó un mapa de la guerra
arcaico, con armas inocentes.
No dibuja aviones ni torpedos,
desconocía los submarinos,
su muerte iba del gris al rojo, al verde.

Sólo el caballo en este 6 de agosto
está herrado con viejas cicatrices,
sólo sus patas llevan en la noche
a la desolación del exterminio.

Es un caballo torvo, atado a un árbol,
siempre listo en su silla.
Uccello lo cubrió con capas de pintura,
lo borró de su siglo,
y hoy lo aguarda en el fondo de la cuadra
con los jinetes del Apocalipsis.

Orfeo

Orfeo, lo que de él queda (si queda),
lo que aún puede cantar en la tierra,
¿a qué piedra, a cuál animal enternece?
Orfeo en la noche, en esta noche
(su lira, su grabador, su caseta),
¿para quién mira, auscultas las estrellas?
Orfeo, lo que en él sueña (si sueña),
la palabra de tanto destino,
¿quién la recibe ahora de rodillas?

Solo, con su perfil de mármol, pasa
por nuestro siglo troncado y derruido
bajo la estatua rota de una fábula.
Viene a cantar (si canta) a nuestra puerta,
ante todas las puertas. Aquí se queda,
aquí planta de su casa y paga su condena
porque nosotros somos el Infierno.

Farruco Sesto

Nace en Vigo, España, en 1943. Arquitecto (UCV). Profesor titular jubilado de la cátedra de Diseño en la Escuela de Arquitectura de la UCV. Accésit del XII Premio de Novela Corta “Gabriel Sijé” (Orihuela, España) por *Una pasión*. Actualmente es Ministro de Cultura. Entre sus libros se destacan: *Por una mujer* (1971), *Lugar de anclas* (1978-1981), *Manual de obra* (1980), *Músicas y soledades* (1979- 1980), *Sobre el olvido* (1981), *Isolda* (1990), *Libro de la luna interior, poemas 1967-1995* (1995), *Desnudo el tuyo tan hermoso y para nosotros necesario* (1997), *Estudio de la mirada, la presencia, la belleza, la necesidad, el deseo, la desolación y la resurrección* (2002) y *Fatiga y fulgores* (2003).

Arte poética

Un pájaro.
Un pájaro es una pequeña cosa que vuela.
Vuela en el aire o vuela en el papel.
También puede volar en tu sonrisa.
Puede tener nombre o puede no tenerlo,
o incluso puede él mismo ser un nombre.
Un nombre que vuela.
Una palabra.
Una palabra puede tener alas.
Puede extender las alas, alzar el vuelo
y llegar muy lejos.
Quién sabe adónde.
Llegar hasta los países más distantes,
y que nadie, viéndola, la reconozca.
O, por el contrario, que alguien la entienda
y la haga suya,
y la transforme entonces en una bandada
de pájaros, multicolor y bulliciosa.
Pues así es como la palabra se multiplica
para convertirse en un poema compartido.
Pero ese pájaro, la palabra,
de pronto puede volverse tan arriesgado
que intente llegar al fondo
de tu pensamiento, aún más lejano
que aquellos países,
por colocar en él una señal.

Para ti sola, o para nosotros,
o incluso para terceros
Así una palabra puede alcanzarte,
y si tiene éxito, seducirte,
o, del mismo modo, matarte.

Con lo cual se acabaría el mundo.
Y si, por el contrario, el pájaro es tuyo,
si la palabra es tuya,
si el nombre vuela desde tu corazón al mío
entonces el muerto puedo ser yo.
Que no me vendría mal en ocasiones.
De modo que un pájaro es una cosa
Que vuela y que puede ser una palabra.
Que tiene su ámbito natural en los cielos,
sea en el cielo del día o en el de la noche,
o en el del infierno del alma
que proviene de la soledad.
Y que, por momentos,
igual pone la cabeza debajo del ala
y se duerme
cuando no dices nada.
Como ahora o como tantas veces
en que aparentas no entender este tipo de asuntos
donde yo mezclo nombres y aves,
cielos y señales,
distancias e infiernos.
Cuando simulas no saber nada
muy a pesar de que tu vida entera
corre en el mismo cauce de la mía.
Y de que en mi alma plantaste tus lunas.
Y sembrastes tus soles en mi cuerpo.
Y de que nadie podría distinguir
dónde tú y yo comenzamos y terminamos.
Menos ahora, cuando estas palabras
que nada eran van tomando forma,
y al cabo se juntan y se inventan alas,
para volar y luego alzan el vuelo
y se van y escapan de nosotros,
transidas de un amor que nadie sabe
cómo es
ni cómo se sostiene,
aunque sin duda será del mismo modo
en que se aguanta un pájaro en el aire,
a base de confiar y confiar en sí mismo,
a base de no volver la vista atrás, a base de poner la imaginación en el vuelo.
El vuelo del amor,
como el de la palabra,
por encima de los objetos,
pero igualmente en los objetos,
por encima del universo,
pero así mismo en el universo,
incluso subterráneamente

aunque parezca un contrasentido.
De la misma forma en que nosotros
Uno en el otro,
Nos sostenemos
Amada, en este tiempo nuestro,
Cuando en la caída de la tarde,
contemplamos un pájaro pequeño
sin importancia, un pájaro que pasa
y llena el firmamento
y a nosotros
nos llena.

Un pájaro que puede ser una palabra,
o bien un nombre.
Un nombre que vuela
y que también puede posarse
con tranquilidad en una rama,
y descansar un rato,
mientras nosotros, mudos,
despreocupadamente absortos, nos besamos.

Cuerpo de la escritura

La blanca arena, la hoja blanca, el extendido lienzo,
nacieron para recibir cada palabra.
Para acoger cada palabra desde el amor
principalmente,
y desde la vastedad de sus asuntos.
Para las ofensas y alabanzas,
para los secretos y proclamas,
para las audacias y los miedos
que en este valle se aposentan.
Las superficies vírgenes se van volviendo carne
de las inquietudes que en nosotros andan.
Y un hilo rojo más allá de los libros,
las coserá incansable en una única historia.

De entre todas las flores

De entre todas las flores, la esperanza elegimos
como la más amable y de más vivo aroma.
De entre todas las flores, la casa terminada,
el final del sendero, la figura desnuda.
De los ríos sin tiempo lo hemos aprendido:
Ningún lugar se halla demasiado lejos.

Los cimientos conocen cómo besar la altura.
La luna duerme en nuestros bolsillos cada día.

La compañera

Ella pone su mano y yo pongo mi mano.
Ella, sus complicados laberintos,
Yo, la más deslucida sencillez.
No es un trabajo fácil avenirse con nadie,
incluso haciendo juntos el paso de la vida,
por anudar y desnudar temores
en la fuerte aventura.
Resuena pavoroso el vacío del mundo
cuando se escucha desde la propia soledad.
Pues la niebla anda suelta por los caminos
y el aire está insufriblemente espeso.
Si más allá de nuestro pequeño límite nos perdemos,
de alguna manera caminar juntos nos ampara.

Un punto en el origen

Un punto en el origen
contiene las respuestas.

Tal vez eso
así sea.

Pero el origen
perdido está definitivamente.
De nada vale mirar atrás.
Toda dulzura habrá que construirla
con estas manos vivas.

Del Sur

Una espada vino del Norte.
Una lanza vino del Este.
Una flecha desde el Oeste.

Y tú que llegaste del Sur,
amada.

Gabriel Jiménez Emán

Nació en Caracas en 1950. Fundador de las revistas: *Talud* (Mérida); *Rendija* (San Felipe) e *Imaginaria* (Caracas). Premio de Poesía de la ULA (1974) con *Ejercicio de mudez*. Premio de Poesía “Francisco Lazo Martí” de la Casa de la Cultura de Calabozo (1979) con *El encantado terrestre*. Premio de Poesía de Monte Ávila Editores (1983) con su obra *Materias de sombra*. Premio “M. V. Romero García” del CONAC de Narrativa (1988) con su obra *Cuentos de otro mundo*. Premio Nacional de Narrativa “Orlando Araujo” por *Tramas imaginarias*.

Mi querida cerveza

Siempre sueño ir nqadando en una gran cresta de cerveza
desenfundo mi arma en pleno oleaje
y siento la espuma, música plena en mis orejas
pero no soy capaz de disparar
estaría hiriéndome al despertar
como el desesperado cuando la marea se levanta
juntando sus manos en la única súplica
la de entenderse con los muertos
y volar en pedazos el día menos pensado

No he podido encontrar muerte más bella
que la de suicidarme con cerveza
el gran secreto del oro de copas
atravesando mi garganta como una saeta
dulzura de ojos vacíos

Poesía

De noche inmensos chorros de cerveza
salen sin piedad de la tierra
arrastrándome a rincones
donde se pierde toda la vergüenza del mundo
mujeres funerarias salen de los confines
a besarnos, a morder nuestros labios en camas apagadas
con todo el silencio que destila el amor
en la gentil pornografía
riendo con ganas de la vida, como si regresando a nuestra casa
hubiésemos dejado herido el horizonte
varias gaviotas muertas y un lejano sabor a cerveza
que nunca nos humilla

He visto

He visto desde mi ventana cómo entra la noche con relámpagos ciegos a descomponer el sueño.

He visto cómo un automóvil se estrella y sale humo de la boca de los sobrevivientes

He visto cómo raptan a una actriz de la entrada de su edificio y cómo la recogen en una ambulancia por exceso de estupefacientes

Y la he visto después resucitar en la boca de un Director de cine

He visto desde la orilla de la calle cómo saludan a una señora para sacarle el oro de los dientes

He visto a los gritos arder en el aire y las detonaciones y los policías correr como galgos detrás de una noche asesina

He visto a un amigo mío desayunarse a la nada en la mañana más lluviosa

He visto a mi imposible esposa arde sobre el pavimento con los propios hijos míos

He visto la humillación del hombre sin piernas jugando con sus monedas en plena vía pública

He visto cómo el banquero toma despacio su café para calmar la sed de su chaleco

Lo he visto todo o casi todo

He visto familias enteras descabezadas en las páginas del periódico

Y a la mafia internacional merodeando por la esquina al cuidado de la última remesa

He visto a la infancia correr al amparo de un cargamento de coca para toda la eternidad

He visto desangrarse al anciano que fundó el barrio en el banco del parque de su mismo barrio mientras daba maíz a las palomas

He visto robar medio miligramo en el mercado a una señora descalza que luego destapa el contenido de su compra y no ve más que una mosca volando

He visto a la mujer más bella del mundo pasar a un centímetro de mis ojos

Y he soñado también con invitarla a una playa azulísima de arenas cálidas
donde podamos besarnos con las olas

Pero luego la he visto en el mismo restorán que yo con un tipo que hacía
gárgaras de gaseosa

He visto la quema de la Biblioteca Municipal para instalar allí un congreso de
Endocrinología

He visto hundirse un buque en la esquina donde expenden medicinas para los
desahuciados

He visto a un hombre ceñir por la cintura a su propia infancia

He visto a una mujer abofetear públicamente a su marido en el nombre del más
purísimo amor

He visto todo esto con mis propios ojos con estos mismos ojos míos que
hubiera querido cambiar por un comfortable juego de muebles

En donde pudiese reposar de tanto arrebato

Yo nací en una montaña virgen y antiquísima y no merecía tener estas visiones
El viejo en donde me ahogué por primera vez se encargó de salvarme y
darme respiración artificial

Me di el lujo de salvarme y lucir un clavado perfecto desde una piedra lustrosa
hasta el fondo de un pozo

Y volvía a estar sano y salvo para ver estas cosas que os he venido narrando

Cosas que he visto a pesar de mí

Y de esta fabulosa gaviota viajera que veo cruzar por el aire

Mientras me despido hasta una segunda oportunidad

A la luna

A Ennio

En el trayecto nocturno de regreso a mi ciudad
Miré al cielo y vi la luna. ¡Qué luna!
Largo rato estuve viendo su cara plateada,
sus ojos esfumados, su nariz y su boca
que siempre suspira desde allá, tan lejos,
y sonrío, para que seamos felices.
Qué sería de la noche y de nosotros
Sin su luz: unos seres solos, amargos,
Sin ese disco que nos acompaña, nos entibia la piel
Antes y después de nacer y morir.
No concibo nada sin su presencia,
Nada de los que hacemos puede alcanzarla
Ninguna palabra tocarla,
Nada de versos, señores poetas de la noche,
Nada de este ejercicio cojitrancos del verbo,
Ella está arriba suspendida, flotando, planeando
Sola y muda para nosotros: sólo hay que verla
Como uña, hoz, pelota, bola dulce con sus livianos cráteres,
Sus valles llenos de nervios secos
Y su aire sin peso que nos deja instalados
En el viejo silencio de los tiempos.

Gabriela Kizer

Nace en Caracas en 1964. Licenciada en letras de la Universidad Central de Venezuela (1986) y profesora universitaria desde 1993. Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea (Universidad Simón Bolívar (1993). Profesora de la Escuela de Arte de la UCV. Entre su obra destaca: *Amagos* (2000) y *Guayabo* (2002).

¿Chantaje?

Podría decirte que un buen poeta de esta ciudad
me convida a perderme por malos callejones
y que puedo aceptar.
Que a mi porte de reina en desuso
le vienen bien los adoquines rotos,
la parte de arriba de los bares
o algún poema fulminante que la madrugada
otorgará
si llego salva a casa.
Podría también decir
que a la insistencia de este oficio
le conviene el tedio de una habitación vacía
o la lucidez de ahondar en lo perdido
sin mirada de roedor.
Que le conviene más eso que adivinar por pétalos,
o adulterar esperas,
o comprender sabiamente
que tras todas las irresoluciones humanas
se cumple nuestro mejor miedo.
Podría decirte
con muy leve afán de dramatismo
que no se trata de un juego de dignidad, que es otra cosa.
A estas alturas
comienza a darme grima cualquier cualquier requerimiento de honradez,
prefiero la crueldad que por definición
no sabe ser seductora
y alberga menor capacidad de ternura.

Ir despacio por la ciudad,

encontrar en una esquina
la camioneta del que fuera amado alguna vez,
saber que le está haciendo una visita
a su amigo de infancia,
es el edificio, la hora,

hasta podría adivinar el tono de la conversación,
lo que sirve la insípida anfitriona.
No, no querría estar allí,
valdría decir que he optado por no estar allí.
Decir cualquier cosa.
Saber que la chimenea precisa estar vacía
para que el fuego arda,
eso lo sé.
Sólo que de pronto
la camioneta me recuerda
que he querido la vida
y que la vida me ha sido dada
como una odiosa visita de tarde dominguera.
Te acostarás temprano porque mañana es día de trabajo,,
me acostaré tarde aunque la noche sea corta y estéril.
No tengo motivos para tirarle piedras a nadie.

Amorío

No es que soñara con el anillo puesto sobre mis noches
ni con los altibajos de un balcón en común
para ganarte o perderte en la mirada.
Pero no puedo decir que no me quitase el velo algunas tardes
y delante de un beso susurrara el gran sí.

Alguna vez pensé que podría convertirme en zorra
-la zorra de la canción-
y que sería mejor sonar en el clarinete que soñar,
pero nunca pude convencerme del todo.

Hoy, que aún no me convenzo
pero ya puedo besarte teniendo por mañana
una pantalla en blanco,
¿cómo no anticiparme a la imagen que seré?,
¿cómo no evaporarme y quedar prendida de los techos
sin saber reventar como las nubes?

Dilo,
qué he de hacer
con este tronquillo de árbol
que ayer fue jardín
y fue piedra preciosa
y lluvia.
¿Cuánto Que llueva, que llueva...?
Dime si debo renunciar de una vez

a tus ganas de correr de cuando en cuando
no tanto de la prisión barata que yo alzo
sino de alguna secreta esclavitud
que nos condena por igual.

Hoy, que ya tengo ante mí el *aquí y el ahora*,
que no sé cuantas noches hace ya que no sueño,
quisiera vivir como cualquier zorra
-menos la de la canción-,
quisiera no preguntarme
si la oscuridad de esta noche
será lo que crezca entre nosotros.

Hoy, no sé de qué modo quemaremos nuestras naves
para conquistar otras tierras
ni de qué modo las perderemos,
pero ya no es eso lo que duele.
Duele hoy.

Gustavo Pereira

Nace en Punta de Piedras en 1940. Estudió Derecho en la UCV. Profesor titular de Literatura contemporánea de la Universidad de Oriente. Fundador del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales (UDO). Formó parte del grupo Símbolo (1958). Obtuvo el Primer premio de poesía en la XII Bienal “J. A. Ramos Sucre” (Cumaná, 1997) con *Oficio de partir* y el Premio Fundarte de Poesía (1993) con *Escrito de salvaje*. Premio Nacional de Literatura (2001). Director de la *Revista Nacional de Cultura* (1999–2002) y autor de una treintena de libros; su más reciente título, *Sentimentario* (2004), pertenece a la colección Altazor de Avila Editores Latinoamericana.

Dama de niebla

Dama de niebla que rondas mis horas mis saltos y mis sábanas
Ebriedad que me persigues a mansalva
Deja la forma sinuosa de tu tejado de palomas sobre mi almohada
cuando amanece en medio de mi tristeza inútil
como un nido desprendido y todavía cálido de plumas

Extranjera que pusiste entre mis dedos tu cubierta de redes
y la inexpresiva piedad del otoño
Extranjera que me hiciste en tu pecho desenfrenado demonio
y creíste en mi amor inmortal

Pues bien Te amo para siempre
Te amo para siempre porque el instante que te amé es parte de la
cuerda de la eternidad
y allí colgamos todavía

No sabrás nunca quién marcó el número de tu desdicha
ni qué tambor indio es éste que suena en la callada noche de tu soledad
No sabrás nunca qué callejuela ni qué rincón devoran al amo de tu
melancolía
Perdida en el hastío no sabrás nunca beber otro rumbo que el del
recordarme
sobre ti y entre ti
mientras mis cuadernos en blanco descansan en la mesa de tus brumas
y mi perro percibe tu olor en la mano que ahora lo acaricia.

Sobre los salvajes

Los pemones de la Gran Sabana llaman al rocío Chiriké-yeetakuú, que significa Saliva de las Estrellas; a las lágrimas Enú-parupué, que quiere decir Guarapo de los Ojos, y al corazón Yewán-enapué: Semilla del Vientre. Los waraos del delta del Orinoco dicen Mejo-koji (El Sol del Pecho) para nombrar al alma. Para decir amigo dicen Ma-jokaraisa: Mi Otro Corazón. Y para decir olvidar dicen Emonikitane, que quiere decir Perdonar.

Los muy tontos no saben lo que dicen
Para decir tierra dicen madre
Para decir madre dicen ternura
Para decir ternura dicen entrega

Tienen tal confusión de sentimientos
que con toda razón
las buenas gentes que somos
les llamamos salvajes.

Juan

¿Recuerdas la calle el calor la gran habitación
que daba al patio?

Todavía tan jóvenes

Por algún parque andaremos canturreando simples
como dos bolsas
Revueltas las cabezas vacías las manos
Por la noche oiremos gritos sirenas y tal vez disparos
¿La policía sabrá que vivimos? ¿De los árboles
seguirá colgada nuestra solitaria bandera?

Se hace tarde Estamos marcados por fuego
Las luces se apagan las radios se apagan sólo los perros
vigilan Detrás nuestro el pasado y las hojas se arrastran

Un mercado vacío Los camiones
Y bajo el puente ¿quién pasa? ¿nuestra barca?

Hanni Ossott

Nace en Caracas en 1946. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV), donde ejerció la docencia. Traductora (Rilke, Lawrence). Obras publicadas: *Espacios para decir lo mismo* (1974), *Espacios en disolución* (1976), *Formas en el sueño figuran infinitos* (1976), *Memoria en ausencia de imagen/memoria del cuerpo* (ensayo, 1979), *Espacios de ausencia y de luz* (1982), *Hasta que llegue el día y huyan las sombras* (1983), *El reino donde la noche se abre* (1987), *Cielo, tu arco grande* (1989), *Plegarias y penumbras* (1991), *Imágenes, voces y visiones* (ensayo, 1991), *Casa de agua y de sombras* (1992), *El circo roto* (1996).

De habitación y alcoba

A mis padres, a su anillo...

- Pero en el instante en que el cofrecillo
se abre, acaba la dialéctica-
Gastón Bachelard, *La poética del espacio*.

UNO

Mi habitación es un poema menor amable
está poblada de cosas
libros, cajitas, souvenirs de cierta carga
postales foros quimeras
innumerables zapatos, por todas partes cunden
los zapatos de tierra
casi como un pánico

Hay un closet, no muy repleto, de vestidos definitivos
los que no me pongo los espléndidos
y los difíciles de fiestas
también también

los ruinosos, los agostados de tanto amor
y aquellos que ya no están los regalados a la hermana
y los frágiles y cansados para los días sin fuerzas
y pantalones para escribir, fregar, jugar

Mi habitación su suelo soporta
una alfombra barata
conquistada en Grecia

y un televisor

-canción de cuna de maridos

Mi habitación tiene la lamparita de medianoche
no la utilizo
la uso para soportar las imágenes

de sueños
y así estar atenta
Y allí un rojo joyero de doble fondo sin grandes pretensiones
sin fantasías
que escondo cuando voy al mar
porque temo al ladrón
Nosotros solemos decir que la habitación es un cuarto
Es el cuarto
de una esfera

DOS

Mi alcoba carece de muros y tabiques
carece de muebles, alfombras y retratos
es,
es lo suficientemente vasta
como para contener el mar
y da cabida al viento, sí...
aireada es.

Tiembla en ella irregular el fuego
la llamita que llama y llamea
flama

blanca bandera en tregua
Circular esférica beso de bóvedas
la atraviesa un claro que es ventana
e invitación al huésped

Soy la esfera y el claro e fuga luz de fondos
mi huésped ansía cielos, en el límite
y se inicia en el fragor de la esfera y de la espera
y adquiere otra habla

-yo no sé
Cuesta, cuesta sí, el largo viaje a la alcoba
hay allí un cofre dúplice y lleno de tesoros
hay allí un secreto
-secreto de Pandora también
lo único robable

Hay allí un estuche carmesí de roja noche
cofre atestado de riquezas
joyas para el dormir
prendas carnales de resurrección y olvido
sacros diamantes
gemas colmadas de estructura y forma
haciéndose, tomando cuerpo
solidificándose soldándose
haciendo alma

en toque con la muerte y lo imposible
Y al fondo del claro el ansiado cristal
joya menor
siempre
-El mío es de Bohemia, de otros no sé
Este es mi origen y me ando entre él

Pero al fondo puede haber
azabache
zafiro y amatista
ojo de tigre
¿por qué no?

Se lo que hay ahí:
bisutería
falsa joya sintética

“No sé del raro diamante
Sé del collar de perlas
de la rosa y del rubí
Sé del collar de la paloma”.

Con el tiempo y la experiencia
he llevado a mi alcoba
la polvera de abuelas que una vez alguien robó
¡Ah ladrón!
he llevado también un tocador y su espejo
roto y zanjado una vez por la desesperación
del Padre
¡Ah, padre! El sagrado

he llevado tules
-no como decoración
sólo
para hacerla comfortable
y verme cuando arrastra
furioso el mar
el mar del huésped
Disfruto allí

De mi alcoba yo me mudo
voy con ella
-me la dieron
es mía, nada puedo hacer

Me ajusto a ella
escucho aquello que es
no me ando en guerras
Por ello no soporto al intruso
no resisto discursos
ella se opone a la fácil conquista

Me aposento ahí
y me dejo llevar
 por su secreta ley
 del adentro y del afuera
A veces me canso de mi alcoba
 siento vergüenza
 -un poco, sólo un poco
siento que alguno quiere descifrarla
 como si fuese un destino
se trata, a veces, de un marino adolescente quizás
 y lo perdono
 absuelvo su aventura y su imprudencia
Entonces me pongo las sandalias que agilizan mis pies
 y vuelo
 desaparezco.
Nos duele la alcoba, nos duele
 tan carmesí
 tan expuesta
 “¡y usted qué se ha creído!
 esto de ser esquiva y arisca
 sin pulitura

Cuesta.

De modo que
 no haga ruidos
 no sea socarrón
 ni golpee puertas”.

Despacio y con prontitud se mueve la alcoba
 esfera de la tierra
 rapidísima
 en su lentitud
 y permite también la gravedad
usa sandalias, espadrillas, tacón y zapatillas
lleva medias de nylon con vena
 medias de negra transparencia
 insoportables
 blandas
 exquisitas
 finas y frágiles
 no lavables,
 medias que se rompen
 de buenas a primeras
 “ay desgracia se me rompió la media”
 “ay... que se me rajó la media”.

TRES

De este espacio hablo poco

Reverente a mi ciega y profunda ignorancia
Rareza.

Dificultad de ámbito
Dios que quiso ser Padre, Hijo y Espíritu

Rareza
Rareza de tercero

Cuarto de esperanza difícil
¿cuando sólo hay dos
amándose devorándose
Sin descanso...!

¿Dónde el círculo que cierra al dios...?

¿Aparece entonces la buhardilla?

¿Aparece entonces el sótano?

¿Un suburbio del ser?

¿fuente de aguas negras?

¿tinte de alquitrán?

¿un cajón? ¿un estuche?

¿un parche poroso en la alfombra de ser?

¿un remiendo, un cocido?

No sé, no sé si he gustado esta fruta si he probado

¿es un higo?

¿una fruta vedada?

¿un níspero?

Sé que no es habitación, no una morada

Sé que no es alcoba

¿Qué surge allí?

¿Cantos?

¿Espejeos?

Eco

No lo sé, no lo sé, temo al higo

temo su rara piel

mas lo he sentido en mí

Temo a los hombres higo y a las mujeres higo

temo el sabor de la fruta vedada

me temo

mas

mas gusta su espacio

tan sin paredes

tan sin claraboya

“el higo no es manzana

Ni una tentación

Y hasta deliciosamente feo es”

(Si el higo pudiese hablar sería tartamudo

Se ahogaría en el decir)

Si el higo fuese arquitecto

su casa sería

No lo voy a decir

Pero yo no me permito creer en dios

hasta que algún día

su madre aparezca

cuando ella se presente

sabré de su casa

de su alcoba

de su habitación

y de sótanos

hasta tanto

veo gestos y ángeles

teatralerías

llantos y llamadas

semáforos en amarilla e indecisa luz

resurrectos y

salvadores

Pero no me permitiré cantar otra voz que la voz de la tierra

nocturna

sudorosa y de rocíos

voz arrancada de una soledad

hacia la otra

voz que dibuja la alcoba

la cúpula

la casa sacra

el espejo

el abismo

el recinto

del dios que sede a dormir en mí

CUATRO

El cuarto es más pausado

pertenece a la casa

es paciencia

soporta

retiene del jardín

Lo ayudan no fáciles adornos

un retrato

una pantalla

un adoquín

muñecos coqueterías lo nimio

cosas y pequeñas cosas

un angelito por aquí
un vasija por allá...contra tanto glamour
Lo que sabemos, en fin
lo que todos sabemos
rituales de amor acomodados
al modo de cada quien
Altar fuego lar

Desde aquí desde esta superficie afirmadora y sostenida
sé de cuartos y retórica
actos de magia
inteligencias
y sé de un poco de sangre
vertida
viéndose vertida
Así, sé de la alcoba
Y al fondo de mi saber un suburbio una Noche
el sótano un desván
amándose
claraboya y escalera

QUINTO

La paz al amor. Duermevela y vigilia.
Vida a su guerra. Guerra de alcoba sótano habitación
guerra de tres
única morada haciendo cuarto y casa
Infinita u terce
sea
esta residencia
No Amén sino así sea

Abril, 1982
(Hasta que llegue el día y huyan las sombras)

Del país de la pena

“Te enseñaré el miedo en un puñado de polvo”
T.S.Eliot

¿Quién soy?... ¿La luz que ilumina esta verja, esta tierra?”
¿Soy los árboles y las plantas? ¿Acaso el mar?
Soy colinas, riberas, agua bañada de luz
Soy un cuerpo cansado de tanta errancia
un cuerpo y un alma cansados del miedo
Soy el temor.

Desde lo profundo y oscuro escucho y tiemblo

Oigo lo profundo, lo oscuro, lo difícil
Las contradicciones, todos los polos opuestos
Las negruras, las blancuras, los intercambios
Como si lo blanco reuniera a lo negro
Como si lo negro reuniera a lo blanco.
¿Quién soy?
Primero una pena, luego el soportar.

Veo barcos, barcos múltiples que tocan mi orilla
Veo una casa destrozada por el dolor, demasiado cercana.
Los barcos relucen en la noche
-veo sus banderas-

ellos son el arribo, la llegada
mas no la cura de la más antigua herida
Veo barcos enfermos, antiguos, dolientes
y adentro muletas, invalidez, desazón.

¿Quién soy?

El sol me quema, incendia mi piel, ilumina mis ojos
Me vuelvo ardiente, soy ardiente
respondo con amor a la carnicula
Yo te he buscado para saber quién soy
y yo no sé quién soy

La hojarasca me ha arrastrado
Quizás para salvarme
Mi cuerpo está cubierto por una alfombra vegetal
la pelusa de las hojas me acaricia
me he hundido en lo verde
duermo, duermo, duermo
para que todo pase, para que todo termine de pasar.

Soy ahora pájaro que enterré en el jardín
duermo bajo la tierra para que todo pase
quiero obviar el dolor y el horror. Olvido, olvido...
Pienso, ya no es tiempo de la resaca
cada ola me dicta una continuidad
nos la dicta
mi continuidad es una estación sutil, imperceptible
a los apresurados

Tú llegaste del país de la pena. ¿Adónde, adónde?

El mar se abre en mí, vasto
para lavarme, regarme

poco a poco voy hacia él
con respeto.

Y lejos veo los barcos
Barcos cargados de llanto, de indignación contenida
barcos magdalenas.

“¿Escribiste el poema, lo lograste hacer bien?
Te pregunto”.

¿Quién soy? Te fui a buscar
Pero fue Venecia donde te vi
Allí estaban tus cosas
manteles, bisutería, un granate, topacios
venecia: reposo para la melancolía.

Padezco

¿Quién soy yo?
Quiero ir a la playa, quiero ver el mar
quiero ver la tierra estremecida por el amor del mar
adoraré la belleza, los esplendores
La ciudad me obliga a trabajar
y yo mientras tanto suspiro
suspiro.

Después de tanto dolor creo que las cosas se acomodarán
un remiendo por aquí
estoy extenuada
-tres años y medio de edad son suficientes
para entenderlo todo
vida, muerte, abandonos, distancias.

No soy hija de la guerra, suspiro...
soy nieta

Este pasado me lo voy a tomar lentamente, con demoras
(mi marido es humorista y ríe de mí y tiene razón)
También mi padre decía: “Hay que reírse”
pero no pudo reír, de tanta pena.

¿Quién soy? Creo que soy una trinitaria encendida
una trinitaria fucsia
colgando sobre el muro
He colocado mi florecer sobre el muro
para que sea más hermoso
para que se suavice
quizás quiero ocultar u olvidarme
de esa piedra tan áspera. El muro.
El muro de Berlín.

No quiero el horror sino la tolerancia
la casa, amigos, libros,
el granate de amor, los hermanos..

Quiero que en mí se resuelva el mar, la hojarasca.

¿Dónde estás? ¿Dime, quien soy yo?

Los árboles están silentes, no hay grillos
sólo lo metálico suena
máquinas y dinero se dejan sentir
oigo carros y al fondo una huelga
¡nada pasa aquí
pero las luces están encendidas
y el corazón arde.

Soy testigo de esto. Y de lo otro
Soy testigo.

No importa. Allí está la flor del apamate.
Tú dijiste que era flor del apamate
He visto la flor del cerezo
era bellísima. Doctor, era bellísima.

Ah, tanto agobio, a veces carezco de fuerzas.

Todo lo que tenemos que cuidar: nosotros, la tierra, el alma
supongamos que la poesía también
y los niños, el niño en nosotros
la cocina, la lucidez en la cocina
la lista es demasiado larga
y es demasiado para nosotras
¿podrán los hombres ayudarnos?
¿oímos?
demasiado peso; sí demasiado peso
demasiado agobio.

Venecia, Venezuela

Suspiro, tiemblo, ardo

Mi marido trabaja y es de noche. Las gatas chillan.

Oigo el mar, la caracola me informa

No todo es resolución, pero algo debe resolverse

algo así como una paga
¿pero qué?, no sé...

¿Qué soy? Escucho algo en mí, una voz, quizás
algo que quiere salir
algo claro
que ahora no entiendo, que rumorea.

¿Soy de la Edad Media?
atrás están mis muertos
atrás y cerca
ellos, los dolientes
los que no entendieron el absurdo
su propio absurdo
los que no pudieron verse aún
ellos, los adolescentes
los que padecían, adolecían.

Una vez dije: El mar en mí no deja dormir
Ahora lo sé,
sé qué significa la vigilia
estoy atenta
llevo algas apegadas a mi cuerpo.

¿Quién soy? ¿Una ruta? ¿Un camino?
¿Una carretera entre ciudad y ciudad?
¿Seré un intermedio, un lapso?
No la conciliación, no. sino algo más
Veamos, debo clarificarme, o quizás no.

Veo una línea de palmas, una neblina
Allí hay dos y tres
un hombre, una mujer
dos hombres
lejos, niños

sé lo que ello significa
arenisca, polvo visto entre la luz
puntos que atajo
Mi corazón arde, latido a latido
no hay fragua
estoy en calma.

La casa está aquí, aquí los fuegos y las aguas
aquí el lar
“Pero tú, tú sufriste tanto, para todo esto”

Ah... mi pasión. Ah... mis perdonos
Claridad, luz divina, ven a mí.

El sol arde y quema, se consagra frene a mi otoño
El sol me habla, contra el otoño, contra la ruina
-pero también soy el otoño.
Ah fruta veloz pronta a la trizteza
todo lo bello en ti, pelusa de durazno
se regala para ser higo
como si fuese un intercambio
entre lo difícil y lo fresco.

Mi ámbito, ¡cuánta claridad!
Oh tierra, cuánto debo hacer para comprenderte
cuán minuciosa debo ser.
Ahora vivo en el detalle, en fragmentos, en trazos
sobre la línea de un rostro.

¿Quién soy?
No tengo cara, seguro, no tengo cara
mis ojos vuelan más allá
mis pómulos son contundentes
mi cabello revolotea o se hace dócil
la luz lo abrillanta, lo achica
fuegos en mí arden

y ahora quiero algo parecido a la paz
algo así como lo regular
tiemblo encendida de tanta pasión
(mi marido está durmiendo..., al fin; así no me oye
mi marido sabe cuando pienso, cuando siento,
la resonancia de mí le llega y es fuerte).

Estoy en mi cuarto, en mi “cuarto propio”
Allí está la ardilla alemana
las muñecas: la inglesa, la merideña
la venezolana, la italiana
allí está el, pájaro primitivo
la talla
allí la foto del balcón hacia ningún lugar

Grecia, Alemania, Venezuela, Londres, Venecia, Egipto.
Los cuidados.
Es demasiado, suficiente. Suficiente.
Carezco de fuerzas
He dejado el poema, la palabra
He hablado demasiado.

Ya casi no hay culpas
sólo la sombra desfalleciente de lo que somos
amparo

queremos amparo

los buques con sus luces
 las banderas
 los cañones, las balas, las invisibles balas
 ya no entran en mí
oigo sólo la voz de los grillos
 la voz de la tierra
 la voz de la naturaleza
 queda, casi mugiente
 como una imploración
 ¿quién oye?
 ¿quién está allí?
 ¿quién habla?
 Toco a las puertas
No es el de adentro quien pregunta
Es el de afuera
 el demolido
 el cansado
 el exhausto
Y mi voz se alarga, se extiende
 ¿Quién está allí?

El rayo de luz se ha acertado
 debo dormir, es de noche
 los ángeles nos cubrirán
 como a una pareja de amor
 en cuido
Mi alma sola late y veo los reflejos
hay allí un cuaderno, hay allí un lápiz
 un molinillo de café
 y está la firma de Steinberg, a quien no conozco
El grillo salta y salta –lleva la libertad en sí
 Acciono, acciono y no comprendo
 Trato de comprender, lentamente
mi niñez y mi vejez lo impiden
 tengo cuarenta años.

Dios, ¿qué significa... ¿quién soy?
 Hay un alba, sí
 y una medianoche
 hay un cuerpo que ondula
 hay mujeres con un pañuelo amarrado a la cabeza
 y eso significa algo, un luto quizás
 pañuelos negros para sujetar la desesperación
creo que todo tiene significado
 sé de todo lo que significa

¿Quién soy? ¿Tengo yo un significado?
¿Soy una palabra, un viento, una planta?
Mi corazón arde. Lloro, ardo...
Ahí voy, como a la sombra de destinos
La pluma de mi pluma está ardiente
revoloteando, siguiendo la brisa

Mar, en ti confío para que des a los otros su límite
como a la playa
Estoy absorta ante ti, casi espantada
todos mis riesgos se retraen
Cuido. Cuido. Cuido Habrá que ir con cuidado.

¿Qué más? Las estrellas están allí. Silentes.
Y hay obra. Corazón.
Si todo esto ha sido nulo... ¿entonces?

Entonces no habrá corrección.

¿Quién soy? ¿El milagro de un error?
La ventana se abre
La culpa se ventila
El sol irradia

En la costa yace un marinero
la mujer llora
desconsuelo, desconsuelo, desconsuelo

No hay punto final para
esta guerra horrible
esta destrucción
mi alma ha sido partida en dos
piedad por mis ángeles
Santa cruz
He llorado . la tierra me sublima. Los vegetales
La carne
El hombre me sublima
y estoy por él mas allá de él
entre cacharros y suspiros
Por ello lavo la casa
Y este grito solitario... ¿qué será?
Suficiente.

Es la luz de la Luna lo que hoy me ilumina.

*Noviembre 1985
(El reino donde la noche se abre)*

Ida Gramcko

Nace en Puerto Cabello en 1924, muere en Caracas en 1994. Licenciada en Filosofía (UCV, 1968). Fue profesora del IPC y de la UCV. Encargada de Negocios de Venezuela en la Unión Soviética. Segundo Lugar en el Concurso de la Asociación Cultural Interamericana (1941) con *Umbral*. Premio “José Rafael Pocaterra” (1956) con *Juan sin miedo*. Premio de Teatro “Ateneo de Caracas” (1956) con *La rubiera*. Premio de Teatro de la UCV (1960) con *Penélope*. Premio Municipal de Poesía (1962) por *Versos y el poeta*. Accésit al Premio Nacional de Literatura (1963-64) por *Poemas de una psicótica*. Premio Nacional de Poesía 1977.

Poemas 1947-1952

Capítulo: “El mismo yo, mas caracol”

Caracol, el hermano,

el mismo yo, mas caracol. Concisa
su forma sigue sin barniz ni estrago
para que el hombre sufra un alma rica,
un alma suya en el vellón y el gajo,
íntima, inmensa, siempre en sed y ahíta.
Así construimos un lugar humano,
Pero tan lleno de él como de brisa.
Inventamos
una pared de cal... ¡y tan distinta!
Un muro nuevo, ¿raro?
Sólo en su fresca soledad continua.
- ¿Soledad, otra vez lo solitario,
otra vez la distancia? ¿Y la caricia? –
Cálmate, amor; lo nuestro es lo lejano,
Toca el largo perfil, la piedra lisa
Dice por voz de su vigor: yo te amo.
La forma singular es la infinita.

...

Lugar, lugar estable y cotidiano;
todo capaz bajo su gran conquista,
todo lineal bajo su terso rayo,
desde el perro hasta el sol como una chispa.

...

Recuérdate, palabra,
como eres, como estás, pulcra y redonda,
no el agua mas en agua y tras el agua
y con el agua sin más pie ni alfombra.

...

Hoy otra vez, ¡es expresión primaria!
Pero detrás sonríele la forma
con el tiempo y sorbiendo su sustancia
hasta salir con estructura y monda.
Y tan copiosa, nítida naranja,
¡pruébala, distante, vívele tu euforia!

Construido está. Y el aire ¡es tan intenso!

Tan lleno de color el blanco y dulce
la negra mordedura del insecto.
La cara suelta miel, se va de bruces,
se marea de olor y esparcimiento
hasta encontrar un hálito en la mugre.

Para construir la sola cosa pura

hay que ser ella y resistir en ella.
Estar a solas con su espera oscura...
¡Los cinco picos duelen de la estrella!
Gestándola, y no sólo en la cintura,
mas vientre y voluntad no hagan querella
que si aquél dice: lego su cintura
aquélla le responde: si destella
que no basta dolor si no procura
algo distinto a su cantada huella

Estar afuera es como estar adentro

de inagotable intimidad creadora.
No es perder cuerpo, es descubrir un centro
mayor que lo interior que nos demora.
Estar afuera, a pleno sol, al viento...
La noche ya no es más la mediadora,
pues nos une través de un mandamiento

de sombra impuesta que se ve o se ignora.
Escogida es la unión desde lo intenso.
Vivo nivel estalla con la aurora
y enlaza lo profundo con lo inmenso,
pues cada ser deviene lo que añora.
Y quedan un solo ser, un gran suspenso,
mas el hombre lo sabe y lo atesora.

Porque el objeto se desdobra en hombre.

Una cosa cualquiera
sale fuera de sí, toda en su noche,
y encuentra luz inesperada y nueva
en la criatura que se dé o se ahonde.
Humanidad de níquel, de madera,
Multitudes anónimas de cobre,
todo, todo se eleva
cuando una vida nítida en el odre
concibe se encendida primavera
donde un silencio prenatal se esconde.
Pues nada se degrada cuando en prueba
De comunión, el panorama insomne
Se esparce en la figura y se venera
en cada vastedad que le dé un nombre.
Todo ya se renueva,
se vuelve piel enamorada y noble.
Todo es un doble ser que se apodera
del hombre triste y el objeto pobre.
Un solo ser ... ¡que un solo ser se mueva!
Un solo ser, inverosímil, doble.

Igor Barreto

Nace en San Fernando de Apure en 1952. Licenciado en letras (UCV) y docente de la misma universidad. Realizó estudios de Filosofía y Letras en Rumania. Perteneció al grupo literario Tráfico. Premio de Poesía del Concurso de Literatura de las Facultades de Agronomía y Ciencias Veterinarias de la UCV con su obra *Tierra negra* (1993). Premio Municipal de Poesía “Manuel Díaz Rodríguez” con su libro *El muchacho más hermoso de la ciudad*. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Tiempo de ausencia* (1971), *¿Y si el amor no llega?* (1983), *Crónicas llanas* (1989), *Carama* (2000).

CÁNCER: 21 de Junio al 20 de Julio. A una misma nube, puede verla como una flor, como un perro, como una mano. Así, a un mismo suceso de su vida, puede verlo como un fracaso, como una lección, como un escalón, o como un éxito. Mire de nuevo. (ALFA D. K.)

Siempre leo el horóscopo

de esas mujer que me abandonaron

En los claros días,
cuando me alejo de las puertas de los estacionamientos,
y una rosa en mis dientes es el único tatuaje de u sueño
En ese instante

me detengo,
y leo sus horóscopos

Las imagino entonces:
cuidándose del destino,
aceptando en secreto los consejos del periódico,
burlándose de las estrellas
que inclinan, pero no obligan

Y así regreso

a la hora en que parpadea el neón como un relámpago;
un Escorpión intermitente,
Sagitario iluminado al fondo de un pasillo

y todo lo que soy, en cuerpo y alma,
enciende un nombre.

¿Y si el amor no llega?

Las mesas alrededor de la pista
Bailo con ella
La rockola brilla como el altar de mis desilusiones

Detrás de la casa,
una laguna,
restos de lluvia en las botellas

Todas las tardes lavan conversan junto a las acacias,
estiran la ropa y conversan

o descansan caimanas al sol

En una poncher me lava el miembro:
¿nos amarraremos como los perros en la plaza?,
¿habrá sangre en el placer, en la vergüenza
del fracaso y el miedo?

Tomo cerveza con tres de mis amigos
Todas valen diez menos el seis y el siete –dice Armando–

¿Y si el amor no llega?,
¿si sólo su nombre es madera de estas sillas...?

Poema para un Cadillac negro

Este Cadillac, donde llevan a nuestra madre hasta su tumba,
qué maltrecho está

Su carrocería,
ya no refleja las luces de neón de la agencia,
el rostro complacido del dueño ofreciéndolo en treinta meses
Una pareja,
lo soñó cruzando en sobre marcha: una trompeta
brilla después de un aguacero, el corneteo de esta ciudad
que no los conoce, el relente de innumerables parabrisas

Dentro de su cáscara
Eric Clapton
o el Hendrix con la Banda De Los Gitanos

pero nunca el cuerpo de nuestra madre.

“Cual flor de cerezo que cae / del árbol de la patria / sacudido por la fuerza enemiga / es el glorioso piloto de Ohka./ ¡Que su agradable fragancia / sea furia destructora!”.

Un piloto Kamikaze.

Lamento de un Kamikaze

Filipinas... Okinawa...
a esos sitios no he ido

Siempre mis hélices brillaron al regreso

Los otros, murieron abrasados por las llamas
Yo los vi sonreír minutos antes del ataque,
a mi salud bebían sus botellas de sidra

Soy el árbol que se disfraza de vida,
el río abatido contra el fieltro

Todo el Japón
me ama,
por los barcos que no reposan al fondo del océano

Como ceniza,
levo el alma en las alas.

Regreso

A San Fernando quiero ir en el vapor Delta.
Desde las escalerillas ver cómo el barco separa
las cargas de troncos de los aserraderos
y los lomos florecidos de los caimanes.
Llegar a su puerto de tablones
donde el río entrega las aguas a cien barrancas
y el recuerdo de algún pueblo orillero.
Cuando la lluvia descuelga sobre mi cabeza
angostas calles enhebran la cifra de tu nombre.
El río crecido roza la capilla del ánima salvadora
donde iré a dejar unas cuantas monedas
por los amigos que enfermaron de distancia.
Al pasado quiero ir en el vapor Delta,
a los burdeles, a las galleras del traspatio,
donde Dios habita la plenitud de su tristeza.
Que todos los sabanales reblandezcan con su brillo.
Yo me voy por esta senda donde el rayo se enmantilla.

Amo las noches lenguaraces de sus muelles,
el sucio butacón de las nubes en los días de invierno
con marineros apoyados a sus palancas de anoncillo.
El lirio viejo de sus bosques.
A San Fernando quiero ir,
quiero volver,
ahora que el paisaje ha muerto de alabanza.

De *Carama*

José Barroeta

Nace en Pampanito en 1942, muere en Mérida en 2006. Abogado (UC). Doctor en Literatura Iberoamericana (Universidad de París, 1981). Profesor de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes, desde 1975. Perteneció a los grupos literarios Tabla Redonda y En Haa. Primer Premio en el Festival Nacional de la Juventud (1968) con *Todos han muerto*. Premio Literario Pro-Venezuela, Sección Poesía (1974) con su libro *Arte de anochecer*. Primer Premio de la Bienal de Literatura “Miguel Otero Silva” del Ateneo de Barcelona (1982) con *Fuerza al día*. Otras obras publicadas: *Perfiles* (1959), *Poemas* (1966), *Cartas a la extraña* (1972), *Fuerza del día* (1985), *Antología* (1985), *Culpas de jugar* (1996), *Obra poética 1971-96* (2001).

Néstor

Si no me amas mato a mi padre.
Lo dejaré caer escalones abajo y veré
cómo su cráneo añoso se descorre precipitado
entre pequeños hilos.
Miraré lo que siempre he deseado, su memoria. Los conductos
que llevaban a su cabeza la vida y hacían de él un títere,
una máscara. Máscara terrible que amaba y me sometía al yugo.
Su cuerpo ha de correr sin otro movimiento que no sea
el de mi impulso, mi fuerte impulso
que no ha de ser espiado por nadie.
Ese día, impecable, revestido de una sobriedad que no he usado
nunca,
observaré cuidadosamente los hábitos del hogar. Este mecanismo
borrará toda sospecha de mi ardid.
Mis hermanos dirán: “Se portó como nunca,
 presentía su muerte. Lo amaba, lo amaba mucho,
 deben ser terribles las horas en su corazón”.
La desprendida cabeza de mi padre, diré, no debe ser enterrada,
debo regalarla a cualquier vagabundo para que sus ojos brillen
en las calles. Quizás yo mismo haga un viaje de mar y la deposite,
obsesionado, en el radiante césped de Wembley.
Cumplida mi hazaña,
lloraré contigo en un soleado campo de otoño;
serás mía a través de mi padre.
Un poco antes de emprender mi fuga
cambiaré los trajes de mi padre muerto por ginebra.
En el bar de los húngaros quedarán sus abrigos, sus zapatos
y un flux que pretendió lucir, al cual mi hermana, por burla,

le fue rellenando las mangas con los bagazos de las manzanas.

 Mi padre asesinado
 no podrá espiar mis borracheras,
 no podrá ver
 mi joven cadáver de treinta y ocho años.

 La noche de mi muerte
 nos reuniremos apenas un minuto en el cielo;
 yo pasaré a la inmensidad
 y habrá de comenzar la desdicha.

Huiré a Orión.

 Mi padre redescubre una historia donde pasan las sombras
 de una noche mágica.

 Su frenesí ha de radicar en que me he separado
 de los hombres:

 no más Carlos Noguera,
 nada en las tinieblas tendrá que ver con Luis Cornejo,
 no habrá tampoco flores para mi hermano en Pensilvania.

 Olvidaré las rutas,

 la fragancia de las cervezas en el bar del *Gato*,
 la piel de Sary que aparece dichosamente en mis ojos.

 No añoraré nada. Los campos del sur, pienso,
 fueron el estímulo de esta ebriedad que no tiene nombre.

 Oh, padre,

 no más el agua rosada de su vientre,
 nada de Marina, nada de mi juventud, nada padre
 viajará contigo a la muerte.

 Tu cabeza ha de vivir

 y la recordaremos en el otoño. Yo, ausente, en tus ojos
 miraré la crueldad que proclama el cielo.

 Oh, padre,

 mi juventud no vendrá de nuevo al hogar,
 seremos infelices olvidando aquella música que derrotó
 nuestros corazones.

 La tierra será prudente como tu nombre.

Cristóbal Colón

Cristóbal:

 Los tomadores de cerveza
 y los piratas sarracenos
 que son casi un millón
 y mi hija que nació en mayo
 y el verbo llameando en las naves
 levantan este polvo de sangre.

Bajo este mismo polvo de sangre
besamos tu capa
con el viento de Puerto de palos
y sacudida nuestra infancia
ofrendamos pólvora
en el meridiano de Guanahaní.
Ahora que nos destrozan
y los yelmos no son de Castilla
y los cráneos devienen voraces
existe un cinturón
y nuestra carne bebe la tierra
a la diestra de Dios
creador del cielo y no de América
y la siniestra de Cristóbal
marqués del astrolabio
y virrey de Indias
por gracia de dos monarcas.
Nosotros besamos tu capa
y sabemos que navegar bien
es un bien bello cuento de moros
y cuando me narran
la velocidad del viento en las carabelas
con sus hocicos al oeste
sujetamos la vía de las especias
y tu sangre vuela.

La soñada

A Rosa Hercilia Celis

La que he de amar debe ser triste,
casta y sencilla.
Debe poseerme a mí y no al otro, al que ha sido
desolado.

Ella poblará mi evidencia.
Fecundará ¡oh Dios! el bosque que me ha hecho
tan ausente.

Sólo yo miraré ese fuego,
esa plenitud de monte y soles que airados
lucen mi enfermedad.

Ella no ha de escapar,

vendrá como el alba a matarme.

Noviembre

A Mario Abreu

Vamos a buscar a mi padre,
noviembre.
Tengo el cuerpo lleno de manzanas
y puedo salir con tu nombre de mes
a las colinas,
esperar que salgan los astros
y nos lleven a él,
a su cabeza negra perdida en el fango.
Vamos por las casas,
donde tu claridad noviembre
asusta a las mujeres
a buscar a mi padre en el fondo de la sopa
que hierve.
Entremos al cadáver por los huecos de oro
que abren los conejos
y miremos cómo te posas tú en ellos noviembre
próximo a los ojos de la convulsión animal.
No dejes casa sin rastrear
ni río ni piedra ni arboleda
métete por toda hondonada
por toda piel noviembre
y llévame a los sitios calurosos del muerto.
Deja tu laboriosa claridad de abeja como símbolo
de que en cualquier lugar está mi padre muerto
nutrido de ese amor que pongo a la noche cuando
lo busco.
Déjame fijo y sin herida,
claro
como la mujer que vive en mi cuerpo,
mientras yo preparo el retorno al cielo del cadáver
que busco
y que se agita misterioso en dios como el primer movimiento
que se hizo sobre el mundo,
veloz y fértil como el padre muerto
que busco noviembre contigo.

Del gran país

Con el pecho desnudo como una vaca,
metido entre sus verdes, sus selvas,

Juan Calzadilla

Nace en Altagracia de Orituco en 1931. Hizo estudios en el Instituto Pedagógico Nacional y en la Universidad Central de Venezuela. Obtuvo en 1996 el premio Nacional de Artes Plásticas en su país. Cofundador del grupo literario El techo de la ballena (1961). Obtuvo el Premio Francisco Lazo Martí para poesía que otorgaba el Consejo Nacional de la Cultura (1993). Dirigió entre 1987 y 1990 la prestigiosa revista *Imagen*. Entre sus títulos de poesía cuentan: *Dictado por la jauría* (1962), *Malos modales* (1965), *Ciudadano sin fin* (1969), *Manual de extraños* (1975), *Oh smog* (1977), *Tácticas de vigía* (1982), *Diario para una poesía mínima* (1986), *Principios de urbanidad* (1997), *Corpolario* (1999), *Diario sin sujeto* (1999) y *Aforemas* (2004).

¿Por qué tengo yo que ir más aprisa?

A través de la ventanilla del automóvil
observo los muros, las casas, las calles,
los árboles, los pastos, los cultivos, los baldíos,
que ante mí también pasan raudos
a la misma velocidad que yo paso
pero en dirección contraria,
como si entre la naturaleza y yo se estableciera
una pugna para decidir
quién se despide y quién se queda.
¡Oh, de ningún modo pretendo ni quiero
permanecer fijo!
Mi movilidad es lo que hace que viva.
Es, así pues, mi carta de triunfo.
Pero ¿por qué tengo yo que ir más aprisa
y dar cuenta de los frutos de mi rápida incursión
en esta vida, de las ganancias y pérdidas
que en el trayecto hice?
En realidad yo a donde quiero ir
es hasta donde mi viaje termine
No hasta donde ustedes quieren
que yo rápidamente vaya
haciéndome creer que con esto me ahorran
más dolores y penas
y que la partida y el final son igualmente fatales.
En realidad, como les digo, yo lo que quiero
es que me dejen llegar a donde mi meta se acabe,
tranquilo, sin que sienta pena por no haberme ocupado
de hacer el balance de ganancias pérdidas,
subido a mí mismo, sí,
y apenas tan rápido
como me lo permiten mis cuatro extremidades.

(1999)

Árbol en la llanura

El árbol de ramas secas en la sabana
raya como pluma o lápiz el firmamento.

Y piensa para sus adentros
que es una mano interna

la que, en él mismo, lo mueve
a escribir este bucólico poema

como banda que desplaza
azules y nubes

de página en página del cielo.
¿Pero acaso sabe él

que esa mano que traza
es la misma que tacha?

También en esto el árbol es humano.
Escribe, escribe y borra.

(1999)

Noticias del alud

Tenemos que agradecerles a los publicistas su interés por nuestro país. Se espera que con el apoyo de éstos y de la Comisión Nacional, de la TV, de la sociedad civil, de la cinematografía mundial y de nuestros libretistas y escritores, podamos sacarle a este doloroso suceso el máximo provecho.

Tomado del diario El Nacional, Caracas, 23/02/2000

Una de las cosas que suceden con nuestro modelo de participación ciudadana es que la gente está cada vez más convencida de que mirando los acontecimientos en la pantalla chica se compromete más

que el que no ha visto nada.
Que se piense de este modo es una perversión que
los dueños de los medios alimentan con el propósito
de que la gente se ocupe más de lo que ocurre en la pantalla
que de lo que ocurre en la realidad.

Este compromiso virtual le parece obvio a la persona
que sentada confortablemente piensa que basta
apagar el aparato para ponerse a salvo
de la furia de la inundación.

Los avisos del cielo no siempre se entienden de antemano

Los gritos lucen fuertes en el momento de lanzarse
pero en sí mismos carecen de lógica específica
para diferenciar entre aquello que nos
sobrecoge de alegría y lo que nos paraliza de espanto.

Puedes sentir que te desgañitas de júbilo
y al mismo tiempo dar pie a que la gente crea
que sufres. Y en medio del alud, si alguien para
pedir socorro, lleno de miedo, grita a todo pulmón
quienquiera, ay, viéndole agitar sus brazos
puede llegar a pensar que eleva a Dios
cánticos de bienaventuranza.

Lo mismo pasa cuando alzas el tono de la voz
para avisarles que el muro de contención se ha roto
en el momento preciso en que te das cuenta
de que tu grito de alerta no pudo llegar a tiempo
o tú estabas demasiado lejos
al borde mismo del barranco para poder superar
con tu grito el rugido y la velocidad del torrente.

¿Y de qué sirve que en medio de la inundación
el que pide socorro acuse haber oído tu grito
si sólo volveremos a saber de él cuando
ya ahogado la corriente marina lo traiga de vuelta
sin haber recibido el perdón de Dios?

Y además, el tono
el timbre y la intensidad con que gritas
pocas veces ofrecen matices precisos
para saber distinguir, según la ocasión,
a un estado de ánimo de otro

pues entre la dicha y el horror
el grito no establece distancias.

(2000)

Si se anunciara desde una sala de juego

Lo que vuelve más terrible a la onda de pánico
desatada tras la decisión de llamar a la guerra
cuando se le anuncia al mundo a través de cincuenta
micrófonos, es la carencia
absoluta de humor en quien lo declara.

Si esta decisión fuera tomada menos en serio
o se le anunciara desde una sala de bingo,
con aire desenfadado y menos sentencioso
(y hasta en mangas de camisa), la gente

podría estar mejor dispuesta para entender
que la guerra, además de ser un bonito negocio,
es parte de un gran juego en donde sólo
los que son enviados a combatir en ella
llevan las de perder.

Pero, ¿quién después de oír
el patético anuncio carente de humor,
va a creer que el mundo mejorará porque
se afirme que la guerra es la única manera
de cambiarlo? ¡Dígalo cantando, señor!

Y no es que yo no piense como cualquiera de ustedes:

*Quien quiere que el mundo siga siendo como es,
no quiere que siga siendo...*

(2003)

Levedad de la memoria

Deberíamos atrevernos a narrar con lujo
de detalles todo lo que nos pasa por la mente
en una especie de diario donde nada real sucede.
De este modo le ahorraríamos a la memoria
tener que venir a auxiliarnos con un discurso

torpe y lleno de ambigüedades
después de que los hechos ya han pasado
o no sucedieron.
No importa que nos equivoquemos
o que, exagerando la nota, lo que testimoniemos
resulte ser, como en el caso de los poetas
la obra de un gran embustero.
Después de todo no se escribe
sino sobre lo que uno imagina. Así
lo que nos imaginemos sea lo único
que en nuestras perras vidas
nos ha pasado.

(2000)

Juan Sánchez Peláez

Nace en Altagracia de Orituco en 1922, muere en 2003. Estudió Pedagogía en Santiago de Chile. Ejerció cargos en el Servicio Exterior de Venezuela. Doctor Honoris Causa Universidad de los Andes. Premio Nacional de Literatura Mención Poesía (1975). Publicó además las siguientes obras: *Elena y los elementos* (1951), *Animal de Costumbre* (1959), *Un día sea* (1965), *Filiación Oscura* (1966), *Lo huidizo y lo permanente* (1969), *Rasgos comunes* (1975), *Por cuál causa o nostalgia* (1981), *Poesía 1951-81* (1984) y *Aire sobre el aire* (1989).

El cuerpo suicida

Rosa invisible rasgo puro
Venas subyugantes como lámparas de nieve
Y ni espejo en su lecho fraticida
Iba hacia ti
Desde la negra edad de mis orígenes
Iba hacia ti
Cuando la luna ondea en mis sienes desatadas
Caías de rodillas con un racimo de frutas.

Los perversos ojos del cielo recobren tu llama
La espiga vigilante adentro
En las zonas del silencio donde la luz no llega.

Yo veía un niño agonizando en los jardines
El que arrojaba uvas delirantes a las duras bahías
Y los cuerpos ahogados en la noche
Cuando arden cenizas en la magia de Dios.

Yo he visto alfombras proteger sus rebaños
de ignorancia.

Altars y arcos
Los senos, bases de fuego fascinante
El perfecto hábito del semen
Joya de abismo, taciturno enigma.

Retrato de la bella conocida

En todos los sitios, en todas las playas, estaré esperándote.
Vendrás eternamente altiva
Vendrás, lo sé, sin nostalgia, sin el feroz desencanto de los

años
Vendrás el eclipse, la noche polar
Vendrás, te inclinas sobre mis cenizas, sobre las cenizas del
tiempo perdido.
En todos los sitios, en todas las playas, eres la reina del
universo.

¿Qué seré en el porvenir? Serás rico dice la noche irreal.
Bajo esa órbita de fuego caen las rosas manchadas del placer.
Sé que vendrás aunque no existas.

El porvenir: LOBO HELADO CON SU CORPINO DE
DONCELLA MARÍTIMA
Me empeño en descifrar este enigma de la infancia,
Mis amigos salen del oscuro firmamento
Mis amigos reclusos en una antigua prisión me hablan
Quiero en vano el corcel del mar, el girasol de tu risa
El demonio me visita en esta madriguera, mis amigos son
puros e inermes.

Puedo detenerme como un fantasma, solicitar de mis
antepasados que vengan en mi ayuda. Preguntó: ¿Qué
será de ti?
Trabajaré bajo el látigo del oro.
Ocultaré la imagen de la noche polar.

¿Por qué no llegas, fábula insomne?

Profundidad del amor

Las cartas de amor que escribí en mi infancia eran memorias
de un futuro paraíso perdido. El rumbo incierto de mi
esperanza estaba signado en las colinas musicales de mi
país natal. Lo que yo perseguía era la corza frágil, el lebrezco
efímero, la belleza de la piedra que se convierte en ángel.
Ya no desfallezco ante el mar ahogado de los besos.
Al encuentro de las ciudades:
Por guía los tobillos de una imaginada arquitectura
Por el alimento la furia del hijo pródigo.
Por antepasados, los parques que sueñan en la nieve, los
árboles que incitan a la más grande melancolía, las puertas
de oxígeno que estrema la bruma cálida del sur, la mujer
fatal cuya espalda se inclina dulcemente en las riberas
sombrias.
Yo amo la perla mágica que se esconde en los ojos de los

silenciosos, el puñal amargo de los taciturnos.
Mi corazón se hizo barca de la noche y custodia de los
Oprimidos
Mi frente es la arcilla trágica, el cirio mortal de los caídos,
la campana de las tardes de otoño, el velamen dirigido hacia
el puerto menos venturoso o al más desposeído por las
ráfagas de la tormenta.
Yo me veo cara al sol, frente a las bahías mediterráneas, voz
que fluye de un césped de pájaros.
Mis cartas de amor no eran cartas de amor sino vísceras
de soledad.
Mis cartas de amor fueron secuestradas por los halcones
ultramarinos que atraviesan los espejos de la infancia.
Mis cartas de amor son ofrendas de un paraíso de cortesanas.

¿Qué pasará más tarde, por no decir mañana? murmura el
Viejo decrepito. Quizás la muerte silbe, ante sus ojos encantados
la más bella balada de amor.

Un día sea

Si solamente reposaran tus quejas a la orilla de mi país,
¿Hasta dónde podría llegar yo, hasta dónde
podría?
Humanos, mi sangre es culpable.
Mi sangre no canta como una cabellera de laúd.
Ruedo a un pórtico de niebla estival.
Grito en un mundo sin agua ni sentido.
Un día sea. Un día finalizará este sueño.
Yo me levanto.
Yo te buscaré, claridad simple.
Yo fui prisionero en una celda
de abúlicos mercaderes

Me veo en constante fuga.
Me escapo a mí mismo
Y desciendo a mis oquedales de pavor.
Me despojo de imágenes falsas.
No escucharé.
Al nivel de la noche, mi sangre
es una estrella
que desvía de ruta.

He aquí el llamamiento. He aquí la voz.
Un mundo anterior, un mundo alzado sobre la dicha futura

Flota en la libre voluntad de los navíos.

Leones, no hay leones.
Mujeres, no hay mujeres.

Aquí me perteneces, vértigo anonadante –en mis palmas
arrodilladas.

Un diluvio de fósforo primitivo en las cabinas de la tierra
insomne.
El busto de las orquídeas
iluminado como una antorcha el tacto de la tempestad.

Yo soy lo que no soy: un paso de fervor. Un paso.
Me separan de ti. Nos separan.
Yo me he traicionado, inocencia vertical.
Me busco inútilmente.
¿Quién soy yo?

La mano del sollozo con su insignia de tímida flauta
excavará el yeso desafiante en mis calzadas
sobre las esfinges y los recuerdos.

(Elena y los elementos)

Mi animal de costumbre me observa y me vigila.
Mueve su larga cola. Viene hasta mí
A una hora imprecisa.
Me devora todos los días, a cada segundo.

Cuando voy a la oficina, me pregunta:
¿“Por Qué trabajas
Justamente
Aquí?”

Y yo le respondo, muy bajo, casi al oído:
Por nada, por nada.
Y como soy supersticioso, toco madera
De repente,
Para que desaparezca.

Estoy ilógicamente desamparado:
De las rodillas para arriba,
A lo largo de esta primavera que se inicia
Mi animal de costumbre me roba el sol
Y la claridad fugaz de los transeúntes.

Yo nunca he sido fiel a la luna ni a la lluvia ni a los
guijarros de la playa.

Mi animal de costumbre me toma por las muñecas, me
seca las lágrimas.

A una hora imprecisa
Baja del cielo

A una hora imprecisa
Sorbe el humo de mi pobre sopa.

A una hora imprecisa
En que expío mi sed
Pasa con jarras de vino.

A una hora imprecisa
Me matará, recogerá mis huesos
Y ya mis huesos metidos en un gran saco, hará de mí
Un pequeño barco,
Una diminuta burbuja sobre la playa.

Entonces sí
Seré fiel
del ramaje de fuego.

Por ti, mi ausente,
Oigo el mar a cinco
pasos de mi corazón,
Y la carne es mi corazón
a quien roza mi antaño.
Si entras o sales,
Vuelve al amor la confianza del amor.
Dime
Si quiebro con los años
un arco iris;
Dime
Si la edad madura es fruto vano;
La mujer agita un saco en el aire enrarecido
Baja a la arena y corre en él océano;
Al amanecer,
Por ti,
mi ausente,
La crisálida en forma de rosa
Una rosa de agua pura es la tiniebla.

(Lo huidizo y permanente)

en Un día sea)

Belleza

Interrumpida mi plática, vuelvo a hablar contigo de la partida y el regreso. Todo sucedió a vuelo de pájaro, belleza; a la vez mundo compacto, cerrado y libre. Al abrir los

A la luna
La lluvia el sol
Y los guijarros de la playa.

Entonces,
Persistirá un extraño rumor
En torno al árbol y la víctima;
Persistirá...

Barriendo para siempre
Las rosas,
Las hojas dúctiles
Y el viento.

(Animal de costumbre)

ojos en la llama fría, era un lorito ufano; te busqué de verdad, lamía en la sombra tus huesos, santa perra. Aunque me ausentara de ti, aunque me cubriera el ridículo, aunque estuvieras más allá del resplandor que me envuelve: quizás cercana a la bahía, en pleno mar de verano, en medio de las palmas reales.

Pienso con frecuencia

Pienso con frecuencia en el día que pasa y en los años que me fueron negados. Sin embargo, el jazmín de pie se vino de bruces e invadió la casa. Me regodeé con la mujer encinta, toqué lo que le faltaba. He sentido también con su piel la tierra, y me he visto envejecer desnudo.

(Has dado vueltas al reloj, persona que desvaría. De golpe tuvimos tú y yo toda la claridad. Nos vimos llegar victoriosos e indemnes a rehacer el camino, a referir lo vivido al sueño.)

Leonardo Ruiz Tirado

Nace en Barinas en 1959. Poeta, ensayista, promotor cultural. Licenciado en Letras de la Universidad de Los Andes. Miembro del Grupo Caín de Mérida. Fundador de las revistas *Letras continua* y *Vértice* de Barquisimeto. Mención de Honor en el Premio Municipal de Poesía de Mérida (1985) con el libro *Malas costumbres*. Ha publicado: *Heráclito/Caín* (poesía, 1998), *Libro de muertos* (poesía, 1999), *Extravíos y direcciones* (ensayo, 2000) *Las proezas del Solo* (poesía, 2001).

Historial

El bar junto al muelle desde donde viajar
es como una rosa que empieza
a marchitarse entre los dedos,
arrima la imagen de un trigal lejano.
La amapola atrae la vista, y gira
la imaginación con vueltas de molino
hacia el tiempo recuperado
de la ensoñación de unas cervezas.

Imágenes del viaje aquí en esta casa
que se mueve como barco,
casi una metáfora de la sombra.
Casa y viaje, caverna de otro ensueño
abierto en el cuaderno, garrapateando
bajo el árbol cuanto he escrito al dorso
de un sobre ensalivado en el arroyo:
viaje al fondo de la sangre
diseñando los mapas de una casa.

El extranjero sabe ausente
el gesto de la amante. Busaca entonces
otra sombra que le siga,
la voz de una lengua que le hable,
la mirada de la Otra no menos ausente.
Sabe fugaces las caricias
apagándose las voces, los susurros,
ciegas y huidizas las miradas.

Dios, algún dios, habita estos confines,
crea desde los rincones del mundo.
Si no existiera habría que hurgar más adentro
para hallar el maná en las alacenas vacías.

El vacío está lleno de vacío
en el lugar de Nadie donde medio vivimos.

Si hay un dios, sigamos buscando
por los rincones hasta desaparecer.

Nadie se ausenta ¿de dónde?
de una tierra prohibida, la pequeña
parcela virtual que nos contiene.

No hemos muerto en el tiempo
si hay gusanos.

No hemos fracasado
si hay dolor.

No hemos partido nunca si arribamos
a la tierra de Nadie
¿para qué?

Me devuelvo hacia delante.
La ruta de los ojos no te engaña.
La línea, el horizonte de la mano,
destina tal vez lo no deseado,
pero allá está la oscuridad
como una especie de salida.
Me devuelvo
a soñarte aún a tuestas, terrón de Nadie.

El extranjero sigue aquí, mezclado
con el barro y Nadie allá
nostálgico,
el poeta y su exilio sempiternos,
simultáneos...

Catalejo, minúsculo instrumento
de lo grande. Ningún poema lava sangres.

Pasa esta tarde como un silencio
en la acera, forastero
con la extrañeza de todos en los labios,
sabor amargo, dulce, tan lejano.
Bebe vino nuevo en odres viejos,
cata el agua salobre de otras cráteras.

La voz del extranjero pregunta ya lo mismo
*“Y su respuesta me traspasó la cabeza
como el agua atraviesa un tamiz”*

Esta tierra del extraño, qué es,
este desierto, esta montaña nevada,

esta llanura pelada, estos arrozales,
eriales, baldíos qué son,
tendidos eléctricos, vías férreas,
caminos empedrados cómo son,
estaquella tierra donde todo es lo mismo.

¿Adónde vamos sino en idéntica dirección
o a ninguna parte, al sol,
al azimut, al cenit, al abismo?
¿hacia arriba o hacia abajo?
¿el río del extranjero viene; va?
¿remonta acaso el mar los riachuelos del monte
donde no nací?

(Por poco tiempo sigue el gato
al que huye, enemigo del laberinto
que no aguanta un cerrarse de once puertas
en despedida, que no oye
la guitarra del final en la taberna
como hilo del olvido. El gato
que no arranca las páginas
lanzadas a canales y torrenteras
en pos de lo no escrito —inolvidable—
como un salto mortal)

Difícil es elegir el lugar imposible,
por más que esté en el tiempo florido
el polvo disperso de la esfera;
difícil elegir el momento de llegar
a donde Nadie sabe.
Y sin embargo, estas palabras...

*Foráneo, forastero,
fuereño con un diario de hojas secas,
abatido por dudas, por olvidos
garrapateados en la penumbra,
extraño renovado en un hotel
del extrarradio, con una panorámica
de humo negro, de camiones grotescos,
retraído ante vaharadas de angustia
y cerveza,
enroscando medusas, spaghetti,
maniatando el deseo, esa bestia...*

¿Adónde va, de dónde viene el polizonte?
Al perdón y al olvido de la furia del pasado
en que las oscuras aguas ansiaba,

de los que ninguna ha de salvarse
ni en estancias del silencio
ni debajo del cielo más apartado.
¿Adónde va furtivo el impostor
sino a la tierra prometida –ese espejo
de otra identidad allende el tiempo?

Los lugares le son desconocidos.
Los sitios de llegada no le esperan.
La novia no le aguarda allá en el puerto.
Los ojos del malecón no le ven.
¿Adónde entonces va, de dónde viene?

La carretera

En el idioma de la carretera sólo puede irse
como de la respuesta a la interrogante.

¿Cómo creer que todo el viento ha pasado?

El camino cruza la ciudad sin darse cuenta.
“—Te amo, te amo”, gritó el orate.
Y vuelta a la cinta rodeada de verdor.

El viento sigue, el recorrido se detiene,
pero un poco de viento queda dentro del carro.

Mujer con un vestido corto, negro, transparente.
Pero la niña niega.

En este pajonal se construirá un edificio:
poema y carretera como un vagabundo
a un anarquista desnudo en la iglesia...

Las rayas del macadán, pero
ni centro ni principio ni final,
nada que no sea
curva, elipsis, sierpe, ubicuidad
de multitud de solitarios destinos;
detrás de aquel bosquecillo, de aquel cambural,
habitan los espantos de una infancia
nómada, clandestina, renaciente
en no menos variadas angustias...

¿Cómo decir que todo se ancla
o que algo del remoto pasado está vivo aquí
en el guardafango de la mente?
Seguimos tú y yo como las sombras,
unidos en el viento,
el paso intermitente, demorado, de
los otros automóviles,
sus focos que, inservibles
“--¿Puedes parar siquiera un momento?”
preguntan, como la niña ciega.

Los andenes, las cunetas, los paradores
u oasis, los puentes reanudan, interrumpen
los cristales, los limpiaparabrisas...

Y con los años, sepultando gasolineras fantasmas
en las líneas de la selva, en el sitio exacto,
otra carretera hacia el mismo final
o principio que percibo en la brisa...
“--¡Eh” –lo grito, pero el olor es suave y penetrante
“--¿Dónde estamos?” –Despiertas en el asiento de atrás
una sola vez para siempre en esta vida.

a William Osuna

(De Fragmentos de un libro del poeta perdido, 2004)

Ludovico Silva

Nació en Caracas en 1937. Filósofo, poeta, ensayista, humanista. Cursó estudios de Filosofía en la Universidad Central de Venezuela, España y Alemania. Luego ingresa como profesor de *Filosofía, Humanismo y Literatura* en la UCV. Fue Director de la Revista *Papeles* del Ateneo de Caracas durante la década de los años 70, así como de la Revista *Lamigal* durante los años 80. Mantuvo un programa radial sobre libros en la Radio Nacional de Venezuela con el nombre de *La palabra libre*. Colaboró en numerosas publicaciones culturales de Venezuela y del exterior. En México y en España fueron publicadas algunas de sus obras como *El estilo literario de Marx* por el Fondo de Cultura Económica de México. De su obra poética, se pueden resaltar los títulos: *Tenebra* (1964), *In vino veritas* (1977), *Piedras y campanas* (1979), *Cuaderno de la noche* (1978), y *La soledad de Orfeo* (1980). De su obra filosófica, que es vasta, se puede señalar *La plusvalía ideológica* (1970), *Teoría y práctica de la ideología* (1971), *El estilo literario de Marx* (1971), *Anti-Manual para Marxistas, marxólogos y marxianos* (1975), *Belleza y revolución* (1979), *La alineación como sistema* (1983), *Ensayos temporales* (1983); *Filosofía de la ociosidad* (1987) y *Clavimandora* (1992). Murió en Caracas en 1988. En el año 2005, la Asamblea Nacional de Venezuela honró al escritor Ludovico Silva en una sesión especial que tuvo como Orador de Orden al escritor Gabriel Jiménez Emán.

In vino veritas

1

Mi estirpe es la de los lobos.
Aúllo por doquier, lanzo mordiscos al universo,
me muerdo a veces a mí mismo
creyendo que soy otro,
pero luego descanso en mis propios brazos.
Descanso, descanso.
Para luego renacer más lobo que nunca:
mascando, escarbando, gruñendo,
mascando mis heridas,
escarbando mis huesos,
gruñendo hasta lo indecible.
Ah, qué succulento es este brazo
Mío, propio de mí!
Sabe a mi historia, y cuando sangra
sabe a mi prehistoria.
Mi dedo gordo no está mal,
salvo sus uñas extremadamente largas
que, por lo demás, son un buen condimento.
En cuanto a mis piernas
la verdad es que me apetecen,

pero no puedo llegar muy bien a ellas;
se necesitaría, amor mío, tener cuello de araña
para poder llegar con mis dientes a mis piernas.
Empero, yo llegaré; ese es mi propósito más firme.
Tú entretanto, podrías barrerme el alma,
limpiarme el cuerpo lleno de deseos
y destápame, por favor, esa botella.

2

Destápala, anda, chica,
no me dejes a solas con mis muertos!
Sólo los muertos vienen,
todos nosotros vamos
y entonces tú, mi amor, vienes y vas,
te alargas por la casa como un fantasma,
gritas y no se te oye,
o te oye alguien dentro de mí, con mis oídos
pero no con mis ojos.
Estoy ciego.
Y callado.
Háblame tú o pon la radio,
ponte tú y sírve me un trago, no muy liviano,
que dé duro, que atragante,
que me asesine,
pues, amor, ¿lo sabías?
todo asesinato es en defensa propia.
De modo que no te asustes,
sólo estoy defendiéndome
de un pueblo de águilas que se levanta en mí
diariamente, cada vez que voy a la vida,
y me conduce hacia la muerte,
pero sírve me ese trago, chica!
Una botella no es más que una botella;
pero de ella no se puede decir
que al fondo es otra cosa;
al fondo de ella está ella misma, es perfecta.
Y hay que tener cuello de araña
para llegar al fondo.
Para llegar al fondo de uno mismo!

3

Por si no lo sabías, estoy triste
Tristísimo.
Siento que he llegado a mi término. Ya no doy más.
Alguna vez tenía que suceder.

Ahora bien, eso no impide que me sirvas un trago,
al fin y al cabo ya estoy listo,
me están esperando para ajusticiarme,
y no es por cierto muy agradable estar encerrado
esperando a que lo ajusticien a uno,
pues ahora se dice que la justicia
consiste en el fusilamiento.
Me van a fusilar, amor mío, y tú tan tranquila!
Desperézate, sal de esa cama,
levanta tu bellissimo animal, sal de ti misma,
muévete, échate por la borda,
salta los muros de mi cárcel
y ven a hacerme compañía.
Te necesito, te deseo y te muero.
Aunque voy a morir, todavía soy lobo,
puedo morder;
aunque esté triste, puedo morder con alegría.
No me dejes lamiendo tu recuerdo, como un perro
sin nombre y sin memoria!
Déjame que te suicide, déjame, amor mío,
y, por favor, sírveme un trago.
Allá está la botella, no lo olvides.
No, allá, allá, junto a mi padre.

4

Ya vienen. Suenan sus pasos fríos.
Vienen haciendo sonar las rejas con sus llaves inmensas.
No los conozco. No me conocen. Pero me van a matar.
Casi amo esos pasos espectrales!
Pues, ¿para qué odiar a los asesinos?
¿Para qué odiarlos? ¿No es más absurdo
amar a los que nos aman?
“Lo mataron por loco. Triste historia”.
Pero yo sé que los que aman por amor
aman por odio,
y los que aman por odio
matan por amor.
Tú no puedes saber eso, te hace falta el mundo,
este mundo que yo he vivido,
el pantano, amor mío, el pantano
la cárcel de uno mismo,
las cuatro paredes de la conciencia.
*Tristis est
anima mea
usque ad mortem!*

Ya vienen. Los siento. Son callados y densos.
Tienen pasos sepulcrales. Se parecen a la muerte.
Vienen, no van. Ellos me conocen.
Yo no los conozco. Soy un número.
Asesinos.

5

Demasiada conciencia
para un ser tan pequeño!
Yo no fui hecho para mi cabeza,
la lucidez me lleva hacia otros mundos.
Soy un extraño.

Y oye, mi amor, sírvenme de una vez ese trago,
déjame extrañarme de modo alegre, caramba,
¿o es que tú no sabías
que podemos enloquecer sonriendo?
El sabio sólo ríe temblando.
¿No lo sabías? Pues bien, aprende
que los golpes más duros son los que no nos damos,
que la espada sin filo corta más duramente,
que una bala sin punta nos destroza,
que el dolor de vivir no se cura,
que aquesta soledad era la muestra,
que ni tú, que ni yo, que ni nosotros!

Arrastro la soledad como un trapo
o es ella un trapo que me arrastra a mí!
No lo sé. Sólo conozco a mis verdugos.
Ellos saben mi nombre. Tú también.
Pero tú no lo olvidarás, y ellos, en cambio,
se irán a dormir después de asesinarme.
Así, pues, tú eres la asesinada! Ja, ja!!!

6

Ríome desmadejado, peludo y loco,
y ay, me duele este cuerpo, y lo recuerdo,
lo recuerdo muy bien. Era peludo,
desmadejado y loco.
A mí no se me olvida un hombre así.
Además, me visitaba frecuentemente,
me acompañaba largas horas,
pero después se iba. Quién sabe a donde!

Nunca pude averiguar a dónde se iba.
Se desprendía de mí como algo mío,
me dolía su enajenación;
era como si yo, colgando de mi conciencia,
me desprendiese un día de mí mismo.
Y sin embargo, no era así, era otro ser,
otro ente cartilaginoso
de éstos que se divierten
tocando el trasero de las muchachas.
Pero bueno, mi amor, ¿qué es de ese trago?
¿Deberé descender a las ollas infernales
para buscarlo? No es necesario
que recurras a Mercurio, ni a Alcibíades,
ni a los coperos divinos! Es preciso
que me traigas un trago, simplemente.
Lo demás es muerte.
Cuidado, además, que me voy, o se me va!
No sé dónde lo tengo escondido,
pero sé que en alguna parte está muriendo.
Eso, eso, ya sabes qué. No me preguntes.
Y ahora, adiós; me voy al mar.

7

*Todos enamorados de la vida y del mar
querida, ahora vamos a cantar:*

Si yo tuviera tantos silencios como muertes,
mis golpes a los golpes serían aún más fuertes.

Si yo tuviera al otro que no nació conmigo,
tendría, al final de los siglos, un amigo.

Pero no tengo a nadie. Tener a nadie es algo.
Entré solo a la vida. No hay nadie cuando salgo.

Debo a mis enemigos la fuerza que tenía
y a la soledad debo su dulce compañía.

Adiós, adiós, ya he muerto. Te observo desde un mundo
donde los seres tienen un sabor más profundo.

El sabor de la vida! Recuérdame, y olvida
las cosas que me hicieron perderme de la vida.

Las piedras

Tengo
una piedra sonando en el olvido,
un corazón de cuarzo
que palpita en la noche
y tiene la estructura de un ángel congelado.

Un desierto de piedras
es como el universo de los enajenados
soledades duras que duermen
como litografías nocturnas,
rostros de tungsteno,
ojos de litio intenso,
cabellos de carbón horrorizado.

Un pueblo de pedruscos
yace al fondo de mí
como un cementerio de alabastro.

Las piedras duermen, están,
y me miran con ojos cristalinos.

Luis Alberto Angulo

Nace en Barinitas en 1950. Fundador del otrora grupo Talión de Valencia. En la actualidad está vinculado a la redacción de la revista *Poesía* y a la Oficina del Cronista de la Universidad de Carabobo. Libros suyos han obtenido primeros premios en la Bienal de Poesía “Francisco Lazo Martí” (2003), Concurso de poesía Universidad “Rómulo Gallegos” (1999), Concurso Internacional “Revista Poesía” (1994); y accésit en el Concurso Literario “Universidad de Carabobo” (1974). Ha publicado: *La sombra de una mano* (2005), *Fusión poética* (2000), *Antípodas* (1994), *Una niebla que no borra* (1984), *Antología de la casa sola* (1982). Es coautor de *Viento barinés* (1978) y antólogo de *Rostro y poesía, poetas de la Universidad de Carabobo* (1996).

zapping

(él es el mensaje)

ciento cincuenta canales
de televisión y nada que ver
absolutamente nada
la misma mujer el mismo
hombre los mismos
repitiendo infinitamente
el absoluto sin sentido
de sus vidas en pantalla
chica sus vidas chicas
en pantalla donde
únicamente es noticia
verdadera la apariencia
el control electrónico
saltando de la nada
a la sometida existencia
que muele sobre ti

uno el otro

(a lydda franco farías)

uno debería hacerse cada día más simple
hacer el gallo en la mañana y sanamente
defecar como una vaca
uno que tiene tantos afanes debería reflexionar

tenazmente sobre sus excretas y vil humores
encerrados conviviendo en la carne magra
del tiempo/ en los gusanos sin virtualidad
del caos y la entropía
uno que se cree uno y apenas sabe del cero
y el infinito/ debería ciertamente hacerse
elemental y simple como una piedra/ como
las piedras del seco cauce de un río uno
debería extinguir el símil la imagen inclusive
y desabollarse el ego la corbata los lentes y
hasta el alma
uno que se cree una gran vaina
debería descubrir ante todo la semilla absoluta
de la vida brotando en la soledad del universo

¿de qué se acusa al poeta?

(a raúl rivero)

¿se acusa al poeta de buscar estrellas en el firmamento y en los ojos de la gente? ¿de quedarse callado en medio de la algarabía y de alzar su voz cuando vacilantes todos callan? ¿de nadar contra la corriente y de resistir hasta el último instante? ¿o de fluir como el agua y no quebrarse? ¿se le acusa de trivializar el dolor ajeno? ¿de aplaudir la acción del fuerte cuando aplasta al débil y de engrosar las listas de los profetas del odio y la necedad ilustrada? ¿de ser comparsa, bufón y *palangrista* de la infamia? ¿de escribir malos versos y robar imágenes se acusa acaso al poeta? ¿de guardar bajo la almohada un inútil *atrapa sueños* porque nunca en su vida tuvo un solo anhelo? ¿se le acusa de negarse a ser víctima propiciatoria o victimario? ¿se le querella por mal amante y peor amigo? ¿por abstemio, aburrido y ateo de la vida? ¿de estar pagado de sí sin pensar en otros y de vivir para otros sin pensar por sí mismo? ¿se le incrimina por indiferente e indefinido o por lo contrario? ¿es diferente y claro sin zaherir la sombra y la luz que a todo envuelve?

¿el poeta es enemigo de la humanidad viviente o incesante la expresa con sus actos? ¿ha sido agiotista, *terrófago*, vendedor de drogas en las escuelas, traficantes de blancas y negras intenciones? ¿es inversionista en operaciones financieras innominadas que enriquecen sus bolsillos y enloquecen a la tierra? ¿ha extirpado con su pie lleno de rabia una flor, la más pequeña? ¿mantiene ruiseñores, turpiales y jilgueros en metálicas celdas, o se eleva con ellos, en cada uno de sus trinos? ¿es insípido escritor sin música ni fuego y aborrece el talento de sus colegas más cercanos? ¿en las fechas consagradas, se da públicamente furiosos golpes de pecho, pero jamás con nadie ha tenido el menor gesto solidario? ¿le castigan inferiores o le condenan sus iguales? ¿de

qué se acusa al poeta cuando el poeta acusa? ¿de ser él, o por el contrario, de no serlo? ¿de aceptar un papel que le es insoportable, o, simplemente, de no querer tener papel alguno como títere de nadie? ¿se le incrimina por no decrecer a lo vulgar o de ascender al pueblo mismo en la palabra? ¿de ser estéril y trillado o de creador inagotable? ¿se le acusa por cobarde o por valiente? ¿de sensato o insensato? ¿de tonto útil, o de inútil, llanamente? ¿es diestro o siniestro *escribidor* de libelos infamantes? ¿indulgente o represor, o camina impasible sobre el filo de una cuerda floja? ¿se le tacha de inoportuno y divergente? ¿es o no, el hombre nuevo? en estos días sin cuartel en los que la poesía imputa y avergüenza por todas partes: ¿de qué se acusa al poeta?

Balance

desde el 46 aniversario
de mi nacimiento
y como quien observa la ciudad
desde un rascacielos
contemplo mi vida
dos hijos
tres libros
y un árbol sembrado
en la campaña nacional
de reforestación en 1957
hace 10 años quedé huérfano de madre
y mi padre ha muerto ahora
nacimientos y defunciones colman
nuestro tránsito en la tierra
mi balance es simple
no poseemos otro bien
ni otra dicha que el amor
eso es todo

Taller al aire libre

(a JMVP, quien celebró siempre este texto)

a la hora en que los conserjes
lavan los portales de sus edificios
y a gritos discuten en portugués
como si nunca hubiesen salido
de su isla

Luis Alberto Crespo

Nace en Carora en 1941. Licenciado en Comunicación Social y Abogado (UCV). Realizó estudios de especialización en la Escuela de Altos Estudios de París. Fue director del Papel Literario de El Nacional, donde publicó memorables crónicas, y de la revista *Imagen*. Premio CONAC de Periodismo Cultural (1994). Presidente de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello. Ha logrado muy apreciables versiones castellanas de poetas como René Char. Buena parte de su obra ha sido publicada por Monte Ávila Editores Latinoamericana entre las que se destacan: *Costumbre de sequía* (1976), *Resolana* (1980), *Entreabierto* (1984).

Gente mala

El puente los deja pasar: bigotudos, paleadores de burros.
De noche, por planta, tiraron a un viejo en los peñones del río,
En el paso del ganado.
El barrial del Cardonalito y los caños
Lo echaban en las casas de comercio.
Vendían ropa buena, aguardiente de otras partes, pistolas.
Eran de donde sale el diablo. En jebe tuerto
Lo tenían de compadre.
Detrás de ellos estaban unos cardones negros, unos rollos,
Como lona, de polvo.
Pasaron por unas tierras arrugadas. No miraban a nadie.
A quién, con tantos montes pelones, tanto camino de culebra encima
Como venían.
Olían a cagajón, amonga de yabo.
Algunos llegaban de otros lados, de partes verdes,
Porque traían bojotes de paja.
En los botiquines de terrones le gritaban a una mujer
que se les había ido, que los dejó.
Pero siempre era verano, esa mortecina de salón de chivo y silva oscura.

V

Mírate bien en el espejo:
cumple quince años y las casas
completas, en fila.
En un grupo,
de mañana, no distingues al seño
que se compromete contigo
en el cultores. Tienes las manos
cruzadas y te saludan

halando tu nombre en lo último.
Una mancha de lluvia
le quita la cara en la foto;
te había dicho
que bordaras su nombre
e San Francisco, cuando te arrastre,
él no vendrá más
y se te taparán los ojos,
caminarás veinte años a la Iglesia
y de venida
serás de tierra
como hoy.

Delicias

Dime que me fui como te dije
para que no me vieran por dentro

Dime que fue así,
ahora que no puedo oírte desde bien distante
Que no se supo nada por el mal tiempo,
los truenos

Lo que decía yéndome

Dile eso, que ya no vivo aquí,
que me mudé unas casas más abajo.

Vecinos

Es de tanto polvo,
tanta tierra suelta que me llamas

Se pierden cosas, se desmigajan
cosas nuestras, de antes

Tanto polvo, tanta tierra suelta
me llamas
donde seré un levantado,
un echado para atrás en distancia

¿Qué pájaro es ése aquel?

¿De qué vuelo?

¿Cuál de los dos es el otro que huye?

¿El del hueco en la página?

¿El de la bala en la sien?

Si hablo

¿sigo en la loma?

Si escribo

¿ando igual por la serranía?

¿SE irá el zorro

si despierto?

Si no digo nada

Si estoy quieto

¿Cuál será mi tumba?

¿Cómo distinguirla

de las otras casas?

Luis Camilo Guevara

Nace en el Delta del Orinoco en 1933. Se desempeñó como presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela. Premio de Poesía “Alarico Gómez” de la Asamblea Legislativa del estado Bolívar (1969) con *Vestigios rurales*. Premio de Poesía “José Rafael Pocaterra”, Valencia (1972), con *Las cartas del verano*. Actualmente escribe para los diferentes diarios y revistas del país. Ha publicado: *Festejos y Sacrificios* (obra premiada con el título de *Vestigios rurales*, 1971), *Las cartas del verano* (1973), *Murales de la tarde* (1973), *Travesol* (1986), *Inocente de los bestiarios* (1999).

Custodio o sonámbulo

A Mario Abreu

Apenas ya sé de los amigos
En cada cabaña ligan noveles y francos habitantes
tutean rastros de sombras montan en cólera
reconocen cada rumbo parejo con la piedad
mas he dicho Todo mago deviene en una partida a solas

Por eso fue el tanteo y la faena de los lúcidos
cayeron las torres como quien dice EL RETORNO
cayó esa alfombra que vuela
y por reciente adversidad del alba
no he de confesar arriba los mortales o el pavor

Comienza esta ronda al revés
Los sitiados aparejan cadáveres o lunas remotas
aspas coches filtros de amor
juegan a todo por derechos adquiridos
mutilan cuanto fue creado en nombre del sosiego
parten para no regresar
y de pie son los mismos huesos sobre todo evento

Como no he abandonado aquella imagen de madera
dejo las premoniciones y los oficios de la tierra
a resguardo de un toque de desgracia

Vuerto sal agua y orines en la esponja del bien
mas doy en cambio esa fatiga que me importa poco

El sol

*Parajes donde bebí todo lo amado
Empiezo a rememorar
Como si hubiese sucedido el fin*

Mi casa apertrechada de sucesos
Un pájaro insistente
De tarde en tarde más propicio

El Río cuya magnitud
Deviene
A pesar del largo olvido

Ese color de sol
Untado a mi cuerpo para siempre
Estos huesos afincados a su errante dispersión
Por lugares nunca desertados

Heme lavando
Estas hondas afrentas del tiempo

Heme dócil
Esquivando rituales agoreros
Como para no ausentarme
Definitivamente
De la tierra
Oh Sol
Nos hemos tocado un poco
Y nada nos permite cambiar
Los únicos modales que tenemos

Soy
El Sobreviviente El Único

A salvo
Mientras dura este brillo

Visita

Solo me inicio en la consumición
siempre la misma desenvoltura y el fracaso
conozco los depósitos y los altos hornos
vacíos donde el rey
muerto por su cólera
fustiga recovecos de la memoria

Detento el poder que somete a infortunios
me cubro con un largo eclipse de familia
y hablo del vasallaje
legado a esta timidez rayana en gestos increíbles

Finjo en mi mente lo concreto
doy vueltas en un circo abandonado
salto sobre el trapecio de la muerte
y recorro en un instante la pista del atleta

Libro batallas contra el cerco
que me tienden predicadores a sueldo
apelo al último retiro
digno a mi prudencia escojo mares
de un país reciente donde colmar la sed

En esos abundantes climas nadie se extingue
los vinos corren parejos con la hospitalidad
en esas mansiones mi asombro resulta severo
por ese caballo
montado con distinción rural
en esos montes suelo alzar mi copa y embriagarme
Después he maldecido
mis perros me abandonan
trasnocho asediado por las pérdidas
aguardo
otra vez me veréis distribuyendo las pertenencias

El adivino

Esta brisa enmohece cubre
las espaldas del más antiguo señala
hacia no sé qué dirección
Convine en tomar desquite
abro mis ventanas

asidas al infinito por un aroma cruel

Me someto a las lluvias no pregunto por nada
ni por nadie

Sobre algún tejado comenzará la guerra
muy pocos sabrán de mí
los nombres de antes vendrán cayendo despacio
en la orfandad
temo que este esplendor no desaparezca
en otras fechas próximas
sueño con guerreras y molinos de viento

Astuta como un perro fiel mi madre me irrita
y la amo desde entonces
arrastro pesados fardos de infancia
y los arrojo sobre el desperdicio
cambio de ruta
sin hacer mucho alarde
ganado por el desenfado
me tumbo sobre la arena

Bebo agua del cielo
y canto terriblemente solo desprestigiado por los ángeles

Fracasa en redondo mi locura

El fresco es tímido

la hoja tiembla

¿Bajo qué luna vendrán los hechiceros?

¿Dónde estamos ahora sin suerte posible?

Acto libre

Búscame ahora y escruta a lo lejos
Estoy fulminado por la discordia
Todos los bienes
Me fueron arrebatados sin consideraciones

He quedado sin ánimo
La piel me suda y navego simplemente a remolque

Viro más a la izquierda y doy contra el fondo
Apenas me reconozco entre tantos agraviados

Pero todavía resulto pródigo
El amante que soy ofrece noches brillantes
El amigo presume de ciertas fidelidades
Y por asalto gana ventaja
El desafiante que ronda por los acantilados grita
Bajo un destino implacable

A nadie asombro
La multitud prevarica en el teléfono
Los restos de mi pesado atavío
Guardián estoico de antes
Rechina en los suelos natales y en las viejas aguas
Donde bañé mi cuerpo

No andan encantadas
bellas mujeres que me dieron albergue

*Mi pobre corazón Huérfano de padre
Parece resignado
Me atan verdugos invisibles*

Decido saludar
Y frecuento mis sitios amados
El viento del Sur me reconoce y somos dos mendigos distintos

El prestidigitador

Me convierto en un personaje múltiple
Busco el cubo de cristal y desde adentro
Reconozco cada lugar y piedra del presente
El país vuela en un trampolín loco
Esgrime contra mí su desconcierto como si fuera demasiado
Elegante para caer
Con estrépito Su peso flotante
Sigue el curso de la cometa más desasistida
Intenta confundirme y fracasa bajo un sol pálido

Conjuro mis poderes
Someto el porvenir a la bola cuyos designios son inapelables

De esa forma la carta de juego adquiere brillante lucidez
Entreno con atletas dedicadas al fuego

Y hacedores de maleficios
Con ellos me insinúo en la partida que comienza

De antemano sé que resultará vano todo intento para envilecerme

Me ofrecen seguridades a plazo
Bajo un continuo asalto de calumnias
Sirvo para que los menos puros me elijan
Como tiro al blanco
Y ejecuten ciertas proezas al estilo de los ases

Sirvo para que se me señale como estigma
Puesto que llevo la marca de siempre

Mi elección fue echada al viento de tal manera
que resulto adverso para otros compromisos

Tomado como rehén por la discordia
Mi caminata sobre el vacío no destruye
El color del heliotropo en pleno descenso

Apenas ahora
Me convierto en mago y doy el último amor

Luis Enrique Belmonte

Nace en Caracas en 1972. Médico cirujano (UCV). Postgrado en Barcelona, España. Integrante de los Talleres de Poesía del CELARG. Premio “Fernando Paz Castillo” del CELARG Mención Poesía (1996) con su obra *Cuerpo bajo la lámpara*. Premio Adonais de Poesía de Ediciones Rialp (España, 1998). Es autor de los libros de poemas *Cuando me da por caracol* (1997), *Cuerpo bajo la lámpara* (1998) e *Inútil registro* (1999).

La casa saqueada

Nos han robado los cubiertos
y el mantel roto que cosió la abuela
y la maceta agrietada,
también nos robaron
los discos viejos, rayados de Gardel y Nat King Cole,
los ruidos ínfimos, la gotera en la madrugada,
se llevaron
las flores de plástico, el payasito de madera sin brazos,
hurtaron las penas de sus rincones, removieron una
mancha viejísima
con forma de mariposa negra en el techo,
sin consideración eliminaron
el jarrón reconstruido al cual le faltaba un pedacito,
la oruga momificada por el tiempo
la trasladaron a un museo de curiosidades, la rosa seca
entre las páginas de un diario, la rosa de mi hermana enamorada,
se la robaron también los ladrones sin nombre.
No perdonaron al cofrecito en cuyo interior
aguardaba el reflejo de luna
de una noche del setenta y dos,
ajusticiaron sin piedad, profanaron la tumba del canario.
hicieron del regio bastón del abuelo una palanca de
cambios,
acallaron la música de los cristales,
pensaron que todo había que arrasarlo, que todo era inútil
escombro.
Llegaron puntuales a poner punto final
al sonido de la casa deshabilitada.

La pregunta implacable, dura de roer

Alguien nos pregunta, con lógica aplastante,
desvergonzada,
en una callejuela de la noche, qué vamos a hacer
el resto de nuestra vidas,
en qué lugar echaremos las cenizas, en vez de raíces,
y cuantos ceniceros, o papeles arrugados;
en su lógica aplastante se pierde esa voz que nos escruta,
que nos agarra desprevenidos con la mano al cuello,
en el espejo de un baño público, nos lanza un guiño,
una mirada cómplice, cuando en el parque
los ancianos hablan con las palomas a través del maíz,
qué vas a hacer
el resto de tu vida, en el pozo sin fondo de la almohada
y el tictac de un recuerdo nimio, un detalle apenas:
la manera en que te miró aquel perro apaleado,
en el suelo
mientras todos reían con el polvo levantado de los
secuaces,
qué vas hacer el resto de tu vida, pregunta aquella
muchacha
que abandonamos para siempre en la mesita de un café,
las manos juntas, los ojos húmedos, la falda de flores.
Todos estos crímenes, y la horca con su tribunal sin
veredicto,
susurrando con el viento que se infiltra por las paredes,
y de cualquier forma siempre aparece la casa abandonada,
el animal traicionado, una tortuga quizás, o el canario
que se nos muere de neumonía, desarropado
en la noche más fría, mas cruenta. Con el perdón por el
inventario,
lo que se cruce no es un catálogo
más o menos anecdótico de lo que hicimos
o dejamos de hacer , sino más bien el invisible acento
de lo que nos acecha con sigilo,
la voz que pregunta
por nuestra maqueta, por el trazo y sus proyecciones,
después de haber perdido las manos
en un naufragio de días que se alejan boquiabiertos;
la voz densa, involuntariamente persecutoria del vecino
que grita porque se ha muerto su perro,
qué vas hacer el resto de tu vida.
Volteas de pronto
y lo que encuentras es el humito
de un tránsito fugaz hacia la esfera de aquello
que nos acecha,

oleoso en el decir, pero transparente en la huida
y siempre con la pregunta implacable, dura de roer.

Oración del carnicero

Señor, lame nuestro cuchillos,
ensaliva las costillas y las vértebras.
Que estos tejos en la res
sean ranuras para llegar hasta ti.
Que la jifa no atraiga a la hienas,
y que los ganchos no hieran a los aprendices.
Diluye con tu lluvia toda la sangre que avanza,
lenta, espesa, por debajo de las puertas.
No dejes que los pellejos sean vendidos a los traficantes,
ni dejes que nadie alce los fémures
de los que se has sacrificado.
Míranos a través de los ojos desorbitados de los bueyes.
Que la luz exangüe de nuestra única bombilla
ilumine tu escondrijo, entre venas, nervios
y tendones, Seños, deja que nos enseñemos esmeradamente
hasta llegar al succulento blanco de tus huesos,
y que se sienta tu presencia
en las manchas de los delantales o debajo de las uñas.
Bendice lo que queda, este banquete para perros,
moscas y zamuros, Señor, bendice lo más puro.
Y refrigera en tu silencio
toda la carne que amamos.

Carta del insomne

Quien roba el agua de los vasos quietos
y recoge los botones en las zanjas
Quien apaga las lámparas de los suicidas
cuando la noche marca con tiza roja a las lechuzas
Quien le clava las espuelas al caballo pardo
para que relinche al alba, dejándonos con un solo ojo,
una palabra, un solo pañuelo disecado
Quien recorta los obituarios, los afiches y los almanaques
para hacer un collage de muertos que se desperezan
Quien quiebra una rama

cuando el insomne al fin cabecea
Quien roba las flores del cementerio
Quien le susurra en el oído al carnicero
que su mujer amaneció en la alcoba del notario
Quien se ríe de estas esquirlas, de este lápiz roto,
de este inútil reclamo.

Un paso en falso

Van llegando los inquilinos,
con sus panes mordidos bajo el brazo.

Alguien me llama desde la azotea.
Subo por una escalera que cruje como el pan tostado.
Una luz débil se escurre por debajo de las puertas:
hay crímenes anónimos que se urden con paciencia,
al compás de una máquina de coser.

Mi novia, en la azotea, agita sus encajes.
Mi novia me invita a pasear por las cornisas.

A esta hora asumo todas las traiciones, todas las páginas
en vano picoteadas, todos los riesgos del equilibrista.

Un paso en falso hará de mí
el escalofrío que sacude a los durmientes.
Un paso en falso hará de mí un procesión de ánimas
que deberán-sin que nadie se de cuenta-
El agua de los vasos olvidados
sobre las mesitas de noche.

María Auxiliadora Álvarez

Nace en Caracas en 1956. Durante sus años de formación residió en Brasil y Colombia. Egresó de la Escuela de Artes Plásticas “Cristóbal Rojas”. Fue Tallerista del CELARG (1981). Con su primer poemario publicado, *Cuerpo* (1985), obtuvo la Mención de Honor Miguel Otero Silva. Además obtuvo el Premio Fundarte de Poesía (1990) con *Cuerpo / Ca (z) a*. Publicó también *Inmóvil* (1996). Se dedica al diseño gráfico.

hubiera podido reunirlo

el dinero doctora
vaca amarga castrada que me arremete
para tener mejor asistencia
su ojo más detenido
si el embarazo durara varios años
a medida que me hubiera ido inflamando
cada arcada
 cada pelo que cayese
cada estría
lo hubiera ido guardando
recordando
 su baba
bata blanca sanguinaria
porque yo trabajo mucho
vaca baba bata blanca corrosiva que me agrede
lo hubiera ido reuniendo
 desde niña
de haber tenido alguna pequeña inflamación
 que lo indicara
a medida que usted fuera estudiando
yo lo estuviera contando

abajo
al centro de mis cuclillas
donde ahora usted lo busca
su baba blanca castrada
no se le hubiera ensuciado
con mis fragmentos acuosos
hijo carnicero órgano semental
hubiera podido reunirlo
el dinero doctora
porque yo trabajo mucho
bata amarga vaca blanca

duele la boca

la lengua
conductos sanguíneos
saturados duelen
ingles muslos columna cadera la boca
estar contigo
duele
se inflama
se le caen los dientes
las uñas
se llena una de agua
convulsiona
se contrae
se desgarras
lo expulsa
azul
mucoso
adherido se lleva el hígado de una
el páncreas
la caja torácica
el calcio
el oxígeno
una ama
se queda quieta
con descuadre de quijada
para siempre
vigilante ojo brotado
insomne para siempre
la boca
la lengua
las células nerviosas
la sutura cierra todo lo abierto
une pierna con pierna
largo a largo dedo
con
dedo
brazo
con tronco
una se queda quieta
quieta

es injusto

que duermas
mientras nosotros
táctiles buscamos

la ropa
el pezón oscuro mojado el hueco
es injusto
que en el cuerpo
no contengas alimentos
que no tengas
várices en las piernas
ramas negras
que te vayas
y nosotras nos quedemos
que te calles que te ocultes que te mueras
por las noches
muerto seco eres injusto
sin boca que te muerda
sin árbol que te suba

es injusto
testículo de noche
cuando hay hijo
se retrae
no sabe de omoplatos
que cuelgan
omoplatos

ropa
basura
suelo que se rastrea
lagartos que nos acechan
lagartos que nos protegen

es injusto
que te vayas
sereno seco completo

y nosotras nos quedemos

y nosotras nos quedemos

(De *Cuerpo*)

mamá se fue
tarda muchos años debajo de su puerta
saliendo agua roja

papá la maldice

antes de irse mamá ya no hablaba

no abría los ojos
después cerró la puerta de su cuarto
y no quiso volver

detrás de la puerta nos llama a veces
y nos grita un cuento de una casa de dulce que se come
y llora largamente
y se rié
y se oyen cosas que se quiebran
y mamá habla por ratos ronco como un hombre
y como una noche lejos
y da golpes
y la oímos raspase

en las paredes

y sale un río de mamá por debajo de la puerta
un río rojizo y triste que no se mueve

Cuando haya muerto

uno va
y le abre la mandíbula
y le mete la boca dentro de la boca
y le dice
Habla
Dime mi mujer
Cuando esté acostado
uno va y se le monta en horqueta
sobre las últimas piernas
y le dice
Entra
Hazme mi mujer

Entonces uno le grita mi amor adentro

Entonces uno se agacha delante de él
le muerde la última mano
y la desea la muerte

el pájaro rojo de mi aire

se fue
candela en la cabeza
saltos

se quiso ir

ahora
cuando pienso quiero de él Que vuelva

sin poder ver
ni oír ni agua
sin granos en las orillas
le digo Pájaro de mí

¿Y si me nacieran ojos de nuevo?
¿Y pocitos de agua en los hundidos
de agua clarita?
¿Y si me salieran frutas Otra vez
de todos colores Candela
De todos colores?
¿Y yo tuviera el calor
que no tiene el frío mi rojo
Y yo tuviera música en la cabeza
Y yo amaneciera?

Las Yeguas

duermen paradas
aman paradas
Las Yeguas
como esquinas de piedra
cuando es tarde
no pueden
doblarse
Sólo sus ojos

Ca (z) a.

María Claras Salas

Nace en Caracas en 1947. Licenciada y magíster en filosofía por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Doctorado en Literatura (UCV, 2000). Profesora de su especialidad en la Universidad Nacional Abierta (UNA), el Colegio Universitario de Caracas y diversos liceos. Fue tallerista del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG). Obras publicadas: *Dibujos de la sombra* (1977), *Linos* (1989), *Un tiempo más bajo los árboles* (1992) y *Cantábrico* (2002).

Bodas

quién que te viera un día
salir entre tan buenos númenes
a tus bodas
que éste iba a ser tu fin

como una avalancha
cayeron sobre ti
las paredes de tu casa
a tus pies yacen rotos
los vidrios de sus ventanas

un aire frío entra
por todas partes
corres peligro de herirte
ci no abandonas
con prontitud
el lugar
de tanta desolación

Puente

los insectos se pegan
en los faroles del puente

innumerables seres pasan por él

de noche
los ojos de los hombres
están cubiertos por la bruma

muchos saltan al río

sus tranquilas aguas
son una atracción permanente

Un tiempo más bajo los árboles

no hay estación en el río
sólo movimiento
en él disperso
la sorpresas de estar
un tiempo más bajo los árboles

simple tregua
mientras todo se borra

después
otros encontrarán el río

olerán las flores
conocerán también
el esplendor del mundo
me gustan las iglesias
las penumbras
el color de los vitrales
por donde pasa
una luz
justa
en sus atrios
el alma cansada pide

que los ojos del que
ama
puedan alguna vez
alcanzarla

*

las hojas cubren por completo

la entrada de la casa

los árboles del patio
tienen telas de araña
por las paredes
trepan los insectos
en el interior de los cuartos
nos esperan

parece un lugar en ruinas
esta casa

algunos preguntan
si está en venta
otros
quiénes serán sus habitantes

(Un tiempo más bajo de los árboles)

(Almacén)

Miguel James

Nace en Puerto España, Trinidad, en 1953. Reside en Venezuela desde los 6 años. Licenciado en Letras (UCV). Mención en el Premio de Poesía “Rafael Bolívar Coronado” de la Bienal de Literatura Casa de la Cultura de Maracay (1994). Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Mi novia itala come flores* (1988), *Albanela, Tutti-fruti, Blanca y las otras* (1990), *La casa caramelo de la bruja* (1993), *Nena, quiero ser tu hombre, y otras confesiones* (1996), *Tiziana amor mío* (1999), *A las diosas del mar* (1999), *Para ella es mi canción* (2000), *Oda a Naomi* (2001), *Kentales* (2003).

Trini

Yo nací en una isla donde negras danzarinas bailan al beat del Pan
Purificado con fuego antes del alumbramiento bajo la más alta palmera descansa mi cordón
umbilical

El día de mi venida mis padres me esperaban
Ma me esperaba
Jefes de vecinos reinos esperaban mi llegada
Con tela de paracaídas elaboraron mi traje de bautizo
Rito anglicano Biblia versión el rey James
Yo nací en Charlotte Street no lejos del antiguo mercado
Yo nací en una tierra de yorubas de ashantis de gentes del Congo

Laysa se llamó mi aya
Myra mi tía favorita
Historias de Anancy colmaron mis tardes y de tanto pedir que me contaran lo de Tposy
Topsy he quedado para los míos

Yo nací en Port of Spain
Hijo de Lillian
Primogénito de Michael
Nieto de Edna
Bisnieto de Du
A otras islas se extiende mi parentela
Al jardín africano donde el primer hombre a la primera mujer amó
Más yo nací en una isla de muchachas cuyos abuelos se bañaron en el Ganges
País de templos hindúes y altivos musulmanes
Tierra perfumada por inciensos de Oriente donde el roti alimenta

Mi Shamana Ana

Mi shamana Ana y mi ánima blanca
Salen de paseo con mi yo hecho pedazos
Con mi yo Rastafari ante las fuentes de luz

Con mi yo hombre que no menstrúa
Con mi yo Mamá no me abandones
Con mi yo Padre déjame en paz
Con mi yo iré a otro país
Mi shamana Ana y mi ánima blanca
Rien y juegan con mi yo bardo sin musa
Con mi yo fémina ahíta de átomos del aire
Con mi yo raptado por una doncella en Mérida
Con mi yo antillano crecido en otras tierras
Con mi yo caído en disímiles lugares
Ellas andan agarradas de la mano con mi yo apenado y desnudo
Con mi yo un momento amables ladronas
Con mi yo fantasías de destrucción total
Con mi yo papable y santísimo
Con mi yo esto no es ninguna tragedia
Con mi yo cabalgemos ya dulces señoras el tigre apasionado de los sueños.

Este no es día de suicidarse

Igor
me hubiera gustado caminar contigo este día
compartir un sol que más que quemar ilumina
pero tú no quisiste estar conmigo
tú no quisiste estar con nadie
Yo me he despedido de Johnny
mañana iremos a verte
Vive que te amamos
Sabes
he tomado el taxi de vuelta a casa
he bebido jugos en el camino
y he subido las escaleras del edificio inmundo
pensando que de verdad somos tan poca cosa en esta tierra
y hay días amargos como el veneno que tomaste
y tenemos hijos a quienes sólo dimos nombres raros
y ninguna mujer espera por nosotros
y es verdad que andamos sin un centavo en los bolsillos
y ya ni el ron ni la ganja calman nuestros desencantos
Mas vive Igor
Si vieras este sol comprenderías lo que digo
Este no es día de suicidarse
Qué ganas las tuyas de jodernos el jueves santo
Johnny y yo en vez de llorar hemos reído
y vimos flores azules y flores blancas
y pensamos que era día de ir a la playa
no de dormirse, como Alfonsina, en el fondo del mar.

Girasol

Tiene 33 años
Divorciado
1 hijo
Y aunque te gustan
El sol amarillo
Las noches estrelladas
No posees cuarto
Con ventanas
Abiertas
Como el holandés
Desorejado
Sin embargo
Hay pétalos de margarita
Sobre la mesa
Donde escribes
Y has querido
Conducir
Un ejército
De apaleados
Hacia la luz
Que no es tal
Entrevista
En tus delirios
Que llevan
Al siquiátrico
He aquí
La crónica
De tus hechos
Tú
Que abandonaste
La provincia.

Miguel Márquez

Nace en Caracas en 1955. Licenciado en Filosofía (UCV). Realizó estudios de postgrado en la Universidad de Columbia (Nueva York). Tallerista de poesía en el CELARG y en “Hojas de Calicanto”. Co-fundador del grupo Tráfico. Dirigió la Fundación Kuai-Mare. Presidente de la Fundación Editorial El Perro y La Rana, Ministerio de la Cultura, Venezuela. Recibió el Premio “Fernando Paz Castillo” (1982) Mención Poesía con su obra *Cosas por decir*. Ha publicado *Cosas por decir* (1982); *Soneto al aire libre* (1986); *Poemas de Berna* (1991); *La casa, el paso* (1991); *A salvo en la penumbra* (1999); *Linaje de ofrenda* (2001).

MACUTO

a Gisela Barrios

El mar de pronto nace a nuestro lado

con imprevisibles barcos
con ruegos que vienen de fervorosas costas
y las nubes los llevan

El mar que a cada rato reza
por el destino de remotos faros que en noches tempestuosas
se mantienen erguidos día tras día

El mar adentro agitando olas cargadas de hinchadas ilusiones
para que los náufragos pongan a prueba la dignidad
de mantenerse a flote

El mar que hace de las persistentes preguntas
seres queridos entre infinitas algas

El mar que resucita a la piedad
entre los peces plateados a los que un milagro anima

El mar que le da a la inquietud un norte
donde perderse y explayar la conjunción copulativa

El mar que aproxima sin agotar la forma que tiene
una palmera de celebrar su presencia sobre la tierra

El mar que dilata las pupilas de pequeños seres atascados

en tontas tribulaciones

El mar que vuelve enteramente nueva la tela amplísima
del encanto y de la transparencia

El mar que no hace cuentas y regala sendos collares
que lucen espléndidos en los senos desnudos de los atardeceres

El mar que le da lecho a la desdicha
y frutas para el desayuno

El mar de una intuición que casi habla
y resbala apenas la tocamos con brusquedad sin límites

El mar de los limones y el día blanco
el mar de los poemas sin comienzo ni fin
el mar de siempre de continuo reinventándose
para que el sueño prevalezca

mar de los sargazos

para Antoinette Cosway

El Caribe es peligroso como los escorpiones,
como el arco iris gramatical del desamparo.
Los blancos están despiertos esta noche.

Una casa de tablas vacía junto al mar.
Escupo en los espejos azules de los alacranes
y pienso en las burlas,
en el rosario esparcido de las moscas.

Esta mañana el mar despertó envenenado
y prolijo sobre las inscripciones del abandono,
en la sal feroz de la rumia, la que inunda
la voluntad con hongos, pulpos, preguntas.
El mar es un esclavo quejumbroso.

Pregunto por las canciones, por la acabada
sombra de los plátanos bajo el techo del mundo,
por la vieja alegría enamorada que hoy rueda
quemada por el sol salvaje.

Soy negro y odio las plantaciones.
Amo la limpia caída del asombro

pero las quemaduras avergüenzan.

Un rincón para dormir, ventilador de aspas,
una radio. Tal vez bastaría un cuarto
para dar por terminada la vigilia,
el sobresalto de las voces, allá afuera.

Razones y chillidos y vísceras oceánicas
que desvarían, llenas de grasa y hediondez,
en las naves que naufragan.
La noche odia Las Antillas. Pronto
es pedir demasiado. Pero cuándo
los barcos dejarán de andar con los ojos
pegados en las paredes, en el techo,
en las escamas que hablan lento y en voz baja.

La maldad tiene los ojos grandes, y las uñas
de los pies son largas como agujas.
La mar está pálida y sin gente.
Escucho los nombres de los naufragos,
las navajas que le dieron muerte implacable
al mediodía. La locura anda con un paño en la cabeza
y se ríe como una autista por la calles
empolvadas de luciérnagas.

El agua finge, simula cautelosamente ser algo
adherido a los cristales. El agua que opaca, ofusca
y perpetúa el fuego. Las lenguas donde hierven
las almejas y se revientan caras ilusiones invertebradas.
Rezo en un hospital de la costa:
caliente, sudoroso, mezquino.
Rezo y pregunto por los huecos en el sueño.
Por qué todo es tan oscuro bajo las estrellas.

Las palabras son terribles.

Pierden sentido, luz, y el precipicio de la abundancia.
Está desconchado el pueblo,
los perros no volverán ni el alma que sonaba
en la dulzura del aire.

El mar está enfermo de excoriaciones. Jamaica
es alérgica como Martinica, y en sus ojos
las serpientes se enroscan como los castigos.
Es un lugar extraño este mar, donde pocos
hablan de la fiebre de la fatiga,
de las cuevas podridas de las flores.

Este mar pertenece al disimulo,
al paludismo y al ron blanco.
Lleno mi vaso y bebo en inglés
el dulce ron de los abismos.
Canto detrás de la piel fresca
de los cangrejos, intento
escaramuzas consoladoras:
privilegios de pobre.

El mar amaneció indiferente
y sin respeto por la risa;
el mar de sangre en el tintero,
más blanco que el asco.

Una oleada me marea junto al sueño.
Una ancha irritación en los ojos.
Una vigilia hostil, desconcertante.

Ya no puedo dormir.
Las manos heladas
no son buena señal.
Me apoyo en la pared
y pienso.
Pienso en no comer
y en las islas.

Antes me bastaba
el agua fresca
para despertar.
Pero ahora pienso,
ahora pienso y me rindo.
Y no quiero saber más de estas
aguas coloradas, negras,
donde nadie espera por mí.

mar rojo

la roja piedra disuelta en el mar
entre las olas densas
de un recomienzo cargado de algas,
sueños que alteran los nervios
con el sobresalto, la fiebre.

del relámpago el agua plateada deslumbra,
enceguece, casi la revelación
la rojiza incertidumbre, árboles
desmembrados que sangran, zapatos
prótesis dentales que sonrían
entre cangrejos amedrentados
mancos.

el mar suena, no los caracoles
es agua truncada
turbia bajo el trueno
es el tumor, el tufo
los bultos al garete en un tumulto
de luto.

el mar suena sin pájaros
sin gente
la soledad
trae recuerdos de antiguas batallas
galeones hundidos
cañones donde los peces hacen casa
entre fantasmas de barcos negreros
miembros
brazos, gritos dispersos.

algo se avecina sordo
entre las olas
palpitando secretamente
en las células marcadas
entregadas a la proliferación
por el sistema circulatorio
de la arena.

algo rojo como el lamento
de káspar háuser
la pérdida alegría
de lo verde
-ya no quiere
ser cantor
el pequeño elis
murió la droste-
las nubes cargan
las nubes oscuras se hinchan
como jaulas a reventar.

un tronco desencajado en la playa
exhausto

poco a poco se deshace
desprenden sus partes en silencio
las heridas
las perdidas hojas donde
posaban las aves la esperanza
de tierra firme.

el mar ronco se escucha esta mañana
un mar entumecido como inmóvil
al acecho de la señal justa
precisa como un cuchillo al cordón
de las arterias
un momento antes
de abrir la piel los desagües.

está detenido el mar
las olas rompen quién sabe qué
sobre la arena
pero no es agua lo que viene
en este líquido represado
contenido
en el aliento
frío
de la muerte.

Miyo Vestrini

Nace en Ninne (Francia) en 1938, muere en Caracas en 1991. Perteneció a los grupos Apocalipsis y 40 grados a la sombra. Periodista cultural de amplísima trayectoria, fue agregada de prensa en la embajada de Venezuela en Roma, jefe de prensa de la Cancillería, dirigió las páginas de arte del diario *El Nacional* y la revista *CriticArte* realizó el programa radiofónico “Al pie de la letra”. Obras publicadas: *Las historias de Giovanna* (1971), *El invierno próximo* (1975), *Pocas virtudes* (1986), *Todos los poemas* (1994), *Órdenes al corazón* (cuento, 1996).

El cuello

hermoso y largo

doblado hacia las piernas

piensa

las palabras los balbuceos el niño el mercado la oficina
el atardecer los manotazos la cama el café el servicio
el arroz la literatura el mercado el automóvil el ginecólogo
las pinzas el éter los parientes el dinero los recibos
el periódico la muerte la revolución el campo la cia
los candidatos los ratones el i ching las pantuflas el
rubor la crema de día la crema de noche el lavado el trago
la espiral la muerte el mercado la vecina los golpes
el teléfono las facturas la casa
y grita.

(El invierno próximo)

Los paredones de primavera

No enseñaré a mi hijo a trabajar la tierra

ni a oler la espiga

ni a cantar himnos.

Sabrás que no hay arroyos cristalinos

ni agua clara que beber.

Su mundo será de aguaceros infernales

y planicies oscuras.

De gritos y gemidos.

de sequedad en los ojos y la garganta.

de martirizados cuerpos que ya no podrán verlo ni oírlo.

Sabr  que no es bueno oír las voces de quienes exaltan el color
[del cielo.

Lo llevará a Hiroshima. A Seveso. A Dachau.
Su piel caer  pedazo a pedazo frente al horror
y escuchar  con pena el pájaro que canta,
la risa de los soldados
los escuadrones de la muerte
los paredones en primavera

Zanahoria rallada

El primer suicidio es  nico.
Siempre te preguntan si fue un accidente
o un firme propósito de morir
Te pasan un tubo por la nariz,
con fuerza,
para que duela
y aprendas a no perturbar al prójimo.
Cuando comienzas a explicar que
La-muerte-en-realidad-te-parecía-la-única-salida
o que lo haces
para-joder-a-tu-marido-y-a-tu-familia,
ya te han dado la espalda
y est n mirando el tubo transparente
por el que desfila tu última cena.
Apuestan si son fideos o arroz chino.
El médico de guardia se muestra intransigente:
es zanahoria rallada.
Asco, dice la enfermera bembona.
Me despacharon furiosos,
porque ninguno ganó la apuesta.
El suero baj  aprisa
y en diez minutos,
ya estaba de vuelta a casa.
No hubo espacio donde llorar,
ni tiempo para sentir frío y temor.

La gente no se ocupa de la muerte por exceso de amor.
Cosas de niños,
dicen,
como si los niños se suicidaran a diario.
Busqué a Hammett en la página precisa:

nunca diré una palabra sobre tu vida
en ningún libro,
si puedo evitarlo.

El dolor

Doblé con cuidado sus camisas
y vacié la gaveta de la mesa de noche.
Dada la magnitud de mi dolor,
leí a Marguerite Duras,
hostil y dulzona ella,
tejiendo un chal para su amado.
Al quinto día
abrí las cortinas.
La luz cayó sobre el cubrecamas manchado de grasa,
el piso lleno de desechos,
el marco de la puerta descascarado.
Tanto dolor,
por cosas tan feas
Miré una vez más su cara de ratón
y tiré todo por el bajante de la basura.
La vecina,
alarmada por semejante volumen de basura,
me preguntó si me sentía bien.
Duele, le dije.
En mi buzón colocaron un anónimo:
el que tenga un amor
que lo cuide
que lo cuide
y que no ensucie el bajante de basura de la comunidad.

(Valiente ciudadano)

Rafael Arraíz Lucca

Nace en Caracas en 1959. Abogado (UCAB). Participó en el Taller Calicanto. Fundador del grupo Guaire. Fue subdirector de la revista *Imagen* y de la Galería de Arte Nacional, presidente de Monte Ávila Editores y director general del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC). Obras publicadas: *Balizaje* (1983), *Terrenos* (1985), *Almacén* (1988), *El avión y la nube* (ensayo, 1990), *Litoral* (1991), *Venezuela en cuatro asaltos* (ensayo, 1992), *Antología* (1992), *Pesadumbre en Bridgetown* (1992), *El abandono y la vigilia* (1992), *Sellos en el pasaporte* (ensayo, 1994), *Batallas* (1995).

Eugenia

Además de tener dispuesto para el momento de tu aparición
el viejo moisés que usó la abuela,
el dibujo de un perrito en la pared,
una despensa de ungüento
para hacerte las cosas menos ásperas
y esarpines de muchos colores
para que vayas reconociendo la pluralidad,
se me ocurre que, si hubieses podido,
me habrías exigido un pequeño manual,
algunas instrucciones que indicasen
las precauciones necesarias.
Por lo pronto, es apropiado
que vayas sola e irresponsable
por el imperio de tu mundo;
con el tiempo irás sabiendo
que la impunidad no existe,
que sólo hablan los hechos,
que, si te creíste segura,
estabas totalmente equivocada.

Para cuando aquellos que te trajeron
estén ansiosos de conocer tus habilidades
para cuando termines por comprender
que los muchos aviones que pasan, pasan
si no te calificas para subir sus escaleras,
para cuando sepas que el asunto eres tú
frente a la molición de las cosas
estarás –con toda razón– aterrada;
entonces, podrán presentarse muchas rutas:
que optes por una certeza universal
y enfrentes el mundo con la verticalidad de los imbéciles,
que te hagas de una coherencia unívoca
hasta terminar indemne,

pero sin entender los acontecimientos que se dan
por los cuatros puntos cardinales
o, también, que no quieras saber nada de nada
y te dé por coleccionar arañas, manchas en el techo
e inveteradas rutinas que te mantengan absorta,
aunque para nada así parezca.
Tantas avenidas puedes tomar.

Yo, pocas cosas puedo decirte
salvo que la alegría ayuda como pocas
a seguir en la cubierta del barco, respirando;
que si alguna de las virtudes es indispensable,
la tolerancia es la primera:
ella te regalará la lucidez
y algo que todos dicen buscar sin descanso:
la paciente y esquiva justicia,
siempre hábil para escaparse
como los peces babosos de los ríos.

Guadalupe te dirá
de las infinitas bondades que prodiga las observación;
ella podrá abrirte las ventanas de la sensualidad:
no dejes de entregarte a las pasiones que despierta,
no te niegues al tacto y al olor
que los cuerpos y las cosas despiden
para que nazcan los diálogos;
así, tus inclinaciones hallarán
los interlocutores propicios,
y cualesquiera que ellos sean,
dispone al intercambio, porque allí,
en el sitio de recibir y entregar,
están las claves pasionales del mundo.
Ya que el regreso al sitio de donde saliste es imposible,
hazte algunas casas parecidas:
la casa larga del afecto
es una vieja certeza en esta tierra;
la casa donde se apuesta porque las cosas no sean así,
sino algo parecido a tu primera inocencia,
es incómoda y hermosa como las grandes montañas.

Si crees encontrar en mis palabras alguna claridad,
no te engañes; hablo desde la confusión.
En esta eventualidad
probablemente viva un secreto:
la vieja clave de ni dejarse llevar
por el juicio final;
deja a los mediocres el íntimo acierto

de creerse dueños de la veracidad
y busca la trastienda,
ama la duda y, más que a ella,
ama a quienes la ejercen con nobleza;
no creas en las respuestas primeras
si no vienen del rayo de la intuición
de quienes comparten tu precariedad,
afínca tus pasos en las calles largas
y, cuando te venza la fatiga,
convérsales a tus compañeros de ruta, para encontrar
el eco de tu cansancio y la fuerza,
la terquedad de la ternura.

Arráncale el sentido al lugar común:
estamos solos en el mundo
porque, más allá de escucharlo mil veces,
es tan cierto como la fragilidad de estas letras
y tan preciso como que la capital del paraíso
es la fiesta de tus primeros años.

Almacén

Abrigué durante años la esperanza
de hacer un poema que fuera un fresco
de todas las cosas que me afectan;
pensé admitir algunos hechos
que me hicieron extrañamente feliz,
quise hacer un texto largo
donde la enumeración estuviera sustentada
por cuatro o cinco observaciones inteligentes,
una estructura de secuencias,
como si mis ojos fueran una cámara
reparando un galpón, deteniéndose, formando
un discurso que resaltara un trasto viejo,
como el par de zapatos de *tap* de mi tía bailarina
y una lavadora que motivó un poema anterior.
Vi los versos como cuando entro a una casa
y gozo con los cuadros y los muebles
porque ellos definen a sus dueños;
vi los versos hablando de mí
como hablan los objetos,
supuse la aparición de las cosas en el almacén
como fueron llegando a mi vida,
desde siempre o adquiridas por mi suerte.

Tantos años estuve gestando este poema

que tus cosas ya no existen:
han desaparecido de mi memoria
por el infinito beneficio del olvido.

Rafael Cadenas

Nace en Barquisimeto en 1930. Licenciado en Letras (UCV), ejerció la docencia en dicha Escuela desde 1963. Fue miembro del grupo Tabla Redonda. Forma parte de la generación del 60. Ensayista, traductor (Pensamientos de D.H. Lawrence, 1977 Diario de Nijinsky, 1985). Premio Nacional de Literatura, Mención Poesía (1985). Premio Internacional de Poesía “J. A. Pérez Bonalde” (1992) con *Gestiones*. Doctorado Honoris Causa de la ULA (2001). Ha publicado: *Cantos iniciales* (1946), *Una isla* (1958), *Los cuadernos del destierro* (1960), *Falsas maniobras* (1966), *Notaciones* (1973), *Memorial* (1977), *Antología 1958-93* (1996), entre otros.

Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor.

Pero mi raza era de distinto linaje. Escrito está y lo saben –o lo suponen– quienes se ocupan en leer signos no expresamente manifestados que su austeridad tenía carácter proverbial. Era dable advertirla, hurgando un poco la historia de los derrumbes humanos, en los portones de sus casas, en sus trajes, en sus vocablos. De ella me viene el gusto por las alcobas sombrías, las puertas a medio cerrar, los muebles primorosamente labrados, los sótanos guarnecidos, las cuevas fatigantes, los naipes donde el rostro de un rey como en exilio se fastidia.

Mis antepasados no habían danzado jamás a la luz de la luna, eran incapaces de leer las señales de las aves en el cielo como oscuros mandamientos de exterminio, desconocían el valor de los eximios fastos terrenales, eran inermes ante las maldiciones e ineptos para comprender las magnas ceremonias que las crónicas de mi pueblo registran con minucia, en rudo pero vigoroso estilo.

¡A! yo descendía de bárbaros que habían robado de naciones adyacentes cierto pulimento de modos, pero mi suerte estaba decidida por sacerdotes semisalvajes que pronosticaban, ataviados de túnicas bermejas, desde unas rocas asombradas por gigantes palmeras.

Pero ellos –mis antepasados– si estaban aherrojados por rigideces inmemoriales en punto a espíritu eran elásticos, raudos y seguros de cuerpo.

Yo no heredé sus virtudes.

Soy desmañado, camino lentamente y balanceándome por los hombros y adelantado, no torpe, mas sí con moroso movimiento un pie, después otro; la silenciosa locura me guarda de la molicie manteniéndome alerta como el soldado fiel a quien encomiendan la custodia de su destacamento, y como un matiz, sobrevivo en la indecisión.

Sin embargo, creía estar signado para altas empresas que con el tiempo me derribarían.

El monstruo

El hombre sin piel se levanta tarde, evita los comunes tropiezos, rehuye toda relación.

Cualquier rozamiento, que en nosotros no pasa de producir cierta sensación de pérdida, a él se le puede transformar en un desarreglo prolongado. No es un hombre de una pieza sino una máquina al desnudo con todos sus engranajes, mecanismos, trucos descubiertos.

Como las sensaciones no le llegan atemperadas sino de lleno se puede decir concisamente que vive a boca de jarro.

Sin métodos, sin rodeos, sin etapas, tal como vienen las recibe.

Lo que él entrega también se produce así, sin más intermediario que el aire.

Ni siquiera el lenguaje mitigador, que desarma, que embota, que oculta, quitando poder a las cosas, le sirve para nada porque vive en significados.

No usa amortiguadores: habita en ondas drásticas que a nosotros nos parecerían devastadoras.

Sin embargo, este hombre incompleto puede servir y ha servido de medida probable para calibrar cualquier normalidad, someterla a juicio y decidir si es suficientemente cruel, como para admitirla, aunque los fallos pecan de exigentes.

Sin él darse cuenta suele enredarse, sufre malentendidos hasta jocosos, es víctima de equívocos en situaciones corrientes.

Este hombre complica, complica.

Si se le entrega un pequeño laberinto, un laberinto de juguete con pocas vueltas, con un número razonable de trampas, con sorpresas a las que sea fácil adelantarse, en pocos días lo convierte en un enrevesado órgano de tortura.

Nadie se explica cómo pudo vivir, crecer y desarrollarse, pero que existe es un hecho cumplido.

¡Si hasta crea problemas!

(Uno de ellos es el de revelar los horrores del sitio donde vive, mostrando las marcas que le deja). En suma, se mantiene, hace lo que todo el mundo aunque parezca un milagro y hasta hay ocasiones en que luce más resistente, menos ambiguo, más recto que nosotros los hombres rematados.

Acostumbra lamentarse, pero se ignora el momento en que le da por ahí. Así como tampoco se conoce el día en que siente más el tormento.

Él sabe que este hábito maligno vuelve más penosa su deficiencia.

Los hombres completos no advierten a la primera mirada su déficit. Muchas veces les lleva días descubrirlo, pero una especie de irresolución del desollado los pone en la pista. De pronto notan que es desusadamente sensible. Comienzan a llamarlo poeta, aunque está lejos de eso, pues es sólo un hombre desabrigado. La confusión podría continuar, pero como él no hace ninguna demostración, gritan: "Fraude. Ni siquiera habla". Un día se le pesca, es descubierto, queda desenmascarado. No es tal artista, anuncian, simplemente le falta algo. Tomamos por arte una simple falla biológica. Es impostor, se impone un desagravio a los verdaderos creadores". Entonces lo arrojan a un pozo, al pozo en que siempre ha estado, donde es de esperar que pueda, ya que no criar piel, educar una costra que haga sus veces.

Se puede decir que así como carece de piel tampoco tiene moral, o que ésta es sumamente laxa, sustituible, vacante. La reemplaza con una especie de vaguedad que le sirve malamente de soporte.

Es que no puede permitirse, no puede darse el lujo de tener moral.

Si su filosofía es frágil, su memoria es fuerte. En sus pliegues complicados los hechos se estancan. A este hombre no le está permitido olvidar.

Períodos hay en que toma su falla por signo de distinción. Cuando alguien no se la advierte él se apresura a señalarla con alguna frase primitiva.

No deja pasara mucho tiempo sin aludir a esta marca de nacimiento.

Si se le reprocha su falta de agresividad, el casi hombre no encuentra una explicación satisfactoria. La ira, la ira compacta es en él fatalmente un asunto interno.

Sin embargo, tiene compensaciones. El malestar de la infranqueable separación, la molestia de mantenerse "en forma", los inconvenientes que proceden de tener un nombre, las ambiciones jerárquicas, la defensa del orden, son problemas que le tienen sin cuidado.

Por exceso de cautela y de perplejidad, sin saberlo o adrede, es un ser desalmado que oscila entre cálculos falaces e imprevisiones esmeradas. Su falta de veracidad es un escollo que no puede vencer.

Vivir textualmente, conforme al curso de las cosas, está fuera de su alcance.

Le gusta hacerse el duro. Como en su caso el sufrimiento no es una mala costumbre sino una rutina, ya no le llama mucho la atención, y es poco dado a hablar de eso.

Este hombre inconcluso se desenvuelve con cierta soltura. Resulta difícil reconocerlo a simple vista.

Es conmovedoramente común.

Le falta la piel, la piel adiestrada, la piel enseñada en los duros textos, lo que le da una cualidad ilímite, pero lo hace fácilmente expugnable.

Aunque tiene acceso a lugares donde sólo se llega desgarnecido, es fácil presa de todas las invasiones, está hecho para recibir de frente la inseguridad, y tiende a lacerarse más de lo que acepta la poesía.

Derrota

Yo que no he tenido nunca un oficio
que ante todo competidor me he sentido débil
que perdí los mejores títulos para la vida
que apenas llego a un sitio ya quiero irme (creyendo que
 mudarme es una solución)
que he sido negado anticipadamente y escarnecido por
 los más aptos
que me arrimo a las paredes para no caer el todo
que soy objeto de risa para mí mismo
que creí que mi padre era eterno
que he sido humillado por profesores de literatura
que un día pregunté en qué podía ayudar y la respuesta
 fue una risotada
que no podré nunca formar un hogar, ni ser brillante, ni
 triunfar en la vida
que he sido abandonado por muchas personas porque casi
 no hablo
que tengo vergüenza por actos que no he cometido
que poco me ha faltado para echar a correr por la calle
que he perdido un centro que nunca tuve
que me he vuelto el hazmereír de mucha gente por vivir
 en el limbo
que no encontraré nunca quién me soporte
que fui preterido en aras de personas más miserables que
 yo
que seguiré toda la vida así y que el año entrante seré
 muchas veces más burlado en mi ridícula ambición
que estoy cansado de recibir consejos de otros más
 aletargados que yo (“Ud. es muy quedado, avíspese,
 despierte”)
que nunca podré viajar a la India
que he recibido favores sin dar nada en cambio
que ando por la ciudad de un lado a otro como una pluma
que me dejo llevar por los otros
que no tengo personalidad ni quiero tenerla

que todo el día tapo mi rebelión
que no me ido de las guerrillas
que no he hecho nada por mi pueblo
que no soy de las FALN y me desespero por todas estas
 cosas y por otras cuya enumeración sería
 interminable
que no puedo salir de mi prisión
que he sido dado de baja en todas partes por inútil
que en realidad no he podido casarme ni ir a París ni
 tener un día sereno
que me niego a reconocer los hechos
que siempre babeo sobre mi historia
que soy imbécil y más que imbécil de nacimiento
que perdí el hilo del discurso que se ejecutaba en mí y
 no he podido encontrarlo
que no lloro cuando siento deseos de hacerlo
que llego tarde a todo
que he sido arruinado por tantas marchas y contramarchas
que ansío la inmovilidad perfecta y la prisa impecable
que no soy lo que soy ni lo que no soy
que a pesar de todo tengo un orgullo satánico aunque a
 ciertas horas haya sido humilde hasta igualarme a las
 piedras
que he vivido quince años en el mismo círculo
que me creí predestinado para algo fuera de lo común y
 nada he logrado
que nunca usaré corbata
que no encuentro mi cuerpo que no he percibido por relámpagos mi falsedad y
 no he podido derribarme, barrer todo y crear de mi indolencia,
 mi flotación, mi extravío una frescura nueva,
 y obstinadamente me suicido al alcance de la
 mano
me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir
 burlándome de los otros y de mí hasta el día del
 juicio final

*(Los cuadernos del
destierro. Falsas maniobras.
Derrota)*

Llegamos o no llegamos?
Olores, olores de tierra escondida, pintura fresca,
étano.

Un impulso más.
Up, up!

Boguemos.
¿Dónde está la botella, la botella con el mensaje?
Ahí, ahí va.
Atracar ahora, amarrar ahora.
En cualquier punto (pero que sea un punto).
Una orilla inventada.
Una gran oreja.

Fracaso

Cuanto he tomado por victoria es sólo humo.

Fracaso, lenguaje del fondo, pista de otro espacio
más exigente, difícil de entreleer es tu letra.

Cuando ponías tu marca en mi frente, jamás pensé
en el mensaje que traías, más precioso que todos
los triunfos.

Tu llameante rostro me ha perseguido y yo no
supe que era para salvarme.

Por mi bien me has relegado a os rincones, me
negaste fáciles éxitos, me has quitado salidas.

Era a mí a quien querías defender no otorgándome
brillo.

De puro amor por mí has manejado el vacío que
tantas noches me ha hecho hablar afiebrado a
una ausente

Por protegerme cediste el paso a otros, has hecho
que una mujer prefiera a alguien más resuelto,
me desplazaste de oficios suicidas.

Tú siempre has venido al quiete.

Sí, tu cuerpo llagado, escupido, odioso, me ha
recibido en mi más pura forma para entregarme
a la nitidez del desierto.

Por locura te maldije, te he maltratado, blasfemé
contra ti

Tú no existes.

Has sido inventado por la delirante soberbia.

¡Cuánto te debo!

Me levantaste a un nuevo rango limpiándome con

una esponja áspera, lanzándome a mi verdadero
campo de batalla, cediéndome las armas que el
triunfo abandona.

Me has conducido de la mano a la única agua que
me refleja

Por ti yo conozco la angustia de representar un
papel, mantenerme a la fuerza en un escalón,
trepar con esfuerzos propios, reñir por jerarquías,
inflarme hasta reventar.

Me has hecho humilde, silenciosos y rebelde.

Yo no te canto por lo que eres, sino por lo que no
me has dejado ser. Por no darme otra vida. Por
haberme ceñido.

Me has brindado sólo desnudez.

Cierto que me enseñaste con dureza ¡y tú mismo
traías el cauterio! Pero también me diste la
alegría de no temerte.

Gracias por quitarme espesor a cambio de una
letra gruesa.

Gracias a ti que me has privado de hinchazones.

Gracias por la riqueza a que me has obligado.

Gracias por construir con barro mi morada.

Gracias por apartarme.

Gracias.

Rafael José Muñoz

Nace en Guanape en 1928, muere en 1981. Fundó, con Jesús Sanoja Hernández y Miguel García Mackle, el grupo Cantaclaro en 1950. Fue jefe de redacción de la revista *Zona Franca* en los años setenta. Primero militante del partido Acción democrática (AD) y luego del Movimiento de izquierda Revolucionaria (MIR). Detenido y torturado varias veces en su larga carrera de militante, abandonó paulatinamente la política, aunque trabajó en la campaña electoral de Carlos Andrés Pérez –de quien escribirá más tarde la biografía– y fue luego coordinador general de los servicios de la Presidencia. Obras publicadas: *Selección poética* (1952), *Los pasos de la muerte* (1953), *El círculo de los tres soles* (1969).

Pastoral

Ahora esta chicharra canta hacia adentro,
ahora busca el monte más oscuro, quiere llorar;
ahora esta chicharra se para en mis ojos
y está siempre aquí suspirando y levantando trencitas;
ahora esta chicharra quiere decirme algo
de lo que ve sobre el lomo del caballo.

Qué animal tan oriundo, cómo se ata a mi cuello,
cómo camina por mis codos, levantando cintas negras,
y duele real efectivamente,
y se sacia de luto en mi corazón y me come las lágrimas.
Ella que surge el paisaje como una uña,
ella que dice ser una monjita que se murió.

Aún no tiene centro, porque desciende de la hojarasca,
pero aquí mismo anda, en la constelación de mis sombras,
suspensa en destino de eterno sillón.
Esta chicharra déjame paz de montaña,
Se ve que proviene de la piedra situada al otro lado del sol.

Caracas, 12 de abril de 1964.

Elegía a mi padre Agustín

Vientos. Y la tos del padre.
Y la paletada final, haciendo obliós.
Y las mil sacudidas desde el relámpago de las cámaras.
Y la montaña y las perdices, y el olor de los camelos.

Y los rayos más allá de los maderos, ay,
sun rin.

Sun rin, padre, espera a que acabe mi alma.
Espera, dentro del monasterio, las Cien llamas,
los cien latidos del Monolito hacia donde lame el viento,
y las rosas de los apamates, y el anshits por el atajo
donde el ganado hacía múu y la selva bramada,
y todas tus palabras se amontonaban bajo el aguacero:
Ya voy a habla.

¿Quién describe los arreboles? Brisas, llantos,
memorias de Tulía, cuando las voces
entre los algarrobos dejaban oír una oración.
Espera, calla, vienen por él, son los sepultureros,
vienen hondonada arriba, volteando sus cestos,
haciendo oír sus palas, como marranos hozando,
hiriendo la tarde como con un canto de zorzal,
como con un rebuzno de burro junto a la máquina.

En fin, ha muerto padre Agustín, lo llora Baltasar
y los pones de la hacienda Manzano, y sus hijos.
¿Quién me regalará plumas de cristofué, quién olerá
raíces en la tarde, quién cogerá los nidos,
quién se internará por el patio de las cóitoras
y llamará a los muertos,
y levantará una lápida con un ladrillo que diga: Kroft,
umugen de bornsnet, betiken ats grubest,
buitemb uonem para las rocas de Anchuría,
sombrest para el delirio?

¿Quién hará de nuevo recordar los misterios?
Vacas, y el úuu bajo el invierno,
Y el rayo oliendo a centellas,
Y los peones contemplando el arco iris
Y sosteniendo extrañas conversaciones.
¿Quién se irá hacia donde no sabemos
ni doña Margarita, ni Titina, ni Amado,
ni Tom, ni nadie, ni Tito, ni las gallinas, ni los caballos,
ni siquiera
el árbol con el que conversaba en la noche?
Él, padre Agustín,
Él, que desgonzaba bajo los jagüeyes y adoraba a Zoroastro
y era espléndido,
y hacía bustios en la bojalina del fogón.

Oh, Letis de Landius, hof profen mosen bormen,

Bouskufts P 1 64, y la ventana abierta,
y los búhos mirando detrás de la piedra.
Barch, padre, porque hoy recuerdo los lirios
y las amapolas, y el mes de abril, y la Semana Santa,
y los meses cuando el ánima solloza, cuando tras de los peroles
ladran los perros, y también el aullido de los gatos,
allá en el potrero,
y la nieve imaginaria cayendo sobre los ceibos del corral,
y todo, la quesera, padre Agustín, quesera de Babilonia
ornada por unos jardines colgantes: Tú eras Nabucodonosor,
tú lo decías a mi madre, oh, Rey de Babilonia,
bendito entre todos, rey con 800 esclavos al lado,
y las fábricas, y las meseras.

Tengo muchas ganas de llorar hoy, he recordado la soisola
y los araguatos, y te he hablado en idiomas lejanos
arrancados a una raza remota:
Padre brahmánico, cuando las cobras salan del Nilo,
cuando hable el Ídolo de Ceilán.
Cuando veamos un paisaje de la India y sintamos que estamos en
Guanape;
cuando miremos los colores de la iguana entre los sanluisés;
cuando truene, cuando crezca el río,
cuando hablen las carameras de los venados;
cuando cacemos el acure y le pongamos trampas al conejo,
cuando invoquemos los fantasmas de Cerro Verde
y llamemos la lluvia para el maíz;
cuando esto ocurra; cuando sintamos días que no son de este mundo
y noches que no son de este mundo también;
cuando nos hallemos en fin en otro país
contemplando una yerba para embriagarnos, para ver colores
de perros y bachacos
en las paredes; para oír el canto del zaguán en plena sombra;
cuando en fin estas cosas pasen y pasen y seamos una pulía
y una rombe y un agua de tulún, y unos aguaceros gritando hacia
Salfín

y la presencia de una serpiente coral
y un fuego que se mueve entre las hojas,
y un crepúsculo alto, orlado de rosas y de barros y de pilines;
cuando eso pase y volvamos a la guarida cubierta de tapices extraños,
con cruces de culebras, con raicillas de un aceite venenoso
desangrado cerca del Cáliz;
cuando nos vistamos de indios pieles rojas o de soviéticos y creamos
que nos encontramos en el more chorny;
cuando oigamos a Vitalla Ivanovich e imaginemos que se trata de
nuestra hermana
y nos tiemblen las piernas y las manos al rezar el rosario

y sentimos que en verdad los muertos no están muertos
y que nos halan unos dedos desde una caverna donde hay una luz,
y una noche se enciende en cada pupila y un sol en cada rostro:

cuando eso suceda, volveremos al manzano que me dijiste,
a oír de nuevo la voz de la tátriola
o de la paloma torcaz entre los frijoles,
o la voz del ya se fue o de la cigarra
que pone la tarde llena de un viejo alambre,
o la voz de los guacamayos,
aborígenes que se vistieron de reyes para deslumbrar al sol,
o la voz de la cascabel moviéndose con zapatos;
o sentimos que avanzan los animales
(los mastodontes penden lunas, los dinosaurios se bañan
en ríos gigantescos, crecen las riberas de los caimanes,
se inunda la llanura de aves fabulosas);
cuando todo esto ocurra: Trin Fon, Oppenheimer, Einstein, Het
Buitchoffen,
heil Hitler, y los sofocantes desiertos, y las Visiones y el Otro Mundo.

Oh, padre Agustín, todavía está atardeciendo,
juit ek berker, y las mariposas sobre los charcos de agua verde,
y tu recuerdo.
Sun rin.

Y umugen, esnerebets de tolsty,
esnerebets de burcha, balioska nuruna.

Y la potoquita también, mirando ojos de medias pintas
Y él registraba la hondonada
Y hacía múu con el toro.
Él, que se corría el sombrero bajo aquel humo.
–Befe, le decían desde el tamarindo.
Bife, le gritaban las aves
y las hojas murmuraban bajo el calor
y los oídos del café y el cacao y el caucho
y la selva que bramaba como una antorcha;
ellos, ellos se han saltado los ojos
y ahora oyen unas campanas; lindos sonidos,
colores de madera desde el bosque, lindos uluidos,
abrofen en un astro sin ruedas, en un Marte,
en una solapa del planeta perdido, aunque umbulen,
aunque le digan bifrón, bofronte, bofrinco,
aunque lo llamen escarabajo de charco rosado;
no importa, allá está, el, oh, beperino del talón,
oh, no lo ocultes, soldadito.

Embarcado, gritaban desde el espejo
mientras en el monte la paloma tucusa
y el turpial desde una pradera
gozaban un refugio de sol chordio.

Y no había por qué llamar al señor agustín,
ni apostar a los gallos;
cuer, yer de yernos, cuernos de cuero de perdiz
y lo soñaban los váquiros más allá del mar de Guarachía;
y los perros de Nabucodonosor y todos sus hermanos
lloraban al, pie del ataúd;
y él se decía primo hermano de Govinda, pero ardía,
ardía como un corimbo de umuga, como un electro.
Masacrar las ébalas, le murmuraban
desde el claxon de Beka, masacrar
todo lo que sea lejanía, fulgor de estrella,
hálito de raíz de lagartijo, agua de múún.
Masacrarlo por amor al que dijo que era Mich
y que lógica matemática
ponía raya y raya sobre cero y cero,
ponía un topocho encima de su almohada
y afirmaba que se documentaba en los funerales.
Masacrar a Maruya por todas sus culpas
y a Blanca Nieve por haber parido en un catre.
Oh nostalgias, oh barollas del adre Agustín.
Oh escrituras descaradas sobre el ríbano de la huerta.
Y ver el lucero y curar el ojo tuerto de Rito,
llamándolo Pío, y poniéndole hojas e bambú en la frente;
y luego desnudarlo y echarle barro en el ombligo
y decirle que estaba muerto y tirarlo al suelo
como un mecate, y amarrarlo y lanzarlo lejos de Babilonia,
lejos de los musten, lejos, donde ladran los omnios,
más lejos todavía: dimensión KK de Sinaleta Kusa,
alama de la mulera en puliedras pisonas,
amantas de rubas, glebas desconselisas
que lo abrasaban y le decían: coge cuca mía,
coge sombra mía,
coge resina mía mañana, mañana;
y esos olores de gata pariendo,
y el ramo de flores en el jardín,
y el día de Santa Cecilia, va a lover Dios mío,
otra vez va a relampaguear, el rostro de Umoko
asomará por el Norte, tarde, tarde,
a llover va, fliyllo pájaro yudo,
a llover va, fliyllo pájaro yudo.

Y con afecto también de perdiz –¿Por qué no?–

en la tarde, sí, cuando suena el perro
su caracol hacia Basurila, hacia el roble
por donde llega el ganado
y la sombra de los arrieros y de Josefa Macayo,
no importa, cine bieyas de morrocoy
en Semana Santa, no importa, abran los cajones,
se robaron a Carmen, son los narcisos de la bruja,
son los zarcillos de la bruja, encarnada ahora en la yegua
del prado de Pedro Chacín, y ellos y los otros
jugando al dado de los aguardientes, 1000 ojos
1000 manos, trescientos ochenta y tres mil millones de nubes
en las primas y en las espuelas del zambo;
–apuesto sir john;
ni la urna, ni las sombras de la muerte,
ni los ladrillos de Otten Otten,
ni los dígitos que contó detrás de la mata de ají;
nada, mátenla, obreros a las fábricas, noches a las nieblas,
Apocalipsis, y el Arca de Noé, con las letras que recogimos en la

Feria

y con las trenzas y las riendas de los potros
y los jinetes que aún no conocían el reloj.
Ese fue su canto y su campana.
Estaba encarnado junto al Polo y se mecía de mar a mar.

Debajo del valle lo encontraron, con el gorrión cocoroko,
contando cifras y diciendo
que él era de las potencias Mayamas.
Desde entonces se llamó Nellwuiyin
con el clavo izquierdo y 8.000 belts de faldsitss.

Y le pusieron la edad que tendría
cuando se descubrió el primer relámpago,
cuando llovió primero,
cuando lo deslumbró el primer alacrán.
Era bueno, sin embargo, llamarlo curtvo de raya,
mellizo de los que ayudan a sacar cuentas.
Porque así era Padre Agustín.

Me dicen que cuando sentía placer
se mecía en un chinchorro y cantaba canciones,
así:

Yo soy el Gran Agustín,
hijo de Nabucodonosor:
Yo inventé el flautín
y desperté al sol
con mi violín.

Yo soy el cocoroko cocorako
yo soy un chivo negro, yo soy un chivo flaco.

En esos días levantaba a los hijos temprano
y los caminaba por las paredes de las casas viejas
y los amarraba al pie de un pilón.
Y les decía: Los voy a emblasamar, cochinitos,
los voy a poner como una toja de tártago,
como un licero, cochinitos, los voy a poner.

Y los niños se reían: cuís cuís cuís cuís
y se orinaban y se hacían pupú;
y Padre agustín se reía, porque era el tiempo de la locura,
el tiempo en que se iba para La Ceiba a las 12 de la noche
y degollaba una res, y capaba los novillos,
y le gritaba a Baltasar que él conocía una pradera
donde había unos ojos
que lo miraban desee los árboles,
y se llamaba Agustín “el misterioso”,
el que encerraba a los hombres en una botella
y los ponía como unos bachacos.

El, él, el de ánima triste,
Agustín López chacín, descendiente de Mc. Coy, de Akra,
del niño que le dio luz al Rey codorlahomor,
él, primo de Tobía y de Neptalí,
y descendiente, por la 8ª generación, de Naasón.
El poseyó por mucho tiempo a la esposa de Nehemías.

Ah, recuerdos y negruras en el vivir,
y las caídas que duelen y que cuestan infinitas sífulas,
y todo, la casa apologética, y sus cuartos con llaves,
y pailas reidoras y el aguamanil y el jabón,
y los terrores del muchachito Rafael José, y las indias
de los almanaques, y la farmacia, y el chancho que llegaba.

(Ah, poder entreabrir los ojos y mirar la montaña
a ver si está la poncha y las tardes azules y los nidos del gonzalo).
Va a declinar el día, están muertas las mareas de Akiria,
los esoejos resplandecen bajo unas palmas
como astros que perdieron su blackfor.
Es tarde: Blande, Helina, Marsípula, boria:
Vengan, todas las hijas perdidas, las que tuvo el Padre hace mil

años
Ya muere, ya de va, ya recuerda el manzano

y el hozar de los cerdos en la tarde, ya recomienda abrir los alambres
y darle de comer al caballo más querido.
Ya hace tres cruces y señala hacia arriba,
y dice, agonizante:
Mitsen, abats detsents abats.
Inri. Ezar Erpmeis.

Azer

(El círculo de los 3 soles)

Pastoral

Yo dibujo tu rostro en estas maderas,
vuelto acá mismo, reencarnado en conchas;
en pedazos de paisaje, como pájaro de fuego,
reencarno, y tomo aspecto de otra edad,
de plomo en espiral que se eleva hacia la plaza de oro.

No temo a estas sombras que apagan las cejas del burro,
ni me importa que me cosan a palos por triste,
tanto número y tanto nunca me han dejado para fantasma,
ambos son como el sello de la melancolía que morí.

Por tal motivo huye, fluye, tómate tu café
de cien tazas centimétrales aquí;
límpiale la oreja a ese martillo;
reúnete con tus cojeras allá,
mientras yo declino una invitación para ir a Fisa
a lavarles los pies a mi caballo.

Y es que al fin lo descubrí en sus goznes:
es una tinta sin lápiz que tiene el buey.

Abril 14, 1964.

Ramón Palomares

Nace en Trujillo en 1935. Estudió para maestro normalista en la Escuela Normal Federal de San Cristóbal. Egresó de IPC como profesor de Castellano y Literatura en 1958. Fundador del grupo literario Sardo (1954-61), años en lo que se publica *El reino* (1958). Editor de la revista *El techo de la Ballena*. Profesor de la Universidad de Los Andes y Doctorado Honores Causa (2001) otorgado por la misma universidad. Premio Nacional de Literatura, Mención Poesía, en 1974, con *Adiós escuque*. Algunos libros: *Paisano* (1964), *El ahogado* (1964), *Honras fúnebres* (1965), *Santiago de León de Caracas* (1967), *Entre lobos y halcones* (1997).

La casa

Eternamente advertidos:
No permanecerías más, casa.
No tendrías tus horcones en tierra.
No estarías como asentamiento de tierra.

La casa estaba girando, girando,
igual que viento;
cargada por aves.
Por las rojas gallinas,
el gallo de cola extensa y azul,
las perdices mínimas en la hierba,
los cardenales de encanto.
Toda removida la casa.
Desprendiéndose de la tierra,
Subiendo, con alas, con vuelo.

Y lentamente, igual que alzada por un bebedor.
Su techo dando al muro del cielo,
Sus paredes para el límite de la luz.
Igual que es el rapto de una mujer
Arrancada de su asiento por un jinete celeste.
Contra los rayos
hurgando hacia arriba;
bella en su vuelo como si se asentara con lentitud.

Halada por las aves
huyes. Sus piernas más nunca aquí.
Asciende ligera, cruzando el sol,
internándose como un cuchillo,
como la piedra que rompe las telas al día.

Extraños penetrarán su zaguán,
pero sin palpan sus piedras se volverán perros,
si tocan su zócalo se tornará sangre.
Los extraños, vestidos de telas primorosas,
con amplios ojos para abrir las gladiolas,
con sueños para desenterrar las monedas allí habidas.
Pero las cortinas de la sala estarán quemadas,
Azules de sombra las rejas.
Ni una rosa fresca. Ni una violeta dulce al corazón.

Sus techos allí, detenidos, en las frías estrellas,
a la llegada de los inviernos;
bajo lluvias o sobre los caballos de nube.
Las aves detenidas.

No ríe. No ama la noche. Las gentes
no comen allí. No están de protectoras.
Antes era un lago. Antes era
un amplio patio para jugar.
Donde se reía y lloraba.
Sus matas están cubiertas por trapo oscuro.
El altar está sin velas.

¿Qué fue de aquellos ojos, aquella mano
velada tras la celosía, encubierta por amor
al extraño, echada después al olvido?

Un gavián

Se paró el gavián y se quedó pegado en las nubes
y ya no pudo dar más vueltas
y le dijeron:
Ya no podés hacer más hilo, ya no vas poder tejer el
[cielo,
entonces todas las flores que estaban se pusieron tristes
y comenzaron a secarse
y entraron caminando en una cueva
y se veía una fila de gladiolas que iban rezando
y cuatro coronas de orquídeas y rosas
y así estaba quieto el gavián allá arriba
viendo que las montañas se habían puesto negras
y que los ríos parecían urnas;

cuando llegó un gran viento y dijo a resoplar
y estremecía los árboles como si fueran ropa colgada
y bajaron todas las estrellas y se pusieron a hablar
y salieron volando las nubes y dando vueltas
brincando por las colinas
y las praderas estaban muy contentas y les brillaban
[los dientes de risa.

Entonces se desató el gavián y se sentó en una silla a
[beber
y se emborrachó y dijo a cantar
y nombró a todos los que habían venido para ayudarlo
y le parecían las alas como lunas
y los ojos que tenía era el sol que se le había metido en
[la cabeza
y a él se le llamaba el gran tejedor
porque anudó todo lo que había y puso en el cielo un barco
que va nadando, nadando
enseñando todos los sueños.

El noche

A Oscar Sambrano Urdaneta

Aquí llega el noche
El que tiene las estrellas en las uñas,
con caminar furioso y perros entre las piernas
alzando los brazos como relámpago
abriendo los cerdos
echando las ramas sobre sí,
muy lejos.

Entra como si fuera un hombre a caballo
Y pasa por el zaguán
sacudiéndose la tormenta.

Y se desmonta y comienza a averiguar
y hace memoria y extiende los ojos.

Mira los pueblos que están
unos en laderas y otros agachados en los barrancos
y entra en las casas
viendo cómo están las mujeres

y repasa las iglesias por la sacristías y los campanarios
espantando cuando pisa en las escaleras.
Y se sienta sobre las piedras a
averiguando sin paz.

El jugador

Yo soy como aquel hombre que estaba sentado en una
[mesa de juego
Y al promediar la tarde ya estaba bien basado
Y pido hasta que estuvo rodeado de montones de
[plata

Y ya en la tardecita era puro de oro
Y le llegaban mujeres y le ponían los brazos al cuello
y él se reía
Y estaba lleno de joyas, lleno de prendas
y los ojos y las orejas eran de fina joyería
y los bigotes y la barba eran de verdad piedras! Y muy
Muy preciosas! Y a las nueve ya estaba en su apogeo
Y la mesa y los jugadores y los que estaban en lo
[alrededor

brillaban
Y aquello eran nomás soles Y un gran sol que era él
Y esa casa era solo resplandecer y resplandecer
Y mientras más entraba la noche
Más y más claro se hacía
Y el tiempo iba y venía y así
hasta que todo era una gran montaña
el hombre estaba en el centro y en lo más alto del monte

Y se veía como una enorme piedra roja y en lo alrededor
todos eran de oro y todos de monedas
riéndose con aquellos dientes que chispeaban
y hablando con sus lenguas de porcelana y rubíes.

Entonces eran como las doce Y el reloj
dijo a dar las doce
Y al ratico
nomás quedaba la sala con la gente brillando y brillando
Y ya no quedaba sino la mesa y los montoncitos de oro
Y el hombre miraba a todos lados

Y abría la boca y miraba
Y desaparecieron las mujeres Y vio los montoncitos de
ceniza
Y se quedó desnudo
Y se puso a llorar
Ai se dio cuenta Que todo se le había vuelto noche
Y resplandores Nada!
Todo de luto y hosco
Y esos ojos de él vieron una luz
y volvieron en sí
y volvieron a mirarse como era él
y tendió la mano sobre los montoncitos de ceniza
sonriendo
Ya me voy—dijo
Me voy como vine—dijo
«Adiós»
Y se fue por lo oscuro.

Pequeña colina

Pequeña flor blanca eres,
así te llamaría quien va a casarse.
Pequeña colina eres,
así te nombraría quien caza perdices.
Pequeña taza de oro eres,
así te llamaría quien bebe su licor.
Pequeña colina de leche eres,
así te diría quien lave su cabeza bajo el sol.

Pequeña colina que duerme.
Pequeña colina echada como una gallina.
Pequeña colina como una cabeza de plata.
Pequeña colina como una fruta de orea.

Ponte cinco flores en el cabello:
Flor roja para tu alegría, para sonreír.
Flor azul para tu amor, para abrirte los senos y darlos.
Flor morada para llorar como una llovizna triste.
Flor amarilla para cantar con la luz.
Flor blanca, flor blanca, flor blanca,
esta última pata que una ilusión ande en ti como la nube.

No hables de tristeza tú, pequeño malabar,

oye la luna comer maíz,
oye las estrellas picar las hojas del guamo.
No bebas la leche de un árbol triste,
mira correr los perros de caza,
bebe agua en el arroyo, lejos, donde van los perros de caza.

Pequeña, como las piedras de los ríos tú eres;
tú pintas el poblado de rojo pequeño colina,
tú eres como un ave para enjaular,
tú cantas y tu boca brilla por tu canto pequeña colina.

Como el manto de la serpiente coral
así de bella tú eres.
Así como el vestido de la orquídea blanca
tú eres de amorosa pequeña colina.
Y te llamarán como una pequeña loma
y en ti pondrán bandera dulce y tierna.

Reynaldo Pérez Só

Nace en Tocuyito en 1945. Licenciado en Educación (UC). Realizó estudios de postgrado en Brasil. Jefe del Departamento de Literatura de la UC. Es fundador de la revista *Poesía*, de la Universidad de Carabobo. Premio de Poesía Universidad de Carabobo (1972) con *Para morirnos de otro sueño*. Premio de Poesía “Universidad de Carabobo” (1975) con *Tanmatra*. Primer Premio de la Bienal “José Rafael Pocaterra” (1976), rechazó el premio. Su obra poética comprende los libros *Nuevos poemas* (1975), *25 poemas* (1982), *Matadero* (1986), *Fragmentos de un taller* (1990), *Reclamo* (1992). *Px* (1996) y *Solombra* (1998).

8

no me importo
porque yo no soy
un hecho de importancia
como mi padre
o
como mi madre
ellos eran diferentes
o el pedazo de tierra
tras la casa
eso era más importante.

14

a momentos hablo solo
en este cuarto
yo supongo que alguien
me oye atentamente
e incluso
me contesta
las cosas que digo
no las sé nunca
pero pienso
que debo tener algún buen amigo
repartido en cualquier lado
le hablo hasta por horas
él me asiente
inclinado al otro extremo
de la cama

lo que me da más miedo
es que una noche
se pierda

o se quede dormido
y se olvide de pronto
entonces corro hacia la puerta
golpeándome.

19

esta es una silla
sólo una silla
en ella
se sentó mi padre
mis hermanos
todos
mis mejores amigos

ahora
está sola
sin nadie

una silla.

21

el hombre no se parece a la lluvia
el hombre camina
piensa
y se multiplica
la lluvia
vive arriba
y baja y se retorna

nosotros hablamos y morimos
la lluvia es otra cosa.

23

los que soñamos
sentimos el sueño más hermoso

nos morimos temprano
porque no somos sueños
ni pájaros
y el aire nos pesa

sin embargo con todo
volvemos cada noche

para morirnos de otro sueño.

*

pequeño pájaro

eres dos veces
el viento

mira cómo recojo el aire
cuando me vuelas
ya solitario
sobre la frente te tengo

las ramas se hincan y se
inclinan
pájaro
dulce

manejo
o flores no importa
otra cosa tengo.

*

una tarde abro

mis manos

y ellas van al fondo
temblando

toco los árboles y las hojas
se agitan

pájaros

yo era el viento.

Santos López

Nace en La Mesa de Guanipa en 1955. Licenciado en Comunicación Social UCV. Cofundador de la revista Génesis (Mérida). Actualmente desempeña el cargo de Director-Fundador de la Casa de la Poesía Pérez Bonalde de Caracas. Ha publicado: *Otras costumbres* (1980), *Alguna luz alguna ausencia* (1981), *Mas doliendo ya* (1984), *Entre regiones* (1984), *Soy el animal que creo* (1987), *El Libro de la tribu* (1993), *Los buscadores de agua* (2000), *El cielo entre cenizas* (2004), *Soy el animal que creo* (antología, 2004). Poemas suyos han sido traducidos al inglés, alemán, francés, chino, italiano y rumano.

Cayenas moradas

Amor, todo aquello que está dentro de ti me llama:

Tu lisura de domingo entre cayenas moradas

Donde vuelas y revuelas sin aliento;

Tus piernas que se juntan en el agua, se mojan

Y custodian un breve espacio de orillas;

El sudario de tu corazón sube y baja en la tierra,

Come fuego, lame sal.

Y tus muertos, que casi me lloran

Con voces apilonadas en la ceniza del cielo.

Amo en ti ese fondo de tinieblas nutrido de aves en la medianoche.

Amor, cuantas veces eres, cuantas veces te amo.

Ahora, ven y abre tu pecho de pelusa negra,

Enséñame el temblor.

D

En todo madero yace uno de mis ancestros.

Miro el techo de la casa y veo en las traviesas a toda mi familia;

su voz que fluye como una gota de arcilla por mi cuerpo.
La he seguido, y heme aquí, girando entre su cruz en medio del
viaje, con otros dos compañeros preguntándome: qué es lo
que este Cristo oscuro me quiere decir en cada esquina.

Cabeza fría

A veces pienso que un sueño me hizo tener la cabeza fría
como un pez para sumergirme en la profunda tiniebla.
(El asunto es que los babilonios soñaban exactamente igual)
A veces creo que Dios es el sustantivo infinito de mi salvación;
autor y autoridad de lado que como una proyección nos alcanza.
A veces algunas personas ocupan todo el día en lavarse la cara
con las dos manos, diciendo que una lava a la otra, y así completan el refrán.
A veces tengo la cabeza fría como el espinazo de un pez, si quiero
llegar un poco más lejos que mis amigos, sin traspies
durante el día. Y parece haber una secuencia: la muerte
adviene con la caída.
Ellos dijeron: “No hay ni siquiera una sola palabra en el suelo”.

Pero está escrito: cuando uno sale del agua, aquí en tierra,
en la tiniebla del hacedor, nuestra cabeza es el oráculo que habla.

Enseñanza del descabezado

Un cuerpo desnudo siempre lleva su cabeza como corona
Y dos abismos a los lados: uno de esplendor y otro de ruina.
Si Dios quiere, al final yo moveré mi corazón hacia la aurora,
-Noche tras noche-, a esa cámara que respira si yo respiro.

Un cuerpo en la quietud guarda su verdad en el sol, con vigilia,
Matrimonio y amores que le impidan andar tieso a la luz del día.
Algo así, como si de costado fuésemos dos arcoiris,
Cuya cabeza ardiente reposara entre brotes de agua.

Hoy día no hay forma de responder a la duda de la carne,
Ese sentido que profesa el hombre desde su pasado efímero;

Algo encogido en su pecho, tal vez entre pálpitos y sudores.
Mejor hubiese sido que pies y manos engordasen sin vestidos.

Uno decapitado regresa de la aventura o la catástrofe,
Aprende pronto a respirar, a renacer, a no morir.
A permanecer en una realidad sin palabras, pero con verbo,
Aprende uno que la aurora es una cayena de sangre.

Uno decapitado espera que su familia lo reconozca: Diga
Que mi cabeza es blanca y mi cuerpo negro; diga que soy piedra,
De arriba a los pies, yo decapitado espero que mi familia diga,
Me identifique así en la morgue, sin ninguna conmiseración.

Así no deseo andar de nuevo sobre el mundo, que lo sepan todos.
Si acabé descabezado, con modestia, fue porque quise respirar.
“Volver a respirar es la delicia humilde”, yo lo repito ahora.
Qué otro cuento uno puede decirle a sus hijos, es suficiente.
Mi cuerpo está erguido y mi cabeza a un lado en este plato;
Y algo más brota de mí y ronda en el aire como prodigio.
Así consigo que mi corazón se vuelva un breve destello,
Que continúe de faro en su elevada cumbre de montaña.

Tarek William Saab

Nace en El Tigre en 1963. Abogado especialista en derecho Penal y Derechos Humanos. Ha desarrollado una intensa carrera política desempeñándose como diputado a la Asamblea Nacional y actualmente como gobernador del estado Anzoátegui. Entre los premios obtenidos se destacan: Premio CONAC de Poesía (1995) y premio de Poesía de la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado: *Los ríos de la ira* (1987), *El hacha de los santos* (1992), entre otros.

La primavera nunca es humillada ante el temor

Olvida el duelo yermo en la mirada
soy pariente de una edad trunca

tomar estas fresas fundó
el sacrificio

perder bonanzas en el

humo

todo por habitar un indeciso camino a casa

igual a quien

escapa del salón
a los parques

Abatidos

por no semejarnos jamás a las aves de paso

ni llegar a ser su fatídico juego en los aires.

Árido

Me voy secando

sólo gota soy
fuera y dentro
de ti

desollado por los excesos
este cuerpo se hace burbuja
en las hojas

Recíbeme sin caricias
tú que me oyes desde algún sonido
bajo la lluvia

atrae hacia mí lo que nos resta por delinquir

el corcel es negro cuando el sol
decae entre mis piernas
(¿No lo ves rozar
contra la pared?)
semeja ser un espanto salido de los estanques
igual a nosotros cuando regresamos de un sueño

Revelación del deseo

En mis ojos guardo la marca de los viajes que he
[emprendido
los terminales son territorios del corazón desatado
jardín donde el rocío corre entre dos manos agarradas

Que los amantes engendren melodías desvestidas de
[carne
que el calor evapore a los huesos también al ron
y al martirio de sabernos olvidados por la negligencia
por la biografía eterna de la semana
los días cotidianos y últimos rostros de las horas...

alimento curtido como los suelos

frotados hasta la pérdida de la conciencia –Elévame!
tú
en un nido
de alforjas
incendiadas por un beso

Tercer ejército

Porque somos custodia de lo que vendrá

nadie imagina el guardián que llevamos
colgado en la sien

Yo envió esta hoja mojada como apuesta
mortal
en medio de la gran oscuridad
alzado a 500 metros sobre el nivel del dolor

Nuestro presagio cabalga
dentro de una espesa llanura
protegidos desde algún lugar
por alguien que no ve

nos queda poco tiempo
y algo indescifrable nos invita a no morir

Solitario soy un país en vela

En un cuarto a solas

sin nada que gobierne la ausencia
de ti

En un cuarto a solas

neutro yo
cubierto por una red

agrietada

caído

despedido
sin paz desde las paredes
junto al perfume que alguna vez tú
en mí

dejaste

Teófilo Tortolero

Nació en Valencia en 1936. Murió en Nirgua, estado Yaracuy en 1990. Obtuvo el título de Abogado en la Universidad de Carabobo donde trabajó por largos años dedicado a la enseñanza de literatura y derecho. Formó parte del Taller Literario de Valencia “Azar Rey”, creado por Manuel Feo La Cruz, en el que participaron Eugenio Montejo, Julio Ferrer Gudiño y J.M. Villarroel París. Dirigió el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Carabobo y fue co-fundador de las revistas literarias “Poesía” y “Zona Tórrida”. En 1982 obtuvo el Primer Premio de la Bienal José Miguel Pocaterra del Ateneo de Valencia. Su obra poética está compuesta por: *Demencia Precoz* (1968), *Las Drogas Silvestres* (1972), *55 Poemas* (1981), *Parfuma Jaguaro* (1984), *La Última Tierra* (1990), *El Libro de los Cuartetos* (1994) y *El día perdurable y otros poemas* (1991). Su presencia entre los poetas residenciados en Valencia en los años 60 fue fundamental e igualmente en generaciones posteriores.

La bruja de pelo negro

A Silva Estrada

La bruja de pelo negro
crece para mí dolientemente
Súbita viene a mí en una llama de sonrisas
y besos de lástimas
llamándome a su bosque,
a sus moradas y nieblas de otro mundo

Yo palpo su otredad
y el fino aroma de sus ojos vivos

Entiendo que la tiza que traza sus pestañas
amamanta una mirada,
endurece la hoja
de un cuchillo terrenal y materno

Has de saber alma
que la bruja me toma y conduce
a ventanas que sangran, a corredores tristes,
siempre ofrendándome un beso
que ha de terminar en la caída
y en un rodar sueños abajo, noche abajo
muerte abajo.

Has de saber alma
que en las bebidas sus venas extraño
y se turba mi pulso y la vista y se aniebla
al recordarla.

Has de saberlo.

Se fue la pestaña (madre)

Se fue la pestaña (madre)
(hermana) hijo cierra esa lluvia
que la mano me pesa como pasto nuevo

Deja que la lámpara haga de noche
su voluntad en la sala
quiero dejar las cosas tranquilas
dulcemente olvidadas
cuidar la menta de la araña

Olvida y vuelve cuando no te consuele
regresa olvida que soñé contigo
porque mi amor acaba de morir

Deja que la lámpara haga de noche
su voluntad en la sala
comprende que no tengo propiedad
sobre el odio de Dios a mi camisa
y esa pestaña de cartón cerrado

Pasea por el noble campo
tú que fuiste
el primer animal de mi recuerdo
bebe yo te bendigo

Se está quebrando el sol
otra vez el día oscuro

Mares

Nuevamente los mares deslíen sus cabellos
de oscuros olores
donde viene a batir la fragancia trágica

Nadie tal vez conoce esta inclemencia

Son tantos días de penas alambradas
que hizo el viento

Respiró el alma de este día
que se hace noche
y siempre guardo la almohada
y la esperanza de un cielo que no acaba
de desplomar sus soles

Acaba esta mentira, Dios mío.

Bajo los puentes me diste el aire seco
y tormentoso
soplaste tempranamente el corazón
que ahora se humedece por toda la tierra.

Víctor Valera Mora

Nació en Valera en 1938. Pasó allí su niñez, mientras que su adolescencia transcurrió en San Juan de los Morros (estado Guárico), donde estudió su bachillerato. Luego se trasladó a Caracas y obtuvo el título de Sociólogo en la Universidad Central, para luego practicar informalmente la docencia en liceos y escuelas. Por la década del sesenta ('60) toma parte de la actividad revolucionaria de izquierda; acción que comparte con el ejercicio de la poesía a través de panfletos, volantines y escritos políticos. Es justamente por esta época cuando con un grupo de artistas funda el núcleo iconoclasta *La pandilla de Lautreamont*, integrado entre otros por Mario Abreu, Luis Camilo Guevara, Caupolicán Ovalles y Ángel Eduardo Acevedo. A finales de esa década arriba a la ciudad de Mérida a laborar en el Dpto. de Planificación de la Universidad de los Andes, en donde se mantiene por un lustro. En los años setenta ('70) se encuentra de nuevo en Caracas: aquí trabaja en la Dirección de Recursos Humanos del CONAC y sobre todo en *La gran papelería del mundo*, la famosa biblioteca ambulante de Víctor Manuel y Caupolicán Ovalles. En Caracas se inicia también la gran diáspora de su pensamiento: entregado conscientemente a la bohemia y al desarraigo existencial, encuentra la muerte en el año 1984. Sus principales libros de poesía son *Canción del soldado justo* (1961), *Amanecí de bala* (1971), *Con un pie en el estribo* (1972), *70 Poemas stalinistas* (1979) y *Del ridículo arte de componer poesía* (1984).

Maravilloso país en movimiento

Maravilloso país en movimiento
donde todo avanza o retrocede,
donde el ayer es un impulso o una despedida.

Quien no te conozca
dirá que eres una imposible querella.

Tantas veces escarnecido
y siempre de pie con esa alegría.

Libre serás.

Si los condenados
no arriban a tus playas
hacia ellos irás como otros días.

Comienzo y creo en ti

maravilloso país en movimiento.

Al rojo vivo

Porque jamás fuimos alegres
ningún amor
pudo hacernos bondadosos
pero dónde está la causa
Sean los vientos alisios del sureste
que barren la extendida piel de tierra firme
me niego a creerlo
Sean bastardos los tres árboles de la sangre
escupo y niego semejante acusación
Es el hambre sistemática la ultrajante pobreza
la camada de perros que nos patean el corazón
empujándonos hacia la miseria más espantosa
Si ayer éramos pequeños y confundidos
si fuimos violentados
si cuatro años de fuego bastan para hacernos hombres
entonces somos justos
y es una locura decir adiós a las armas
cuando podemos levantarnos más alto
que la corona de los déspotas
por voluntad de esas mismas armas
En septiembre de 1964
Venezuela crepita al rojo vivo
y el poeta saluda a sus camaradas combatientes

Relación para un amor llamado amanecer

En la galaxia espiral de Andrómeda existe
un florido planeta donde los ríos no ahogan el mar
donde fuego y hielo queman las contradicciones
Donde no hay necesidad de regreso
Donde 0 x 0 es más que el infinito
Donde los puntos cardinales son más de cien millones
Norte y Lía Sur y Símbalo Espliego y Araceli
Miguel y Adriana Orfeo y Atabal Cedro y Valkiria
Misterio y prodigio Neón y Asfalto Rosa Ercilia y

[Dionisius]

Antonio y Elena mis pobres padres u mis pobres Virreyes de

[Indias]

Mi viaje a Europa Este y Adelfa Oeste y Clavicordio
 Donde todos viven en éxtasis
 Donde nada ni nadie es vil
 Donde el sol es anillo y ritual de bodas
 Donde somos ráfagas de luz y nos desplazamos en silbos
 Un planeta limpio y pulido
 Donde los enamorados viven en palacios flotantes
 Donde Dios tiene un puesto de revistas mal atendido y

[mata el tiempo]

hablando del pasado con Buda y Mahoma y el Vendedor

[de verduras]

de la esquina y la gente ya los conoce y la gente cuando

[pasa dice]

“esos cuatro vagos son panita burda”
 Donde el hijo de Dios y los ángeles del desenfado
 beben el aire de las avenidas sobres sus motos trepidantes
 Donde no hay academias militares ni policías ni cárceles

[ni monedas]

Donde somos sabios Donde somos buenos
 Donde los últimos insidiosos
 escaparon por un túnel y cayeron al vacío
 Astro paradisiáco amado y defendido
 por francotiradores y poetas
 Donde la muerte está de capa caída
 Donde los hombres son gentiles
 Donde las mujeres son ramos de jacintos
 de labios y de ojos cambiantes de colores
 Un astro moderato cantabile
 Donde la noche es vino y alegría hasta el amanecer
 Su capital es una ciudad resplandeciente llamada Estefanía
 Donde tú tienes señorío Donde eres reina
 Ese planeta es mi corazón errante.

Amanecí de bala

Amanecí de bala
 amanecí bien magníficamente bien todo arisco
 hoy no cambio un segundo de mi vida por una bandera roja
 mi vida toda la cambiaría por la cabellera de esa mujer
 alta y rubia cuando vaya a la Facultad de Farmacia se lo

[diré]

seguro que se lo diré asunto mío amanecer así
esta mañana cuando abrí las puertas con la primera ráfaga
alborotando tumbando todo entraron a mis pulmones
los otros poetas de la Pandilla de Lautréamont
grandes señores tolerados a duras penas por sus mujeres
al más frenético le pregunto por su libro vagancia city
como me gusta complicar a mis amigos los vivo

[nombrando

el diablo no me llevará a mí solo
ella antiguamente se llamaba Frida y estaba residenciada

[en Baviera

en una casa de grandes rocas levantadas por su amante vikingo
sus locuras en el mar de los sargazos
hay sol hasta la madrugada y creo que jamás moriré
sin embargo deseo que este día me sobreviva
soy desmesurado o excesivo y no doy consejos a nadie
pero hoy veo más claro que nunca y quiero que los

[demás participen

hermoso día me enalteces desenfrenada alegría
no tengo comercio con la muerte no le temo
llevo en la sangre la vida de cada día soy de este mundo
bueno como un niño implacable como un niño
guardo una fidelidad de hierro a los sueños de mi

[infancia

en este punto soy socrático él y yo elevamos volantines
restituimos la edad de oro el “qué habrá” al final del

[arco suspendido

ahora mismo se está mudando el río
hoy una morena de belleza agresiva me dijo pero sí

[estas lindo

entonces yo le dije acaso no sucede cada dos mil años

[pierdo el hilo

día de advenimiento de locos combates de amor a altas

[temperaturas

desnudos nos hundimos en las aguas del mismo río

William Osuna

Nace en Caracas en 1948. Participó en el Taller de Poesía del CELARG (1976-77 y 1978-79). Director de la revista *A plena voz*. Primer Premio de la Bienal “José Antonio Ramos Sucre” (1976) con *Estos 81*. Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal, Mención Poesía (1983) con *Antología de la mala calle*. Premio de la Bienal “Manuel Díaz Rodríguez” del Consejo Municipal del Distrito Sucre, Mención Poesía (1984) con *1900 y otros poemas*. Además ha publicado: *Mas si yo fuese poeta, un buen poeta* (1978).

La casa

Mi casa volaba de un sitio a otro y era su brillo
en la noche del barrio como piel de uva.
Entre las telarañas de un país, sobre los días que abarca
mi memoria, andaba mi casa errante por el eco de unas
piedras.

Mi casa no fue a la escuela, pero sabía más que el edificio
del banco central.
Jamás le falté el respeto, nunca le tiré piedra, ni pinté
gatos en la puerta, tampoco le dije que se fuera.

Ella y yo andamos por los bares de la ciudad,
discutiendo,
huyendo de la policía y de este siglo xx
corriendo en oscuras autopistas para atrapar las últimas
luces de la noche.

Yo era amigo de mi casa, Lucky no, Lucky se orinaba
en sus rincones, meneaba la cola, ladraba todo
el tiempo. Si le hubiera hecho algo semejante,
de seguro se me habría marchado a una de esas
guerras de cosacos, donde se combate a caballo
en grandes carros, sobre rojas estepas.

Y qué sería de mí si después de esa guerra la veo
regresar por la cuadra de abajo con unas paredes
menos y las ventanas rotas, guindada a unas
bolas de acero en el hospital de veteranos, con
la cabeza vendada y dos cuartos enyesados.

Es cosa triste lo que he imaginado.
Si fuera cierto me pondría a llorar como esos niños
que se extravían en los cuentos y se visten de

verde y calzan botas con hebillas. Es cosa triste:
Me iría a Europa a corromper los grandes palacios. Allí
dormiría como un manojito de cabellos en la garganta
de los grandes cetáceos.

Mi papá sabía de estos asuntos, él me dijo:
Una casa no es papel notariado, ni un techo
de tejas para que lo cubran las nubes, una casa
somos nosotros.

En el interior las casas se parecen a la mía sólo
que allí los fantasmas no tienen cuarto propio,
les da lo mismo dormir en el gallinero que en
el sitio donde se guardan los clavos.

Mi casa es un cuento que vuela. Una lámpara de
aceite que ilumina la estaca de un país que agoniza.

Casa de mil novecientos, reja blanca donde me subo
como Juan de la Cruz por el Monte Carmelo.
Ni el terremoto del 67 ni las crecidas del Guaire
te pudieron llevar.

La calle

Vivo en una calle
de chulos y putas
cómo no decirlo y de perros colorados
que me cantan de noche
la luna y el sueño
frente a viejos caserones
fieles a sus potes de basura
y a sus ventanas
donde pasa el mundo en su trampa
como una mala baraja.

Si esta calle fuera una canción
armonizaría con una de los años 40
con su tranvía y sus hombres
volado el sombrero
contra la barra
en un viejo violín que alguien toca
ceñido a la muerte.

Si fuera un instante

sería un gato boca arriba traspasado
por la luz roja de un bombillo
espeso licor al lado de unos zapatos mareados
vitrola y algo más.

Si fuera un automóvil
vendría por un camino de hormigas
pisaría el último fruto
del árbol que hacía esquina
corazón tallado a navaja
Faustino ama a Rosa
gas y chispazos azules
con las placas perdidas.

Sílaba viviente
esta calle se baja de sus andamios
arrebata carteras
levanta faldas
salta muros de piedras
y en los rincones de la ciudad
como una botella lustrosa
duerme
a un lado de su fiesta.

Mapas de tubería cráter de asfalto
tal vez amorosa bandera.

La verdad sea dicha
si esta calle fuera un hombre
dolería.

Epopéya del Güaire

El río Güaire tiene malos modales, cuando va
en los autobuses nunca le cede el puesto
a las parturientas, se sienta primero que las
damas, en los entierros grita más alto que
las viudas, dice impertinencias del muerto, cuentos de
los otros ríos.

A mí que no me nombre, dice el
Orinoco, no fue grumete en La Invencible ni
pudo unir sus aguas a los siete mares de China.
Los indios lo taparon con concha de totuma

para que los españoles no se lo bebieran.

No se parece a los ríos de don Jorge Manrique.
La mar océano no lo soporta; respecto a
él filósofa como un sabio chino: «Un río que no sabe
morir es un golfo».

¿Quién lo maleó?

No lleva doblón, ni sencillo, ni baúl de
pirata en sus dominios.
Tampoco rabo de tigre, tiene la carne peluda.

No trabaja, no canta.
Se monta en un perol de leche o
sobre el capó de un carro a mirar
los colores de la ciudad: es un río
que contempla, no para que lo contemplen.
Tan pobre: si la luna de los amantes
se atreviera a conversar con él ningún puente
la aceptaría; que no le vaya a pelar
los ojos a la laguna negra, el poeta
Acevedo sería capaz de encerrarlo en un soneto.

Bronca de ríos y que hermanos. No me
meto en esos líos familiares. Así me
enseñaron en la escuela. No es mi problema.

Por el camino que da a la selva,
donde se gesta un remolino de caimanes;
y el árbol de caucho brilla como un
estuche de precioso bisturí, Andrés Mejía le fue
a meter chirimbolos del Güaire al Magdalena:
el Magdalena tan reilón con sus dientes de
oro y muelas de esmeralda lo dejó beber
ron durante tres días. No le paró.
Lo emborrachó, le silbó una cumbia, un bambuco.

Y así se lo envió al Motatán, metido en
un guacal de manzanas para la casa de
Hermes Vargas. Cuentos de Andrés. Más sabe Andrés
por Andrés que el Magdalena y sus pedrerías.
La flor fétida, el aceite de las refinerías, la
garcita urbana y una nevera desportillada
son cifras que acompañan. En algunos casos el
sol es un golpe de espuelas contra las
aguas revueltas.

El río Güaire es mi amigo. Yo le
pido la bendición. Él es como un burrito
indómito que atraviesa la ciudad cargado de botellas
vacías:

ningún río de las Francias y de las
Alemanias se le compara. Está enamorado de la
quebrada de Catuche. Qué amores
Intercambian bacinillas detrás de los estacionamientos,
si los vieran.

El Dumbo Márquez no lo quiere: su Harley Davidson
se ahogó en sus aguas. Yo sí lo
quiero, no es como el Orinoco que se
alimenta de músicos; se tragó toda una orquesta,
y las cartas de amor de Argenis Daza Guevara;
y si no quería cantar y amar, ¿por qué lo hizo?
Qué desperdicio. Tan pedante.

En mi infancia yo quería al Orinoco.
En ese cruce había un araguaney, donde se
enlazaban los gatos, que lo miraban a uno
con sus ojos de oro. El viento corría
por ahí: hablaba como duro cartón. Bajaba gruesa
neblina por La Puerta de Caracas. Todos los
autobuses pasaban de largo y se metían al cine.
Mi infancia que tenía más colores que los
de un poeta de provincia en su provincia,
no distinguía las aguas, todas eran iguales.

Se sabe de las mujeres que están solas
cuando tocan un botón por largo tiempo
Las mujeres solas no inspiran piedad
ni dan miedo
si alguien se cruza con ellas en mitad de la vereda
se aparta por miedo a ser contagiado
Las mujeres solas miran el paisaje
y se diría que son amantes
de las aceras/ de los entresuelos/ de las alcantarillas/ del subsuelo
de los subterfugios
Las mujeres solas están sobre la tierra como estar sobre los árboles
les da igual porque para ellas es lo mismo
Las mujeres solas recitan parlamentos
estoy sola
y esto quiere decir que está con ella
para no decir que está con nadie
tanto se considera una mujer sola
Las mujeres solas hacen el amor amorosamente
algo les duele
y luego todo es más bien triste o colérico o simplemente amor
Estas mujeres se alumbran con linternas
van al detalle
saben dónde se encuentra cada cosa
porque temen seguir perdiendo
y ya han perdido o ganado demasiado
Ellas no lo saben
porque van del llanto a la alegría
y a veces piensan en la muerte
también planean un largo viaje e imaginan encuentros posibles
administran el dinero
compran legumbres
trabajan de 8 a 8
Si tienen hijos hacen de madres
son tiernas y delicadas
aunque muchas veces se alteren
un pensamiento recurrente es
ya no puedo ni un minuto más
Las mujeres solas tienen infinidad de miedos
terrores francamente nocturnos
los sueños de tales mujeres son
terremotos catástrofes sociales
Una mujer sola reconoce a otra mujer sola de forma inmediata
llevan el mismo cuello airado
lo cual no quiere decir que no quieran a nadie más que a sí mismas
esto es completamente falso
lo cierto es que la casa de una mujer sola
está abierta a su antojo

Una mujer sola
no puede curar su soledad
porque nada está enfermo
se remedia lo curable
una gripe o un dolor de estómago
La mujer que piense que su soledad es curable
no es una mujer sola
es un estado transitivo entre dos soledades infinitamente más
[peligrosas

Una mujer sola es una mujer acompañada
aunque de este hecho no se percate más que el zapato al que mira
[con detenimiento

o el botón
que parece representar algo verdaderamente importante
como de hecho lo es
como los árboles o el cielo
sólo que el privilegio que deriva de semejante atención
es más bien propio de las almas temperadas al siguiente fuego:
id contigo
para estar con vosotros.

(Correo del corazón)

El cielo de París

I

Abril es el mes más cruel

y
lo peores poetas
escriben en primera persona
versos que no importan a nadie

(Escribe: el mundo)

El mundo es el ombligo

Abrir
abrir la carne
(ver)
soñar con la ciudad
de la infancia
el país de la primera edad
en las faldas de la madre
ciudad arqueada
que a los quince años

ya era imposible

*pregunté al otro
al que apaga la luz al carnicero
qué ha sucedido
por qué estamos a oscuras*

Herir

herir muy bajo

cortar
abrir la carne

El río bordea la mole de piedra

árboles en flor
al pie de la muralla

santa catedral

luces de neón
del cielo
de París
en primavera

*No he visto nevar
palabra blanca de la tierra*

¿Cuáles son las raíces que se aferran
qué ramas crecen
de esta pétrea basura?

hijo de hombre

hablaré la lengua de mi madre en los sueños

nada me consuela

*crines
curvatura
brillo
de la luz
sobre el cuerpo
del niño
de pie
en la empalizada
trenzas*

*caballos
cielo de enero
nunca
tan claro
bosque
de luz
hasta la casa*

ciudad
fierro

verla
con tus ojos

ser

dolorosamente
helados

Útero rojizo
(Escribe: lo has leído)

sin lengua
sin palabra

dejar al perro
mear sobre la acera
sagrada

del cielo de París

Mojarse mis cabellos
asida de la mano

no me perderé

¿Es esta la tierra que te habían prometido?

Escucha

los jardines
perfectas hileras
de árboles sin sombra

¿Qué sentido oculta la roja marea?

fétidas aguas
del río que abraza

la ciudad de piedra

ruinas
pestilencias

cúpula de hierro

*es un sueño estás sola
no hay otro
la luz no existe*

no hay leche para ti
ni sal ni agua

hijo del hombre

guárdate
debajo de la roca

(sólo hay sombra bajo esta roca púrpura)

Sorda a los oídos
sádicos del cielo

cava
de las siete palabras

polvo y silencio

abre la puerta que conduce al infierno
dorado de tu cuerpo

Aquí no hay nadie

aquí hay alguien que llama
desea un jardín de piedra

lago

de la espalda

rubios cabellos

ir
dejarse ir

mecerse en el cielo
negro de la boca

*ellas tocan sus delicados relojes
una a la vez
ellas bailan con el laúd
dos a la vez
ellas son tan tiernas como musgo de pantano*

ir
dejarse ir

abrir los ojos

oír

mira: cómo acabo

el nudo se deshace

(El cielo de París)

Cuerpos

(Luis Cernuda)

Son tan bellos los cuerpos
que he besado

es tal el calor con que reciben
a otro cuerpo

que no puedo hacer más
que agradecer
la dicha
que tan poco merezco

Recuerdo un cuerpo de pie
ante el espejo

el acto de ofrecerse
en un instante

cuando todo está perdido

en el dorado reflejo

Son tan bellos los cuerpos
que he soñado

tan perfectos
estados de la gloria
donde un dios reside

que no puedo más que abandonarme
al vértigo en la piel
así nombrada

Pero tú
cuerpo creado por mi amor a solas

soñado besado
saciado

la mirada que en ti es encarnación del mundo
de todo lo creado

por mí
a tus espaldas

piel abismo espejo
temible oscuridad más allá de tu cuerpo

a la palabra

todo lo consagro

los cuerpos que he besado
los soñados

inmóviles perfectos

terrores de la dicha
que tú encarnas

Índice

1. Adhely Rivero

Mudanza
La vida austera
Vienen a verme la ciudad
La ciudad
La casa
Número de suerte

2. Alfredo Silva Estrada

Escribir en el límite
Un punto en el origen
De las sombras
Hay momentos en que una brisa sopla
Cuando al agua voy

3. Álvaro Montero

Amor, esta ciudad ya no resiste
Ciudad de cólera
José Tomás Boves
Quien te habla
Te pido lo dejes

4. Ana Enriqueta Terán

Escombros con paso encharcado
Escalitas de ciudad mártir
Metas de absoluto despojo
Espesor paterno
Desagravios a ciudad no amada
Escribiendo un soneto

5. Ángel Eduardo Acevedo

Un loco
Mon Everest
El sabio Salomón
Corraleja
Figuración del cielo

6. Antonio Trujillo

Mientras el mar golpea
Un pájaro antes de morir
La madera
Si la niebla
Lava tus palabras
El hombre

7. Armando Rojas Guardia

19
Del miedo
Escucho a John Coltrane
Salir

8. Arnaldo Acosta Bello

Discurso a media noche
Canción
Los mapas del gran círculo
No derrames la frase...
Adiós al rey

9. Beverley Pérez-Rego

Cada vez que mi padre muere
Mi padre se sienta...
Deja que camine sobre el fuego...
Sálvame de mi propia venganza...
Hora de la verdad
Ecurana

10. Carmen Verde

Magdalena en Ginebra (fragmentos)

11. Caupolicán Ovalles

Elegía en rojo a la muerte de Guatimocín, mi padre, alias El Globo

12. Cecilia Ortiz

X
XXI
XXIII
XXIV

LVIII

13. Eleazar León

Ruego
Queja
En vilo
Un payaso juega
Malabarista
Hablar directamente

14. Elí Galindo

Inscripción en las puertas del infierno
Los lamentos de Pedro Desvignes
Las brujas
Mi casa me busca
La calle Paul
La extranjera

15. Elizabeth Schön

El alcance de lo infinito

16. Enrique Hernández D` Jesús

La reina

17. Enrique Mujica

En un simple movimiento de lo infinito
Más importante que levantarse...
La montaña de la ciruela blanca
Lo que el hombre hace obedece a una...
La salud profunda está en el poema...

18. Esdras Parra

Has recorrido
Nada te pertenece
Nada has perdido en el círculo de tu grito
Si buscas un refugio
Júbilo es lo que sembraste y no sequía
En tu recuerdo nace el bosque

19. Eugenio Montejó

Manoá
Güigüe 1918
Uccelo, hoy 6 de agosto
Orfeo

20. Farruco Sesto

Arte poética
Cuerpo de la escritura
De entre todas las flores
La compañera
Un punto en el origen
Del Sur

21. Gabriel Jiménez Emán

Mi querida cerveza
He visto
A la luna

22. Gabriela Kizer

¿Chantaje?
Ir despacio por la ciudad...
Amorío

23. Gustavo Pereira

Dama de niebla
Sobre salvajes
Juan
Somari del extraño
Memorial de la casa vacía
Somari

24. Hanni Ossott

De habitación y alcoba
Del país de la pena

25. Ida Gramcko

El mismo yo, mas caracol
Construido está. Y el aire ¡es tan intenso!
Para construir la sola cosa pura
Estar afuera es como estar adentro

Porque el objeto se desdobra en hombre

26. Igor Barreto

Siempre leo el horóscopo...
¿Y si el amor no llega?
Poema para un Cadillac negro
Lamento de un Kamikaze
Regreso

27. José Barroeta

Néstor
Cristóbal Colón
La soñada
Noviembre
Del gran país
Medioevo

28. Juan Calzadilla

¿Por qué tengo yo que ir más aprisa?
Árbol en la llanura
Noticias del alud
Los avisos del cielo no siempre se entienden de antemano
Si se anunciara desde una sala de juego
Levedad de la memoria

29. Juan Sánchez Peláez

El cuerpo suicida
Retrato de la bella desconocida
Profundidad del amor
Un día sea
Belleza
Pienso con frecuencia

30. Leonardo Ruiz Tirado

Historial
La carretera

31. Ludovico Silva

In vino veritas
Las piedras

32. Luis Alberto Angulo

Zapping
Uno el otro
Balance
Taller al aire libre
Mi padre de ochenta

33. Luis Alberto Crespo

Gente mala
V
Delicias
Vecinos
¿Qué pájaro es ése aquel?...
Si hablo

34. Luis Camilo Guevara

Custodio o sonámbulo
El sol
Visita
El adivino
Acto libre
El prestidigitador

35. Luis Enrique Belmonte

La casa saqueada
La pregunta implacable, dura de roer
Oración del carnicero
Carta del insomne
Un paso en falso

36. María Auxiliadora Álvarez

Hubiera podido reunirlo...
Duele la boca
Es injusto
Mamá se fue
Cuando haya muerto
El pájaro de mi aire

37. María Clara Salas

Bodas
Puente

Un tiempo más bajo los árboles
Las hojas cubren por completo...

38. Miguel James

Trini
Mi Shamana Ana
Este no es día de suicidarse
Girasol

39. Miguel Márquez

El mar de pronto nace a nuestro lado
Mar de los sargazos
Mar rojo

40. Miyó Vestrini

El cuello...
Los paredones de primavera
Zanahoria rallada
El dolor

41. Rafael Arráiz Lucca

Eugenia
Almacén

42. Rafael Cadenas

Yo pertenecía...
El monstruo
Derrota
Fracaso

43. Rafael José Muñoz

Pastoral
Elegía a mi padre Agustín
Pastoral

44. Ramón Palomares

La casa
Un gavilán
El noche
El jugador

Pequeña colina

45. Raynaldo Pérez-Só

8

14

19

21

23

Pequeño pájaro...

Una tarde abro...

46. Santos López

Cayenas moradas

Piedra negra

Cabeza fría

Enseñanza del descabezado

47. Tarek Williams Saab

La primavera nunca es humillada ante el temor

Árido

Revelación del deseo

Tercer ejército

Solitario soy un país en vela

48. Teófilo Tortolero

La bruja de pelo negro

Se fue la pestaña (madre)

Mares

Quemada por el viento del silencio

Discurre la vida...

Bajo los puentes me diste el aire seco...

49. Víctor Valera Mora

Maravilloso país en movimiento

Al rojo vivo

Relación para un amor llamado amanecer

Amanecí de bala

50. William Osuna

La casa

La calle

Epopéya del Güaire

51. Yolanda Pantin

Una noche

Vitral de mujer sola

El cielo de París

Cuerpos